



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE MÉXICO**



FACULTAD DE HUMANIDADES

LICENCIATURA EN LETRAS LATINOAMERICANAS

TESIS

El Justo Medio en *La tregua*,
caracterización del personaje
a partir de un estudio inmanente

Que para obtener el título de:
Licenciada en Letras Latinoamericanas

Presenta:
Merly Yanel Nepomuceno Pérez

Asesor de Tesis:
L.L.L. Gregorio Martín Mondragón Arriaga

Toluca, Estado de México, 2017.

Contenido

	Pág.
Introducción	2
Capítulo I. Mario Benedetti, <i>La tregua</i> y la crítica	
1.1 Mario Benedetti	7
1.2 ¿Qué han dicho los críticos?	9
1.3 Importancia de <i>La tregua</i> . Personaje	14
Capítulo II. Justo Medio	
2.1 Platón y el Sumo Bien	20
2.2 Aristóteles y el Justo Medio	28
2.2.1 Componentes del alma	33
2.2.1.1 Racional	33
2.2.1.2 Afectiva	34
2.2.1.3 Apetitiva	36
2.2.1.4 Alma como un todo	37
Capítulo III. Justo Medio en <i>La tregua</i>	
3.1 Novela	44
3.1.1 Novela latinoamericana del siglo XX. El Boom y Benedetti	48
3.2 Personaje	52
3.3 <i>La tregua</i>	63
3.4 Caracterización del personaje. Santomé	98
Conclusiones	105
Bibliografía	109
Mesografía	111

Introducción

El nuevo continente (Latinoamérica) ha producido una amplia gama de escritos literarios, cada movimiento y corriente literaria ha presentado diversas estructuras que permiten una visión distinta del hombre latinoamericano, los modelos de mundo, arquetipos correspondientes al territorio y concepción de un modo de vida singular. Prueba de ello es el Boom, movimiento que:

si bien reunió a cierto número de escritores que tenían un innegable aire de familia, dejó marginados a otros de tendencias diferentes. En primer lugar, el Boom fue un movimiento de autores masculinos, en el que no entraron escritoras tan conocidas como Rosario Castellanos o Beatriz Guido, que eran sus contemporáneas. En segundo lugar, el Boom distraía la atención del público de otros escritores menos experimentalistas, como David Viñas, Mario Benedetti, Manuel Scorza o Manuel Cofiño, quienes continuaban la línea de la novela «social» (en sentido lato). En tercer lugar, como ya advertimos, no todos los escritores del Boom se mantuvieron fieles ni a su cosmopolitismo ni a sus tecnicismos (Shaw, 1999: 260).

La literatura es un medio idóneo para plasmar las preocupaciones del autor; por ello, cada obra es un mundo listo para ser explorado, interpretado y dotarlo de todos los significados posibles. Mas la cita anterior muestra que no siempre pueden encasillarse las obras producidas durante cierto periodo; las variantes se dan por la diferencia del medio geográfico, ideológico, natural y educativo, dando origen a nuevas propuestas literarias, no menos relevantes.

Mario Benedetti no es considerado como parte del movimiento del Boom, pero por la fecha de publicación de su novela, *La tregua*, bien podría ser declarado como un miembro más. Shaw menciona que Benedetti se encuentra en el círculo de los autores menos experimentados. Quizá hace referencia al tipo de configuración que maneja en *La tregua*, la cual está estructurada a modo de diario, a primera vista, resultaría sencilla. Sin embargo, esa aparente sencillez requiere de un estudio profundo para llegar a una interpretación adecuada sin salir de contexto.

Esos elementos inmanentes tienen un objetivo más complejo, cada detalle contribuye a forjar una obra tan reconocida por las letras

latinoamericanas. Resulta desagradable pensar únicamente en el acontecimiento: historia de un hombre de cuarenta y nueve años que, estando a punto de jubilarse, encuentra el amor en una mujer más joven que él. No sólo es el amor, sino que sale de la rutina, se conoce a sí mismo y a quienes lo rodean. Encuentra el equilibrio que, durante décadas, se negó a ver. Comprende que no ha hecho lo que realmente deseaba, su vida se resume en trabajo, únicamente el trabajo.

Entonces, enfocarse en el abismo generacional que existe entre los protagonistas, el amor, la muerte, política uruguaya, narrativa urbana, los espejismos o la propuesta narrativa de la novela de los años sesenta, no está mal, pero la obra debe ser estudiada desde sus bases, su estructura, para ser interpretada de forma adecuada. Así es posible darle el tratamiento correcto que el mismo texto exige; de lo contrario, puede caerse en la sobreinterpretación.

La presente investigación tiene como propósito examinar la estructura de *La tregua* para resaltar su valor literario; busca demostrar que esa aparente sencillez y poca experimentación por parte de Benedetti conforma una compleja estructura dotada de mucho significado. Coadyuvada de las siguientes propuestas: Aristóteles (*Poética*), Phillippe Hamon (*Para un estatuto semiológico del personaje, La construcción del personaje*), Bobes Naves (*El personaje*), Edward Morgan Foster (*Personajes planos y personajes redondos*), Seymour Chatman (*El personaje*), Oscar Tacca (*Las voces de la novela*), Antonio Garrido Domínguez (*El personaje*), Fernando Sánchez (*Teoría del personaje narrativo*), Fernando Gómez Redondo (*El personaje*). El estudio del personaje permite visualizar mejor las acciones llevadas a cabo en la trama, lo que acontece a los demás componentes de la novela, cómo afecta, a sí mismo y a su contexto, tomar tal o cual decisión, ¿realmente el personaje se mantiene en la misma postura a lo largo de la novela?

La literatura latinoamericana se encuentra permeada de distintas corrientes, es indispensable mencionar cada una de ellas al referirse a la historia literaria. Indudablemente se trata de eslabones necesarios para entenderlas, no pueden analizarse de manera independiente; funcionan

coadyuvadas de las anteriores. Si se realiza la pregunta: ¿cuál es más importante?, la respuesta no resulta tan sencilla. Es un engranaje, si una pieza no realiza su tarea, las demás no pueden suplirlo. El arte tiene muchas manifestaciones, cada una sustenta sus características en diversas bases filosóficas, de cierta forma, es subjetivo.

El caso de Mario Benedetti cae en la disyuntiva anterior, ¿su obra pertenece a lo artístico? Algunos críticos literarios consideran que únicamente produjo best-seller, que fue muy leído pero su temática –sobre todo su estructura– no pertenece al arte. La demanda de sus libros demuestra que la gente lo leía por tener una escritura sencilla (mas no simple), preocupación por el medio que lo rodeaba, guiar al pueblo uruguayo hacia una valoración de su cultura, dejar de mirar hacia Europa. Cayendo así en el dilema sobre si sus obras son arte o no.

A mediados del siglo XX, Uruguay se encontraba en una buena situación económica, era llamado *Suiza de América*, sus condiciones eran mejores que las de cualquier otro país latinoamericano. Muchos intelectuales se encontraban ahí, proliferaba el arte y el pensamiento crítico. Hasta que en 1960 entró en una fuerte crisis económica.

Si en 1962 un dólar americano costaba 11 pesos uruguayos –después de haber estado incluso por debajo años atrás–, en 1964 había ascendido a 18.70; y en 1968 a 250 pesos. Si en 1959 el Uruguay estrenaba su experiencia inflacionaria con cifras de un 24%, en 1965 la inflación ya alcanzaba la marca del 80% (Nogareda, 2007: 19).

Esos problemas económicos provocaron que los intelectuales enfocaran su atención en los sucesos de su nación. Precisamente lo que deseaba Benedetti, que sus conciudadanos tomaran conciencia de sus condiciones, los problemas por lo que atravesaba el país. Retomándolos en sus cuentos, poemas, ensayos, novelas. Enfoca su atención en aquello que no beneficiaba de ninguna manera a la sociedad.

El presente trabajo pretende hacer un análisis de *La tregua* –novela que muchos críticos califican como un best-seller más, y cuya importancia radica en

torno a la relación amorosa que Santomé (protagonista) entabla con una mujer más joven-, tomando como eje central la teoría del Justo Medio. Serán evaluadas las virtudes y vicios del protagonista, elementos que definirán a Santomé.

Puesto que no hay una propuesta que tome en cuenta la mayor parte de los aspectos del personaje, se hará un comparativo entre varios teóricos (Aristóteles, Phillippe Hamon, Bobes Naves, Edward Morgan Foster, Seymour Chatman, Oscar Tacca, Antonio Garrido Domínguez, Fernando Sánchez, Fernando Gómez Redondo). Consecuentemente, conjuntándolos, se constituirá una definición de personaje, tratando de ser más completa, misma que será aplicada a Santomé.

CAPÍTULO I
MARIO BENEDETTI,
LA TREGUA Y LA CRÍTICA

1.1 Mario Benedetti

Mario Orlando Hardy Hamlet Brenno Benedetti Farrugia nació en Paso de los Toros, el 14 de septiembre de 1920. Hijo de Brenno Benedetti (farmacéutico) y Matilde Farrugia.

Tras varias dificultades económicas, en 1924, la familia decide trasladarse hacia Montevideo. Lugar donde, a los ocho años, Mario ingresa al Colegio Alemán de Montevideo. Su estancia no fue de lo más agradable, sufría discriminación. Situación que infundió, en el pequeño, un incipiente sentido de solidaridad hacia los castigados y los relegados. En el Liceo Miranda realizó sus estudios secundarios, pero los interrumpe por problemas económicos nuevamente; los concluye como alumno libre.

A los catorce años trabajó en la empresa Will L. Smith, se desempeñó como vendedor, cajero, taquígrafo. En 1939, acompañando como secretario al líder de la Escuela Raumsóli, se trasladó a Buenos Aires; donde, leyendo a Baldomero Fernández Moreno, descubrió su vocación de poeta. Pronto consiguió una plaza de funcionario en la Contaduría General de la Nación. También se integró al equipo de redacción del semanario *Marcha*. Medio que permitió la integración de una importante generación uruguaya, entre ellos figuran: Juan Carlos Onetti, Eduardo Galeano, Emir Rodríguez Monegal, Ángel Rama, Alfredo Zitarrosa, Daniel Viglietti. Grupo al que más tarde se le conocería como Generación del 45 o, como la denomina Rama, Generación crítica.

Desde esta generación que dotó al país de un elemental comienzo hasta la generación del 45, pasan pocos años, pero suficientes para configurar una identidad singular, que se conoce como la "identidad de la diferencia". El país había surgido de una imposición político-económica, carecía de cultura precolombina (o al menos así se enseñó durante décadas), se consideraba étnica y culturalmente europeo y detentaba el mayor progreso económico y social del continente. El resto de América Latina eran problemas políticos, sociales y económicos. Con estos elementos se construyó el mito de la "Suiza de América" -que recién acabaría por derrumbarse cuando la crisis económica, la guerrilla, la dictadura y el exilio nos hicieron sentir parte del continente-.

Sobre ese modelo de la Suiza de América, trabajaría el 45, negándolo y denunciándolo, pero apresado en él. El modelo procedía de la configuración ideológica que el batllismo había otorgado al país. Se

había alcanzado un buen amparo social, educación gratuita, consolidación democrática y un estado capaz de sostener el andamiaje educativo, social y económico; repercutiendo en el crecimiento de una clase media que ascendería socialmente por medio de su nivel cultural, adquirido gratuitamente. Emir Rodríguez Monegal se refiere a esta mentalidad como "política paternalista", o sea, el Estado como protector, estatizante y patrón benevolente: el "Estado resuelve todo". (Blanco, 2002).

Esta Generación dio pie a pensar de manera distinta las problemáticas de Uruguay, mirar todo el contexto y dejar a un lado los prejuicios. Benedetti se encarga de ello por medio de sus textos. Retoma esas dificultades para transmitir una especie de preocupación, promover una toma de conciencia, visualizar desde otro ángulo, no dejarse guiar por "la verdad oficial". Su mirada crítica fue más allá produciendo *La víspera indeleble* (1945), compendio de poemas, el cual no se volvió a editar.

Un año más tarde, contrae nupcias con Luz López Alegre. En 1947 la pareja recorre Europa acompañados de los padres de Luz. Viaje que será el preludio del que realizaría en 1957.

A su regreso a Montevideo, 1948, dirige la revista literaria *Marginalia*. Al mismo tiempo aparece su primera obra ensayística, *Peripecia y novela*. Seguida de *Esta mañana* (1949), con el que obtuvo el Premio de Ministerio de Instrucción Pública –premio al que accedió en repetidas ocasiones, pero que en 1958 renunció a él–.

Sus horas las repartía entre la literatura y sus actividades oficinescas: empleado público en la Contaduría General de la Nación, tenedor de libros de una empresa inmobiliaria, taquígrafo en la Facultad de Química. Datos que más tarde le servirían para estructurar sus novelas; especialmente *La tregua*, donde el protagonista desempeña un cargo oficinesco. Conoce bien ese ramo.

Las obras que publicaría después son *Quién de nosotros* (1953), *Poemas de la oficina* (1956), *El reportaje* (obra dramática, reprobada por su creador, con la que ganó el premio Ministerio de Instrucción Pública), *Montevideanos* (1959, correlato narrativo de *Poemas de la oficina*), *La tregua* y

El país de la cola de paja (1960), *Mejor es meneallo* (1961) –recopilación de crónicas en *Marcha* con el seudónimo de “Damocles”–, *Poemas del hoyporhoy* e *Inventario* (1963), *Gracias por el fuego* (1963) –con la que resulta finalista en el concurso Six Barral, en Barcelona, pero la censura impide su publicación–, *El cumpleaños de Juan Ángel* (1970).

Trabajó con la imagen de Uruguay, posteriormente amplió su visión, se internacionalizó. Apoyó siempre la revolución cubana, nunca dejó de “enfilarse sus dardos contra la política exterior de los Estados Unidos y contra rasgos internos negativos [...] como el racismo, consumismo, individualismo” (Ruffinelli, s.f.). Se mantuvo firme ante sus convicciones, hasta el grado de exiliarse ante los disturbios del golpe de estado, siendo uno de los dirigentes del movimiento guerrillero Tupamaro; se alojó en Buenos Aires. Se comprometió con sus ideales hasta las últimas consecuencias.

El 17 de mayo de 2009, a los 88 años de edad, murió en Montevideo.

1.2 ¿Qué han dicho los críticos?

¿Qué nos aportó Benedetti, a fines de los años cincuenta y de los sesentas? Ante todo la transición hacia el conocimiento de nosotros mismos. Durante una época en que aún teníamos la mirada puesta en Europa y Estados Unidos [...] con muy poco aprecio por la cultura nacional, repentinamente el triunfo de la Revolución cubana y el *boom* de la novela latinoamericana [...] fueron piedras de toque que ayudaron a cambiar una concepción del mundo y de la cultura (Ruffinelli, s.f.).

Si bien, la literatura es un modo de expresión artística, también funciona como medio de denuncia. Por ello, los literatos, filósofos, críticos, periodistas, escritores, los intelectuales, son los primeros en ser perseguidos. Sus ideas expresadas o plasmadas tienen una gran resonancia en los receptores, la sociedad.

No es tan sencillo plantear argumentos para desfasar a alguien o dar un golpe de estado. Se requiere tener una formación completa, un amplio

horizonte de expectativas y espacio de experiencias. Y únicamente puede adquirirse todo esto a partir de una lectura constante, manteniendo una mente abierta a las posibilidades de cambio, conociendo la historia, buscando soluciones distintas a las presentadas o ya conocidas.

Evidentemente, los escritores no sólo van a sentarse a escribir un suceso tomado de la realidad. No. Su tarea es mucho más complicada. Con base en la poética aristotélica, se requiere estructurar escritos dotados de belleza, capaces de crear un efecto estético en el lector. Emplear recursos estilísticos que den un giro a la trama, al argumento. No cualquiera logra esos magníficos productos.

Ahora bien, hablando de la obra completa de Benedetti, los críticos coinciden en que se trata de una denuncia social, un reflejo de la sociedad uruguaya de la segunda mitad del siglo XX. Sus textos “se refiere[n] más bien a las transformaciones, en distintos aspectos, de la vida del uruguayo” (Nogareda, 2007: 26). Los conflictos suscitados en Uruguay dieron paso a repensar la situación. Si el gobierno se encargaba de hacer creer que se suscitaban ciertos acontecimientos, el individuo debía ponerlo en tela de juicio. Una mirada crítica da acceso a un comportamiento distinto, da pautas para realizar verdaderos cambios.

La tregua, novela publicada en 1960, a modo de diario, presenta las vicisitudes de un hombre que está a punto de jubilarse, las condiciones de trabajadores oficinescos, la vida monótona y rutinaria de la clase media, ideología de la segunda parte del siglo, preocupación acerca del tiempo y muerte, un halo de esperanza da pie a pensar en la transformación del protagonista; sin embargo, un hecho inesperado rompe con todo lo obtenido.

Enamorarse de una mujer mucho más joven produjo muchos cambios en la vida de Santomé. Su situación inicial entre deja ver que se trata de un hombre parco, con mínimos –por no decir nulos– objetivos. La prematura muerte de la esposa generó un desencanto hacia la vida. Las perspectivas de los demás personajes, que se le presentan a lo largo de la trama, dotan de mayores posibilidades para vislumbrar una realidad distinta. No obstante, sus planes se derrumban con el deceso de la amada.

Muchos críticos se enfocan en la relación amorosa entre Santomé y Avellaneda. Centran su atención para hablar de la diferencia de edad: “el problema consiste en no valorar la situación específica de la diferencia de edad en la pareja de manera absoluta. No podemos afirmar que siempre sea posible tal relación, ni negarlo con la misma convicción. Todo depende de los seres humanos concretos” (Quintana, 2005: 189).

Se toma en cuenta el contexto del autor que, inevitablemente debe ser considerado para el análisis, determina los parámetros y juicios de dicha circunstancia. Mas no logra vislumbrar el sentido profundo de la novela. Se queda en un nivel superficial. Evidente es la diferencia de edades, punto que no siempre propicia una relación estable. La literatura, al no pertenecer al ramo de las ciencias duras, admite varias interpretaciones, pero requiere de un estudio más crítico y pertinente.

Agustín Gribodo propone una perspectiva diferente, una interpretación más cercana a la realidad uruguaya. Tiene claro que la relación amorosa es importante para el desarrollo de la trama; no obstante, ahonda en un nivel sociológico. Considera que la novela refleja la situación de la urbe uruguaya:

En la época en que fue publicada *La tregua*, el concepto de gran urbe imponía el empleado público como referente óptimo del hombre ciudadano. Un modelo obediente, resignado e insatisfecho, pero modelo al fin. Contra esa imposición se rebelaba Benedetti.

Hoy las cosas cambiaron. Desde hace un par de décadas, el concepto de gran urbe exige un hombre exitoso, empresarial, emprendedor y autosuficiente. Un modelo caníbal en el ámbito de la empresa privada (2009).

Realiza un análisis comparativo entre la época de Benedetti y la actual. Por un lado, se enfrenta ante una temática distinta a la planteada por los demás críticos. Por el otro, existe un desfase temporal; lógicamente la sociedad va modificándose, no mantiene la misma ideología, requiere de cambios que permitan un mejor funcionamiento social. Es clara la diferencia entre el concepto de urbe en uno y otro lapso. Cada momento histórico requiere

adoptar nuevos conceptos. Es un estudio pertinente y que da pauta para una investigación más profunda.

Por su parte, José Castro concibe que la novela “refleja el grado extremo de tensión que se produce en un orden social como paso previo a su transformación” (2002: 471). La relación establecida entre dos personas de diferentes edades, la homosexualidad del hijo predilecto, la vida de los empleados de una oficina pública, la idea de la muerte y la rutina, son aspectos característicos del Uruguay de 1950. La sociedad sufría cambios de todo tipo.

Cree que la obra se estructura a partir de dos historias presentadas en tres momentos:

- 1) Narración de la vida conformista y mediocre de Santomé. La jubilación simboliza la culminación de un proceso y, al mismo tiempo, la continuación de la mediocridad y el conformismo.
- 2) Paralelismo entre el desarrollo del proceso de jubilación y el inicio de la relación entre Santomé y Avellaneda. Reconoce que su capacidad de amar aún existe. Al descubrir su sentimentalidad “emerge la posibilidad de un mejoramiento y más adelante, la alternativa de encontrar la plenitud de la vida en el inicio de la vejez” (Castro, 2002: 472).

Gracias a la jubilación, la esperanza hace acto de presencia. No trabajar significa tener más tiempo libre para el amor. Al no producirse esa posibilidad, Santomé cae en un vacío mayor.

- 3) Paralelismo entre la inesperada muerte de Avellaneda y la jubilación de Santomé. A la muerte de la joven, los proyectos de Santomé desaparecen; únicamente obtiene soledad.

La tregua es un proceso de degradación, “esta degradación se produce debido a un modo de vida representado en la oficina, la cual surge como imagen y consecuencia de un universo mayor –la sociedad uruguaya–, y revela un funcionamiento y una estructura equivalentemente deficitarias” (Castro, 2002: 473).

Resulta un estudio más completo, apoyándose en la estructura, detecta mayores aspectos que dotan de más sentido al texto. No se queda en la anécdota –el qué dice–, sino en la forma en que relaciona todos los elementos y recursos empleados –cómo lo dice–. Sí, se apoya en el contexto, pero los interpreta acorde al texto.

Benito Varela realiza un estudio todavía más completo. Inicia con la estructura del discurso. Localiza el cronotopo de la novela, retoma la teoría sociológica, sitúa al Montevideo de 1957-1958. “El novelista uruguayo parte de sus experiencias personales de empleado de oficina, de funcionario público de la Contaduría General de la Nación para configurar los comportamientos de Martín Santomé” (s.f.). Los elementos autobiográficos sirven para establecer las coordenadas en que apoya su escritura. Benedetti refleja su contexto inmediato.

Divide la obra en tres partes. La primera da cuenta de la situación inicial de Santomé, la muerte de esposa, los conflictos con los hijos; recurre constantemente a la analepsis. La segunda relata la llegada de Avellaneda a la oficina, el proceso de enamoramiento, la consumación amorosa, el reencuentro con Vignale, los problemas con los hijos. La tercera responde a la enfermedad de la joven, el fallecimiento, la crisis de Santomé, la jubilación. Ello le ayuda a comprender la estructura de la trama. Va por etapas progresistas, pero ocurre un repentino retroceso.

Lo anterior integra la primera parte del estudio. Continúa con una categorización antropológica sobre las relaciones de Santomé. Su matrimonio con Isabel es socialmente aceptado. Mas la relación con Avellaneda es una transgresión a lo estipulado por la sociedad; la diferencia de edades no es del todo aceptable. Varela se interesa en la relación amorosa, pero en un plano más profundo, fundamenta su visión con la teoría de Lévi Strauss. No se centra únicamente en el suceso, indaga más.

Concluye diciendo que Santomé sufre un proceso catártico. La analepsis le permite hacer una valoración sobre el modo de vida que fomentó. La muerte

de Avellaneda viene a completar su resequeidad emocional. Los aprendizajes propiciados han llegado demasiado tarde. No le queda más que la resignación.

El nivel de análisis e interpretación va mejorando y ampliando la perspectiva sobre *La tregua*. Evidentemente no se trata de un objeto artístico simple, la sencillez en el lenguaje no determina que sea una novela común. Por el contrario, requiere de un estudio profundo y consciente. Las teorías literarias figuran como una herramienta necesaria para indagar en ella.

1.3 Importancia de *La tregua*. El personaje

Se han hecho evaluaciones de la novela desde distintas perspectivas. La presente investigación se auxilia de un enfoque immanente. Los cronotopos, el argumento y la trama son elementos relevantes para la funcionalidad de las secuencias narrativas. Sin embargo, el personaje requiere un estudio propio. Sin aquél las acciones se llevarían a cabo de una manera indirecta y la narración se volvería, hasta cierto punto, tediosa.

Los cuentos, novelas, relatos necesitan de un personaje principal. Él será quien guíe la trama, las acciones, el desarrollo del conflicto, dota de vida a la historia. Los demás elementos lo auxilian, agregan significado al texto literario. Todos funcionan como un circuito. No pueden leerse independientemente, perderían su sentido.

El personaje se ha estudiado desde distintos ángulos: por atributos, importancia en la trama, complejidad, acciones, funcionalidad. Cada uno de los anteriores es significativo, pero hay que tomar en cuenta la mayor parte de sus componentes. De lo contrario, únicamente se realiza un estudio parcial, dejando fuera datos relevantes para la caracterización. Por ello, resulta necesario confrontar las diversas propuestas teóricas, conjuntarlas y proponer una más completa, que coadyuve en una mejor caracterización.

Santomé es un personaje que inicialmente actúa poco, toma determinaciones y, gracias a las relaciones establecidas con los demás personajes, logra vislumbrar otra realidad; transforma su pensamiento y actuar.

Los vicios que al principio mostró, con la llegada de la joven Avellaneda, se debilitan, desapareciendo algunos; las virtudes hacen acto de presencia. Alcanza la felicidad; aunque la relación con los hijos no logra ser rescatada por completo; los errores cometidos en el pasado cobran una factura cara.

CAPÍTULO II
JUSTO MEDIO

El presente capítulo tiene como objetivo analizar la transformación del Sumo Bien, cómo ha sido trabajado, las renovaciones y adaptaciones que los filósofos han hecho, iniciando por Platón y concluyendo con Aristóteles.

Según el diccionario filosófico, el Justo Medio –también conocido como Sumo Bien– es definido de la siguiente manera:

Noción introducida por Aristóteles para indicar lo deseado por sí mismo y no en vista de un B. ulterior. Un B. sumo, cualquiera que sea, es necesario para evitar el proceso infinito. Para Aristóteles el B. sumo es la felicidad. Los escolásticos aplicaron la expresión a Dios mismo. Kant estima que el adjetivo “sumo” es equívoco, ya que puede significar ‘supremo’ (*supremum*) o ‘perfecto’ (*consummatum*). El B. supremo es la condición primera, originaria de todo B. y, en consecuencia, es la virtud. Pero el B. perfecto es el que no es parte de un B. mayor de la misma especie, y en tal sentido la virtud no puede ser el B. perfecto que es, en cambio, unión de virtud y felicidad. (Abbagnano, 1980: 133)

Sin embargo, la idea del Justo Medio fue introducida por Platón, quien adopta y modifica la tesis de Sócrates; aunque dicha tesis se atribuye más a Aristóteles que a sus antecesores. Evidentemente, con el transcurso del tiempo sufrió transformaciones, cada filósofo agregó características particulares, propias de la doctrina que practicaba. No obstante, en lo que convergen es sobre la relevancia de la medianía, no situarse en los extremos (la carencia o el exceso) para alcanzar un estado de felicidad.

Por ello, Platón dividió el arte de la medida en dos: primero, las que se miden por número, largo, altura y velocidad en relación con sus contrarios; segundo, las artes que se miden en relación con el “justo medio, a lo conveniente, a lo oportuno, a lo obligado y, en suma, a las determinaciones que están entre dos extremos” (Abbagnano, 1980:787). Haciendo notar que Platón vio, en la justa medida, el orden y la armonía de las cosas; mientras que, Aristóteles hacía del justo medio o medianía el canon de la virtud ética.

La propuesta de Platón no radica en la virtud, sino en el orden y la armonía, el equilibrio; el medio social permite comprender la realidad a partir de los conflictos acaecidos, el hombre adquiere conocimientos para tomar las mejores decisiones ante las adversidades presentadas. Puede que no llegue a

alcanzar la virtud –ejecución de todos valores morales–, mas el respeto, la solidaridad, la prudencia, la tolerancia y la igualdad son tomados en cuenta para cada una de las actividades en su vida diaria. Un hombre que únicamente se deja llevar por las pasiones no tiene acceso a las ventajas ofrecidas por la naturaleza y su sociedad, cegado por el deseo, actúa no importando las consecuencias producidas, el aquí y ahora adquieren mayor relevancia. El concepto platónico no tiene tantas abstracciones, con esfuerzo, pero sobre todo, teniendo conciencia de las decisiones y actos, el Justo Medio se convierte en un modo de vida.

Hablar de Justo Medio no implica enfocarse en solamente un filósofo, sino hacer un recorrido acerca de los puntos de vista, cómo ha sido retomada y modificada. Tarea nada sencilla, pues al cambiar la época, la tesis propone un objetivo distinto, el enfoque se transforma; las bases establecidas por Sócrates –primero en proponer un estado de equilibrio en el hombre para poder alcanzar un estado de felicidad– no son iguales que aquella visión de Aristóteles –quien más se aleja de la visión socrática–; estos individuos proponen de acuerdo a su contexto, horizonte de expectativas y espacio de experiencias.

Corresponde citar primero a Sócrates, quien planteó que el hombre tiene la necesidad de tener una vida equilibrada para situarse en un estado de confort. Sería su alumno, Platón quien retomara esa idea y la nombrara «*Sumo Bien*», haciendo mención sobre la relevancia que tiene el mantener una vida estable; en la cual, los individuos ponen su atención en alcanzar la felicidad (término entendido como un estado de estabilidad, bienestar y equilibrio). Gracias a que la vida está llena de retos y obstáculos, el hombre adquiere conocimientos y aprende a manejar sus pasiones.

El alma dota de todos esos conocimientos capaces de transformar la realidad del individuo, aporta sabiduría y hace más accesible el alcance de la verdad, contrarresta lo negativo. Al encaminarse con las virtudes, el diario vivir se vuelve estable y simple. Mas esa simpleza permite que el alma sea inmortal, trascienda lo mundano; mientras que, en el cuerpo estarán instaladas las pasiones e injusticias, haciéndolo inmediato, mortal e intrascendente.

Más tarde, Aristóteles llamaría «*Justo Medio*» al equilibrio de las pasiones y hábitos del hombre, la virtud. Actuar de acuerdo con la *eudaimonia* –término referido al “goce o disfrute de un modo de ser por el cual se alcanza la prosperidad y la felicidad” (Ferrater, 1984: 1068)– hace posible tener una vida más estable y equilibrada. El término medio se adquiere a partir de las experiencias que los individuos aprehenden, los conocimientos se manifiestan con las determinaciones ejecutadas; no se trata de sólo poseer información, sino de un aprendizaje real, actuar de manera virtuosa (los valores morales son de suma importancia para tener un óptimo modo de vida).

Siglos después, Santo Tomás de Aquino también habla del Sumo Bien, enfocándolo hacia la religiosidad; asevera que Dios es la representación del Sumo Bien, pues su bondad no es limitada ni finita. Por el contrario, es universal, reuniendo así todas las virtudes que el hombre no ve. Sin embargo, esta visión sale del interés y enfoque de esta investigación debido a su sentido teológico.

Durante el periodo denominado como Filosofía moderna, Kant, al igual que Platón, concibe la inmortalidad del alma, la cual obtiene su recompensa en otro mundo; no obstante, en éste requiere hacer méritos para obtenerla. Esta realización se lleva a cabo a partir de la fe racional, fe porque hay un convencimiento objetivo; racional porque proviene de la razón. Conseguir la felicidad o el cielo no deben ser los únicos motivos para actuar con el Sumo Bien, es obligación del hombre regirse por él.

2.1 Platón y el Sumo Bien

Platón, en *Paideia*, planteó la idea de que el hombre debe equilibrar su vida, no pueden pasar desapercibidas las penas ni los placeres; puesto que al existir ambos extremos, el sujeto tiene mayor conocimiento sobre lo acontecido en su contexto, lo comprende más fácilmente. Mas debe moderarlos, no es sano exceder alguno de ellos, ya que puede caer en la carencia o el vicio; por el contrario, al encontrar un equilibrio –lo que él llama Sumo Bien– tiene más posibilidades de alcanzar a un estado saludable. Cree que al lograr esa situación se transforma en hombre bondadoso y, por lo tanto, sin problema alguno, obtiene la felicidad. Este término entendido como un estado de confort, estabilidad, bienestar y equilibrio. (Cfr. 2007)

Concibió necesaria la ejecución de esta idea para tener un modo de vida favorable. Al no encontrarse en ningún extremo es más probable contar con lo necesario para vivir plenamente. Durante su estancia en la tierra tendrá más posibilidades de alcanzar todos los objetivos y metas; adquirirá conocimientos acerca de las carencias y vicios, sabrá qué decisión tomar ante una circunstancia peligrosa, pocas probabilidades apuntarán hacia un desequilibrio.

Ahora bien, ¿qué acarrea optar por la carencia? La carencia dota de insatisfacción, algún elemento faltante descompensará el equilibrio, habrá que buscar la manera de llenar constantemente ese vacío hasta llegar al punto de descuidar otros aspectos. Conseguirá uno, le preocupará otro, lo cubrirá y así continuamente. Mientras se cubre una necesidad, otra se descuida. El círculo no podrá cerrarse.

Por ejemplo, si se piensa en un hombre de escasos recursos, cuya familia está integrada por cuatro hijos y la esposa, su atención estará enfocada en dotarlos de todo lo material, descuida el lado afectivo en ellos, no conoce ni el mínimo detalle de sus vidas, el trabajo absorbe todo su tiempo. El amor, la comunicación y la unión familiar brillan por su ausencia. Después de todo, sólo son individuos unidos por lazos sanguíneos.

Una familia cimienta sus bases en el amor, la comunicación, la confianza, el respeto y la solidaridad; si los pilares (padres) no se encuentran

bien, los demás tampoco lo estarán. Una vez cubierto lo material, se dará cuenta del error cometido, los hijos no tienen en la memoria la imagen de un padre, no hubo momentos para los juegos o la realización de tareas escolares. Tratará de cubrirlo, pero ahora no existen los recursos monetarios; las carencias truncan el anhelo de situarse en un estado complementario, equilibrado. Si descuida la economía, el afecto y atención estarán cubiertos. Será un círculo vicioso, no se completa. Requiere buscar un equilibrio entre ellos para que ningún aspecto quede insatisfecho.

Eso por un lado; por el otro, los vicios no permiten tampoco el pleno desarrollo emocional, profesional, social, laboral y espiritual. Al estar enfocado en sólo uno de estos aspectos, los demás se descompensan. Requiere de un trabajo mayor: reconocer el problema, buscar los medios necesarios para eliminar el excedente y encaminarse hacia una mejora.

Al enfocarse, por ejemplo, en lo emocional, una persona acrecienta su ego, se olvida de interactuar con su medio ambiente, piensa únicamente en él, deja a un lado a la sociedad. Posee pocas herramientas para satisfacer sus necesidades. Aislarse no es una solución adecuada. Sus conocimientos se ven limitados, es como un extraño para los demás, tiene un exceso de confianza que no puede observar lo que está a su alrededor; su ceguera le niega la oportunidad de convivir con los demás seres vivos. Para poder integrarse debe desprenderse de todos sus prejuicios e ideas egocéntricas, requiere ser un individuo más humilde, consciente de la importancia de vivir en armonía con los conciudadanos y su entorno natural.

Para Platón “un hombre aislado no se puede basar a sí mismo, necesita para vivir humanamente y conseguir su perfección material y espiritual la ayuda y cooperación de los demás miembros de la sociedad” (Sobrino, 1994: 23). Mantenerse al margen no lo dota de los recursos necesarios para satisfacer sus necesidades, requiere establecer comunicación con los conciudadanos; de la misma manera, la sociedad se ve beneficiada, cada círculo social encuentra equilibrio. Todos se ven beneficiados. Pues el Sumo Bien no sólo hace refiere al individuo, sino a la sociedad misma, al existir una buena organización los componentes funcionan adecuadamente.

Si se piensa como un hábito, desde que se tiene conciencia, mínimas serán las dificultades para conseguirlo. Los ejemplos de la sociedad permiten aprehenderlos de manera natural. Nulos obstáculos encontrará en su camino. Cada pensamiento, acción y decisión será acorde a la sana ideología social; pensando en una organización enfocada hacia un equilibrio en todos los sectores.

Resulta complejo hablar de una condición como la que propone Platón; no obstante, el ser humano posee la capacidad de adaptarse a las condiciones que le exige su medio. No es una tarea complicada si tiene en mente mantener un estado confortable, alcanzar la felicidad, vivir al máximo cada minuto de existencia y coadyuvar en la transformación de una mejor sociedad. Por ello, propone el prototipo de “El hombre justo, virtuoso de bien”; según Miguel Ángel Sobrino, se caracteriza por:

- No perjudica al amigo ni a nadie.
- Piensa primero en aquello que vaya en provecho de los demás miembros de la república.
- La actividad que realiza va encaminada a su interés.
- Está satisfecho con su estado de vida, la cual es sencilla.
- Tiene armonía de carácter al conjuntar la blandura y la propensión a la cólera.

Lo anterior implica que:

- Está dotado de carácter filosófico.
- Obra con alma invencible suprimiendo todo aquello que lo aparte de la virtud.
- Prefiere la muerte a la situación de servidumbre.
- Su mayor castigo: ser gobernado por otro peor que él.
- Reúne armonía entre lo fuerte para realizar acciones violentas o tranquilas (1994: 58-59).

Si el individuo tiene el control de sus emociones y acciones estará obrando en beneficio de sí mismo, situándose en el terreno del Sumo Bien, no tendrá mayor complicación, cada decisión tomada lo encamina hacia el bienestar. Puesto que, vigila sus intereses sin afectar los de los demás, poniendo en práctica los valores morales que la sociedad requiere en sus integrantes, elige acciones vinculadas con el bienestar común. Con pequeños cambios pueden lograrse transformaciones del conjunto.

No tolera los malos manejos de sus conciudadanos, ha aprendido de su entorno, desea mejores condiciones de vida. El estado armónico (en que se encuentra) no debe ser empañado por las malas decisiones, pensamientos, costumbres y hábitos de los demás. Si bien, el aprendizaje es individual, las consecuencias pueden afectar a todos los integrantes de la sociedad.

Mencionado anteriormente, la sociedad se encuentra estructurada de tal manera que si uno de sus integrantes no logra comprender que se requiere de un trabajo en equipo para salir abantes de cualquier conflicto, todo el tejido sufre fracturas. El Sumo Bien afecta no sólo al individuo, sino al conjunto; una mala organización posee nulas posibilidades de mejorar económica, social, familiar y políticamente; sus bases no tendrán cimientos fuertes que la sostengan frente a la tormenta.

El Sumo Bien figura como una forma de encontrar la plenitud, pues al no existir las carencias ni los excesos, el hombre, completa su existencia; nada le hace falta, los vacíos son erradicados. La balanza debe mantenerse equilibrada todo el tiempo, no dejar que sopese más hacia un lado. Justamente, durante “El banquete o del amor”, en *Diálogos*, al reflexionar sobre el dios Eros y su importancia en la vida mundana, Erixímaco considera necesaria la armonía entre dos sujetos (amante y amado) para adquirir el Sumo Bien:

[...] no podría haber armonía de lo agudo y de lo grave cuando todavía son discordantes. La armonía, ciertamente, es una consonancia, y la consonancia es un acuerdo; pero un acuerdo a partir de cosas discordantes es imposible que exista mientras seas discordantes y, a su vez, lo que es discordante y no concuerda es imposible que armonice (1997: 217-218).

La imagen que presenta está relacionada con la música, si no existe la concordancia, los sonidos producidos serán desagradables al oído, pocos –por no decir nulos individuos– podrían tolerar tan ásperos ruidos. No habría ritmo, melodía, armonía y matices, todo se reduce a un caos, un desorden incapaz de definirse como bello. Por el contrario, un conjunto de elementos organizados puede generar una armonía, un estado de plenitud, equilibrio.

Esa armonía a la que se refiere puede tomarse como una metáfora de la mediación que el hombre debe hacer entre los vicios y las carencias, con dos elementos opuestos encontrar un equilibrio; al no conducirse particularmente hacia un sólo horizonte podrá vislumbrar un camino lleno de obstáculos que fácilmente vencerá.

No puede exceder ni tampoco abandonar los placeres y sufrimientos propios de la existencia, sino enfrentarlos, moderarlos, no dejar que éstos lo dominen y conduzcan hacia un camino desagradable, aprender de ellos, emplear ese aprendizaje adecuadamente, generar armonía en su diario vivir y adoptar el Sumo Bien. La vida es un camino que debe recorrerse para conocer las adversidades, aprender a manejar los sentimientos, emociones y acciones; puesto que, los retos siempre vienen acompañados de aprendizaje, después de enfrentar un obstáculo, el individuo no vuelve a ser el mismo, adquiere herramientas que coadyuvan a alcanzar el Sumo Bien.

Ya Platón lo describe, el hombre nace en un entorno lleno de dificultades y oportunidades para tener un modo de vida saludable; sin embargo, es decisión del mismo sujeto cómo mantendrá los platillos de la balanza. Para conseguirlo es necesario ejecutar los valores morales, no sólo guiarse por la intuición, se requieren habilidades que auxilien en dicha meta.

Contar con una vida armoniosa es una determinación que debe adoptarse si se quiere alcanzar la felicidad. Siendo indispensable una serie de conocimientos que sólo se adquieren a lo largo de la vida, la experiencia dota de todo lo necesario para desafiar los problemas y lograr salir sin descalabros. Pero todo ese acervo se adquiere con los años, muchas de las veces los adultos logran comprender todo ello cuando les queda poco tiempo de vida, ya no pueden aplicarlos. Contrario a lo que les acontece a los jóvenes, quienes cuentan con un largo camino por vivir, mas no tienen esos conocimientos.

Debido a ello, Platón habla de la *anamnesis* como elemento primordial para alcanzar el Sumo Bien; definiéndola como el recuerdo que el hombre tiene de su vida anterior, el cual lo contemplaba de modo inmediato y directo del Mundo de las ideas, puede vislumbrarlo como sombras de los sentidos, siendo la única fuente de conocimiento verdadero (Cfr. Ferrater, 1971).

Refiriéndose a que el hombre, a través de la anamnesis, logra vislumbrar una adecuación de su vivir; aprehende y aplica los conocimientos adquiridos en su vida anterior para mejorar la actual. Con ellos puede discernir los retos que se le presentan; comprende y evita situaciones adversas que lo alejan del Sumo Bien. Dirige sus pensamientos, virtudes y acciones hacia la felicidad. Crece como hombre, adquiere herramientas necesarias para obtener estabilidad, equilibrio.

El hombre atraviesa una serie de circunstancias adversas que lo dotan de conocimientos útiles en su existencia; sin embargo, no siempre se lleva a cabo el aprendizaje. Constantemente tropieza con la misma piedra, comete el error que lo conlleva al fracaso. En ocasiones, la inmadurez intelectual trunca el proceso de transformación, la oruga se niega a convertirse en una hermosa mariposa, teme los cambios. Mas con el paso del tiempo se da cuenta que sus decisiones no han permitido su desarrollo. Tarde es para proseguir el proceso, ha llegado a la edad senil, no tiene más remedio que morir con un aprendizaje tardío; ahora sólo los conserva, pero en su próxima vida los empleará por medio de la anamnesis.

Nicolás Abbagnano, haciendo una recopilación de la obra platónica, reconoce que la justicia tendrá que estar acompañada de prudencia, fortaleza y templanza. La prudencia permite tomar decisiones adecuadas, caer en el menor número de errores posibles; ser un hombre sabio. La fortaleza está en aquellos que, pese a las adversidades, no se dan por vencidos, buscan los medios apropiados para obtener sus metas. Y, finalmente, la templanza coadyuva a la moderación en el actuar. (Cfr. 1994: 93)

Esas virtudes propician un estado justo, no sólo en la sociedad, también en el hombre; se regirá equilibradamente, cuerpo, alma y pensamiento trabajarán, actuarán armónicamente en beneficio sí mismo:

En el alma individual Platón distingue, al igual que en el Estado, tres partes: la parte *racional*, mediante la cual el alma razona y domina los impulsos; la parte *concupiscente*, que es el principio de todos los impulsos corporales; y la parte *irascible*, que es auxiliar del principio racional y se irrita y lucha por lo que la razón considera justo. Propia del principio racional será la prudencia, y del principio irascible la fortaleza y

corresponderá a la templanza el acuerdo de las tres partes en dejar el mando al alma racional. (Abbagnano, 1994: 93)

Entonces, alcanzar el Sumo Bien requiere dominar mente, cuerpo y alma. Ese control permite obtener un conocimiento más profundo de la vida, emplearlos en la circunstancia idónea; reprimir los impulsos propicia un contexto libre de prejuicios, envidias, intolerancia o rencillas, el hombre respeta lo que el otro piensa y expresa, la armonía impera en todos los ámbitos. El Sumo Bien extermina males que se adhieren al hombre y a la sociedad. Al tener un buen manejo de lo racional, concupiscente e irascible, el individuo mantiene equilibrio en su vida. Pocos obstáculos complicados encontrará en su camino, los demás podrá superarlos sin problema alguno, el dominio del alma contra resta factores desagradables, favorece la existencia humana.

Hay tres tipos de conocimiento: a) sensitivo, que tiene por objeto los seres materiales y sensibles; b) racional discursivo, versa sobre el concepto de número; c) racional intuitivo, gira en torno a los seres carentes de toda materia y cantidad. Cuando se poseen estas tres categorías, el hombre cuenta con mayor panorama de su entorno; sabe qué tipo de procedimiento y acciones requiere ante cierto conflicto. No puede quedarse con lo inmediato, es indispensable enfocarse en el proceso intelectual y el cultivo de hábitos que perfeccionen su andar.

Pero a su vez, Platón hace una distinción entre el conocimiento sensible y el inteligible. El primero pertenece al mundo de la opinión conocido como *doxa*; respecto al segundo, es propio de la ciencia y corresponde a la episteme. Este último es el que, según Platón, el hombre debe cultivar pues versa sobre el Ser, es inefable, se llega a él por medio de la razón y del entendimiento. Permite el desarrollo de un pensamiento más objetivo, los sentimientos bloquean la razón, no puede alcanzarse el conocimiento; las sensaciones limitan, no resulta fácil comprender y adquirir un juicio razonable.

Así, cada uno de esos conocimientos aporta visiones diversas ante problemáticas de materias distintas. El hombre nunca sabe qué situación se

atravesará por su andar y, sin embargo, cuenta con los conocimientos necesarios para superar los retos cotidianos. Requiere poner en práctica la episteme junto con los diferentes tipos de conocimientos más los valores morales que su entorno le irá mostrando, el Sumo Bien será su modo de vida, el equilibrio y estabilidad serán las características de su diario vivir.

Los hábitos que va adoptando a lo largo de su vida deben ser analizados y comprendidos, pues no todos lo encaminan hacia el Sumo Bien; al separar – pero no desechar– las costumbres factibles de lo dañino, tiende a actuar de forma adecuada. La felicidad es una meta que todos los hombres tienen, pero que no todos pueden alcanzar, depende de su ideología, valores, acciones, conocimientos y decisiones. No es sencillo, mas con empeño puede ser posible.

Por lo tanto, el alma es quien aporta conocimiento al hombre, dota de sabiduría y hace más accesible el alcance de la verdad. Policarpo Chacón y Francisco Covarrubias mencionan que: “[e]l cuerpo es el lugar donde se instalan las pasiones, las injusticias y todos los actos negativos que realiza, pero el alma por medio de la educación, le proporciona toda la virtud capaz de contrarrestar esos actos negativos dotándolo de sabiduría” (2012: 141).

El proceso para alcanzar la verdad se resume con la anamnesis, reminiscencia, recordar los conocimientos que el alma posee; de esta manera, logra equilibrar sus acciones, deseos y pensamientos, puede adquirir el Sumo Bien. Obtiene un modo de vida estable, simple –término entendido como aquello que es capaz de trascender, ser inmortal-, todo lo necesario para tener estabilidad y confort. No tan fácilmente cae en los extremos (vicios y carencias), cuenta con la información necesaria para discernir entre lo negativo y lo que realmente puede dotarlo de beneficios y no de problemas.

2.2 Aristóteles y el Justo Medio

Aristóteles nació en el año 384 a.C. en Estagira, Grecia del Norte. Con diecisiete años de edad, ingresó a la Academia de Platón. Su estancia tuvo una duración de dos décadas, en las cuales adquirió grandes conocimientos; por lo cual, tomó el Fedón como modelo para su primer ensayo filosófico. A la muerte de su maestro, Aristóteles no logró simpatizar con las ideas de Espeusipo – sobrino de Platón –, decidiendo irse a Macedonia. Fundó el Liceo, llamado así por su proximidad al *Lykeios*, recinto de Apolo.

El estagirita optó por retomar los conocimientos de su maestro; no obstante, los adapta de acuerdo con su experiencia. García-Mauriño comenta que Aristóteles tenía un particular interés por “defender la consistencia y la autonomía del mundo sensible, las experiencias, la acción humana” (2005). Para alcanzar la felicidad, el hombre tiene que actuar auxiliado por los sentimientos, las virtudes, la experiencia y los conocimientos que a su paso va adquiriendo. El contexto y las propias circunstancias le muestran cómo debe comportarse, las decisiones a tomar y qué evitar para no cometer acciones erróneas que lo perjudiquen.

Precisamente, el Justo Medio se basa en la experiencia, quien se encarga de esclarecer las dudas que habitan la mente del hombre; los conocimientos empíricos acrecientan la visión de mundo. Al trascurrir el tiempo, la vida introduce circunstancias acompañadas de elementos encaminados hacia el aprendizaje; al adquirir conocimientos, el individuo tiene más posibilidades de salir provechoso en cualquier circunstancia problemática, poco a poco va habilitándose para solucionar las dificultades humanas, sociales y políticas.

“[E]n la vida los que actúan rectamente alcanzan las cosas buenas y hermosas; y la vida de éstos es por sí misma agradable. Porque el placer es algo que pertenece al alma” (Aristóteles, 2008: 35). Para que el hombre alcance la felicidad debe ejecutar acciones correctas y que permitan su desarrollo, su conocimiento. Los seres pasivos no pueden alcanzar un estado de confort, no luchan por lo que desean, pues en esto radica el placer y la

felicidad. El Justo Medio apela por el juicio prudente para establecer lo que es bueno y lo que es malo, poner en la balanza situaciones, cosas o decisiones, determinar su valor de acuerdo con la dicotomía de bien y mal, siempre con el propósito de obtener lo más óptimo y los objetivos planteados.

Esas metas y objetivos que desea alcanzar los lleva a cabo por medio de la toma de decisiones a lo largo de su existencia, los valores morales que posee, sus hábitos y los medios que su contexto le ofrece; esos medios deben ser seleccionados adecuadamente, ya que ellos pueden conducir a lograr o no el propósito, objetivo o meta. Al mismo tiempo, esas opciones le permiten tener conocimientos sobre su sociedad y las ciencias –por ejemplo, las matemáticas, gramática, biología, química, filosofía y el arte–, cuyos aprendizajes lo dotan de experiencias para su diario vivir que le permiten tener una vida plena y poder discernir entre los extremos: los excesos (los cuales dotan de un mal contraproducente, un bloqueo y distorsión de la realidad) y las carencias (insatisfacción que obstruye el pleno desarrollo del hombre).

Por medio de la experiencia, el hombre puede comprender mejor la situación en que se halla y, sólo así, saber qué medios son los más óptimos a emplear. Resultando contraria a la idea de Platón, quien afirmaba que puede aprenderse por medio de la *anamnesis*, recordando todo lo aprendido en la vida pasada y en el Mundo de las Ideas. Aristóteles considera que es más certera la práctica que la teoría, quien ejecuta lo aprendido tiene mayores posibilidades de almacenar en la memoria cada conocimiento aprehendido. La continua ejecución conlleva a la formación de los hábitos, acciones constantes en un individuo.

Entonces, si Platón concibe la *anamnesis*, Aristóteles propone la *eudaimonia*. “Eudonismo: significa «posesión de un buen demonio», es decir, goce o disfrute de un modo de ser por el cual se alcanza la prosperidad y la felicidad. Para el eudonismo, la felicidad es el premio de la virtud y, en general, de la acción moral” (Ferrater, 1984: 1068). Las dos propuestas se encaminan hacia alcanzar la felicidad, la diferencia radica en el proceso para alcanzar la meta; Platón piensa que el hombre adquiere el aprendizaje y los conocimientos de la vida a partir de la remembranza, en cada vida el individuo aprehende

hechos que le ayudan a repensar sus acciones, el trabajo consiste en recordarlos.

Aristóteles cree que ese estado puede llevarse a cabo mediante la experiencia, en cada circunstancia hay algo por rescatarse; mientras más viva, ejecute y experimente, el hombre tiene más posibilidades de comprender su contexto, coadyuvado de los valores morales y los medios adecuados, esa condición es posible. No se trata sólo de las buenas acciones, sino de cómo emplea los recursos naturales, tecnológicos, informativos, materiales, morales, constitucionales, económicos y humanos para conducirse hacia la felicidad.

Se enfoca en el proceso, la forma que se le da a la materia para alcanzar metas. La medianía coadyuva a alcanzar los objetivos. La materia son todos los recursos que se tienen al alcance, puede tratarse de elementos no materiales, las ideas también juegan un papel importante al tratar de obtener lo deseado, adquirir conocimientos y experiencias, distinguir entre los dos extremos, tener un juicio equilibrado, el Justo Medio.

El Justo Medio conduce hacia: 1) obtener lo benéfico de cada situación, aprendizaje, conocimientos; 2) llegar a un estado de felicidad; 3) discernir entre lo bueno y lo malo; 4) elegir lo más conveniente. Estos puntos los reconoce por la acumulación de experiencias; el conocimiento, que expande el acervo cultural, le permite comprender mejor su vida y su contexto, el cual es la herramienta necesaria para tener buenas acciones y vivir feliz.

La experiencia, la experiencia es el mejor maestro del ser humano. Muñoz comenta: “[a]prendemos a ser buenas personas, virtuosas, en la práctica, enfrentándonos con situaciones difíciles y procurando elegir bien y tomar la decisión más correcta o la menos equivocada” (2010). No es sólo ponerse a leer libros, devorar la información con la se que cuenta, sino poner en práctica lo leído y lo observado –muchos naturalistas lograron encontrar la cura a enfermedades o construir medios que ahora facilitan la vida, y todo gracias a la observación– para comprobar, experimentar y edificar el conocimiento por medio de la experiencia.

La experiencia coadyuva a la acumulación de conocimientos para aprender del contexto y tomar las determinaciones necesarias sobre sí mismo y los otros. No obstante, distingue de dos tipos de conocimientos: el inmediato y el mediato; el primero hace referencia a los principios o axiomas, las verdades indemostrables, “que el entendimiento asiente sin necesidad de prueba” (Balmes: s.f.); el segundo tiene como objeto las verdades ligadas con los axiomas, cuyo conocimiento se obtiene por medio del raciocinio, pensar en la relación para extraer el máximo aprendizaje de ella, aportando bases para posteriores circunstancias.

Dentro de la segunda categoría de conocimiento se encuentran las siguientes diferencias:

1. *Noûs*: capta los principios fundamentales no demostrables, los axiomas.
2. *Episteme*: la verdad que emana del razonamiento y la buena disposición.
3. *Sophía*: la unidad del noûs y la episteme.
4. *Doxa*: “la opinión, que pertenece a [...] las formas del conocimiento reflexivo que busca las causas y los fines” (Ágnes, 1998: 253).

La experiencia se va formando a partir de esos conocimientos; además, el hombre también necesita de las sensaciones para lograr una ampliación del horizonte de expectativas, espacio de experiencias y el acervo cultural. De esta manera, será menos complejo resolver problemas cotidianos. El sujeto cuenta con más medios para lograr sus objetivos, una vida regida por el Justo Medio, el equilibrio entre los extremos que dañan al hombre, los vicios y las carencias se moderan. A través de las sensaciones logra comprender la importancia de elegir la opción más agradable y benéfica, los hábitos son encaminados hacia una vida feliz; cada tropiezo le sugiere una forma distinta de guiar su existencia. El aprendizaje se ejecuta en pro del propio sujeto, porque la experiencia le hace hincapié en trabajar para conseguir un buen modo de vida.

No sólo se trata de tener en cuenta la experiencia, el ser humano está dotado de medios intangibles para obtener el Bien, la decisión de elegir tal o cual herramienta está asociado con una facultad del alma: la voluntad. De nada

sirve que un hombre cuente con todo lo necesario –auto, casa, dinero, buena educación, arte, viajes, ropa de marca, alimentos y una familia capaz de sacrificar todo por él– para tener una vida digna, si él no tiene definidas sus metas. Todo hombre requiere establecer hacia dónde se dirige, qué tipo de vida le interesa mantener, y, sobre todo, cómo lo va a obtener. Los medios son indispensables para alcanzar las metas propuestas.

Por ejemplo, si un médico que ha sido instruido en las mejores escuelas del mundo, cuya formación se encuentra dentro de las mejores de la institución, su desempeño académico demuestra tener los conocimientos para combatir cualquier enfermedad y, sin embargo, se niega a ayudar a los enfermos de su comunidad; los medios para salvar vidas ahí están, pero lo que hace falta es la voluntad. Aristóteles cree indispensable tener voluntad para concretar sus anhelos y metas; las herramientas son medios coadyuvantes, pero el hombre es quien realmente decide si lo logra o no. Las acciones llevadas a cabo muestran las intenciones que cada ser humano posee.

Por lo que el conocimiento es producto de la experiencia y las ciencias que auxilian al hombre para acceder a una vida más cómoda y placentera. Cada una de las acciones ejercidas manifiesta el grado de aprendizaje que ha adquirido; las virtudes que lleva a cabo en su vida diaria muestran la calidad de hombre que es cada individuo. Aristóteles menciona, en la *Política*, que: “se han de fijar estos tres límites para la educación: el término medio, lo posible y lo conveniente” (Ágnes, 2008: 210). De acuerdo con la sociedad, las leyes, costumbres y tradiciones, se exige un tipo de comportamiento; sin embargo, las virtudes siempre serán un componente esencial en el actuar, para alcanzar el Justo Medio, obrar en beneficio de sí mismo y de la sociedad.

2.2.1 Componentes del alma

Aristóteles concibe el alma como una sustancia que informa y vivifica a un determinado cuerpo. Informa, pues, por medio de las virtudes que posee, puede alcanzar el conocimiento, sabe hacia dónde dirigirse ante tal o cual situación. Y vivifica, al ejecutar los pensamientos encaminados hacia la razón, la virtud, puede disfrutar de todo aquello que lo rodea y es sano para él y sus semejantes.

Las funciones que cumple el alma son tres: a) vegetativa, la potencia nutritiva y reproductiva, propia de los todos los seres; b) sensitiva, comprende la sensibilidad y el movimiento; c) intelectual, específica del ser humano. Estas funciones producen que los seres vivos actúen de acuerdo a su naturaleza. No puede exigírseles a los animales que piensen y determinen sus comportamientos conforme lo exigen las reglas sociales.

Así que las funciones coadyuvan a la disección del alma. El estagirita – apoyado en los postulados de Platón– hace una relación entre virtudes y funciones que corresponden a cada una de las partes del alma. Si bien, no está lejos de lo ya dicho por su maestro, agrega algunas otras virtudes; las contrapone con los vicios dando ejemplo de ello. Resultando la siguiente división: racional, afectiva y apetitiva. Equivalentes a los términos de Platón: racional, irascible y concupiscente.

Para el análisis de cada una de las virtudes, se ha empleado el “Libro de las virtudes” (Aristóteles, 1931).

2.2.1.1 Racional

La parte racional, mediante la cual el alma razona y domina los impulsos, está integrada por la prudencia. Siendo ésta la virtud del que es moralmente juicioso y sano. Aristóteles indica que la prudencia no es un conocimiento ni un arte, es un estado, un hábito verdadero y razonado “para actuar según lo que es bueno o malo para el hombre”. (Ferrater, 2004: 2944).

Implica que el hombre debe evaluar las situaciones que se presentan para elegir la mejor decisión. Si actúa de manera impulsiva, la prudencia no tendrá cabida y los resultados pueden no ser los mejores. Las acciones viscerales acarrearán excesos o carencias que el individuo debe solucionar tarde o temprano. Las consecuencias de los actos determinan el tipo y cantidad de virtudes que se poseen; no se puede exigir una vida plena y equilibrada mientras las virtudes estén fuera del modo de vida.

La prudencia procura la felicidad, logra hacer un discernimiento del momento oportuno para ejecutar una acción o expresar pensamientos, emplea sagazmente el vocablo y los actos; construye un juicio recto entre el bien y el mal, tiene un buen trato social. Esta virtud va acompañada de la memoria, pericia, tacto, buen juicio y sagacidad.

Si el hombre adquiere razón, se producen cambios en su manera de ejecutar las acciones, y éstas lo conducen al bien, estará actuando bajo virtud. Y la virtud no se da sin prudencia. “[N]o es posible ser bueno en sentido estricto sin prudencia, ni prudente sin virtud moral [...] las virtudes son separables unas de otras, pues la misma persona no puede estar dotada por naturaleza de todas las virtudes” (Aristóteles, 2008: 289).

La estulticia es el vicio de la prudencia. Es la causante de la toma de malas decisiones, produciendo una errónea manera de vivir. El hombre juzga de mala manera las cosas, adopta una actitud necia, la maldad se aloja en su trato social, hace un mal empleo de los bienes que posee, guarda erróneas ideas del bien y del mal. Este vicio, además, va acompañado de la ignorancia, impericia, incontinencia y la falta de memoria.

2.2.1.2 Afectiva

La parte afectiva equivale a lo que Platón llama irascible. Es auxiliar del principio racional, se irrita y lucha por lo que la razón considera justo. La integran la mansedumbre y el valor. Contraponiéndose la irascibilidad y cobardía.

Mansedumbre

Un hombre que actúa de acuerdo con la mansedumbre difícilmente se abandona a la ira, sufre resignadamente los improperios y menosprecios. La venganza no figura en su vivir. Está acompañada del sosiego y la constancia. Pese a todos los infortunios, sigue su camino hasta alcanzar sus metas y objetivos.

Mas si se opta por actuar en contra, se ocasionan los dolores; la irascibilidad hace acto de presencia, el odio toma terreno, hay rencillas, irritabilidad, venganza, cólera, cambios súbitos de sentimientos, preocupación por asuntos insignificantes.

“[L]os irascibles se encolerizan pronto, con quienes no deben, por motivos que no deben y más de lo que deben, pero se apaciguan pronto, y esto es lo mejor que tienen” (Aristóteles, 2008: 228). Se desquitan abiertamente a causa de su impulsividad, pero luego se aplacan. Los coléricos son excesivamente precipitados, se irritan contra todo y por cualquier motivo. Los amargados son difíciles de tranquilizar, se irritan durante mucho tiempo, contienen su coraje; sólo la venganza pone fin a su ira, produciendo placer. Se les llama difíciles a los que se incomodan por motivos indebidos; no se reconcilian sin venganza o castigo. Los necios no se irritan por los motivos debidos, en la manera que deben, cuando deben o con los que deben; no son capaces de defenderse.

Todas las anteriores son manifestaciones de la irascibilidad. Porque un hombre regido por la mansedumbre se irrita por cosas debidas, cuándo y con quién es debido. Por lo tanto, es alabado; practica el Justo Medio.

Valor

Justo Medio entre la cobardía y la temeridad. Un hombre con valor o valentía difícilmente se intimida ante la idea de la muerte, es atrevido ante las situaciones de riesgo, en todo momento elige una muerte honrosa. El hombre valiente no teme a una muerte gloriosa ni a las contingencias que lleva consigo;

por ejemplo, la guerra. “[E]l que soporta y teme lo que debe y por el motivo debido, y en la medida y tiempos debidos, y confía en las mismas condiciones, es valiente, porque el valiente sufre y actúa de acuerdo con los méritos de las cosas y como la razón lo ordena” (Aristóteles, 2008: 197).

Siendo la cobardía la contraparte del valor. Un cobarde se atemoriza ante la idea de la muerte, es débil de carácter, poca virilidad, es desesperado, está muy apegado con la vida, no concibe la idea de la muerte como suceso inevitable del ser humano. Le falta coraje para tomar determinaciones.

2.2.1.3 Apetitiva

La apetitiva equivale a la concupiscible (principio de todos los impulsos corporales). Estructurada por la templanza y la continencia.

Templanza

Cuando se sobrepasan los límites –lo que sucede a menudo cuando uno no se conoce a sí mismo– se produce una ceguera que da origen a la locura. Es característico de la templanza reunir un conjunto de disposiciones, las cuales tienden a encontrar y a acentuar los límites que hacen de las cosas realidades, deseables y bellas. (Cfr. Ferrater, 2004)

Coadyuvado de la templanza, el hombre refrena, con el pensamiento, el apetito que se lanza tendiendo a los placeres viciosos. Existe el temor a la mala reputación. Ausencia de admiración en cuanto al goce de los placeres corporales. Va acompañada de disciplina, orden, pundonor y cautela.

Su contraparte es la destemplanza. El individuo se deja arrastrar por los malos placeres sensuales, hay un exceso de la risa, la broma, el dicharacho, la veleidad en la palabra y los hechos. Se hacen presentes la disolución, descaro, desorden, lujuria, desenfreno, negligencia, desprecio y disipación. Un ejemplo

de la destemplanza es aquel hombre que opta por asistir a eventos nocturnos, ahí hace empleo de los servicios de mujeres que venden su cuerpo, bebe en exceso; ningún asunto es tratado con seriedad. La diversión y los placeres son su prioridad.

Continencia

Implica conocimiento y placer. La continencia refrena el apetito mediante la razón cuando se tiende al vil goce de los placeres. El hombre que actúa bajo la continencia sabe que los placeres no traen consigo ningún beneficio, se rige por la razón, está dotado de nobleza y bondad. Va de la mano de la paciencia, firmeza en las necesidades naturales y el dolor. La incontinencia opta por los malos placeres.

El incontinente está consciente de que actúa mal movido por la pasión y aun así no respeta los límites, mientras el continente sabe que las pasiones son malas y, por ello, se abstiene de cometerlas. Se les llama incontinentes respecto de la ira, el honor. Éstos no tienen conocimientos sino opinión, al estar dominados por los placeres, la razón es nulificada.

2.2.1.4 Alma como un todo

Justicia

Lo justo es aquello que preserva la felicidad. La justicia engloba las demás virtudes, es la virtud completa y perfecta, quien la posee puede hacer uso de ella consigo mismo y con los demás. Hace referencia al bien ajeno porque afecta al otro. Preserva las costumbres ancestrales y las leyes. Va junto con la pureza, verdad, confianza y el odio a la perversidad.

La injusticia es su contraparte, la cual incita una avidez por más de lo que merece. Se obra mal referente a los dioses, muertos, padres y patria. Los

compromisos adquiridos no son realizados, hay una transgresión a las buenas costumbres y leyes. Va de la mano de la argucia, jactancia, hipocresía y falta de escrúpulo.

“El injusto no siempre escoge la mayor parte, sino también la menor cuando se trata de males absolutos; pero, como parece que el alma menor es también, en cierto modo, un bien, y la codicia lo es de lo que es bueno, parece, por esta razón, codicioso” (Aristóteles, 2008: 240). La distribución de lo perjudicial se realiza de manera desequilibrada, el injusto actúa con/en pro de su beneficio, no le interesa el otro; la codicia lo domina.

Largueza

Relacionada con la generosidad. Un hombre se muestra dispuesto a sufragar todo gasto con nobles fines, no lucra, disfruta de ayudar sin recibir nada a cambio. Hay ductilidad de disposición, amabilidad, misericordia, cariño, hospitalidad. En general, se refiere al desprendimiento de los bienes materiales y monetarios para cubrir las necesidades del prójimo. No hay apego a lo material.

La avaricia es el vicio de la largueza. Propiciando lo contrario, el individuo busca los medios necesarios para beneficiarse a sí mismo sin importar el otro. Existe el lucro ilícito, mezquindad, tacañería, está lejos de la esplendidez. Brinda mucha atención a cosas insignificantes y nimiedades. Están presentes: el enfado, vileza, falta de mesura, nobleza y misantropía.

Magnanimidad

“Se tiene por magnánimo al hombre que, siendo digno de grandes cosas, se considera merecedor de ello, pues el que no actúa de acuerdo con su mérito es necio y ningún hombre excelente es necio ni insensato” (Aristóteles, 2008: 221).

El hombre puede resignarse noble y valerosamente con la suerte o la desgracia, el honor o deshonor; no admira el lujo, poder o victoria en las luchas. No se muestra pronto a la venganza. Muestra nobleza, sencillez y veracidad. El premio que se otorga a las acciones gloriosas es el honor. El individuo magnánimo es un bueno, no huye del peligro ni comete injusticias.

La magnanimidad es el ornato de las virtudes, pues las realza y no puede vivir sin ellas. El sujeto se comporta con moderación respecto de la riqueza, poder, de toda buena o mala fortuna, no se alegra excesivamente en la prosperidad ni se apena con exceso en el infortunio. Auxilia a sus semejantes. Tiene amistades y enemistades manifiestas, no se esconde. No es rencoroso, ni murmurador, tiende a olvidar el pasado, no se lamenta; posee movimientos sosegados.

Su vicio es la vileza, pues el hombre es incapaz de sobrellevar la fortuna y la desgracia con resignación. Muestra orgullo al alcanzar algo honroso. Hay lamentación por todo, preocupación por pequeñeces, murmuración, desesperación, espíritu rastrero.

Las virtudes y vicios anteriores se han condensado para realizar un estudio más práctico de ellos, dando como resultado la siguiente tabla. En ella se encuentra la virtud, su definición, acciones producidas y, de igual forma, los vicios. No sólo es producto de las aportaciones de Aristóteles, Platón es fundamental en ello, aportó las bases para un estudio más profundo de las situaciones que rodean al hombre.

Parte del alma	Virtud	Definición	Acciones Producidas	Acompañada de:	Vicio																
					Definición	Acciones resultantes	Acompañado de:														
R A C I O N A L	Prudencia	Procurar todo cuanto tienda a la felicidad.	<ul style="list-style-type: none"> - Acertadas decisiones - Rectitud de juicio (bueno vs. malo) - Uso noble de los bienes - Corrección en el trato social - Discernimiento del momento oportuno - Sagaz empleo de un vocablo y un acto 	<ul style="list-style-type: none"> • Memoria • Pericia • Tacto • Buen juicio • Sagacidad 	<p>Estulticia: causa la errónea manera de vivir</p>	<ul style="list-style-type: none"> ➤ Juzgar las cosas de mala manera ➤ Necia decisión ➤ Maldad en el trato social ➤ Mal empleo de los bienes poseídos ➤ Pensar erróneamente sobre el bien y el mal 	<ul style="list-style-type: none"> ○ Ignorancia ○ Impericia ○ Incontinencia ○ Falta de tacto ○ Falta de memoria 														
								Manse- dumbre	El hombre difícilmente se abandona a la ira	<ul style="list-style-type: none"> - Sufrir resignadamente los improperios y menosprecios - No dejarse llevar por la venganza - No abandonarse a la ira - Desterrar del carácter la acritud y la contradicción 	<ul style="list-style-type: none"> • Sosiego • Constancia 	<p>Irascibilidad: se deja arrastrar por la ira</p>	<ul style="list-style-type: none"> ➤ Prontitud en el odio ➤ Tendencia a la rencilla ➤ Irritabilidad ➤ Venganza ➤ Cólera 	<ul style="list-style-type: none"> ○ Fácil excitación ○ Cambios súbitos de sentimientos ○ Preocupación por asuntos insignificantes ○ Molestia por cosas sin importancia 							
															Valor	Difícilmente se intimida ante la idea de la muerte	<ul style="list-style-type: none"> - Lentitud en atemorizarse ante la idea de la muerte - Mostrar valentía en el peligro - Atrevimiento para afrontar riesgos - Elección de una muerte honrosa 	<ul style="list-style-type: none"> • Laborar • Sufrir • Tender a la firmeza • Amor al trabajo y la resistencia 	<p>Cobardía: se atemoriza ante la idea de la muerte</p>	<ul style="list-style-type: none"> ➤ Fácil desasosiego por nimias aprensiones, especialmente las relacionadas con la idea de la muerte 	<ul style="list-style-type: none"> ○ Debilidad de carácter ○ Falta de virilidad ○ Desesperación ○ Apego a la vida

A
F
E
C
T
I
V
A

A P E T I T I V A	Templanza	El hombre refrena, con el pensamiento, el apetito que se lanza tendiendo a los placeres viciosos	<ul style="list-style-type: none"> - Ausencia de admiración en cuanto al goce de los placeres corporales - Carencia de deseo a los goces sensuales despreciables - Temor a la mala reputación - Vida regular 	<ul style="list-style-type: none"> • Disciplina • Orden • Pundonor • Cautela 	Destemplanza: tendencia a los malos placeres sensuales	<ul style="list-style-type: none"> ➤ Elección de goces perjudiciales y viles placeres ➤ Inclinación a la risa, la broma, el dicharachero, la veleidad en la palabra y los hechos 	<ul style="list-style-type: none"> ○ Disolución ○ Descaro ○ Desorden ○ Lujuria ○ Desenfado ○ Negligencia ○ Desprecio ○ Disipación
	Continencia	Refrenar el apetito mediante la razón cuando tiende al vil goce de los placeres	<ul style="list-style-type: none"> - Sabe que los placeres no traen consigo ningún beneficio - Actúa de acuerdo con la razón - Dota de nobleza y bondad 	<ul style="list-style-type: none"> • Paciencia • Firmeza en las necesidades naturales y el dolor 	Incontinencia: elección a los malos placeres	<ul style="list-style-type: none"> ➤ Elección de placeres que prohíbe la razón ➤ Gozar de los placeres pese a que sabe que es preferible no hacerlo ➤ Abstenerse de llevar a cabo acciones nobles y bondadosas 	<ul style="list-style-type: none"> ○ Afeminamiento ○ Negligencia ○ Intemperancia
A L M A	Justicia	Concede a cada cual lo que por su merecimiento corresponde	<ul style="list-style-type: none"> - Distribución de cada uno según sus méritos - Preservación de costumbres ancestrales y leyes importantes - Veracidad en asuntos compromisos - Observancia a los compromisos 	<ul style="list-style-type: none"> • Pureza • Verdad • Confianza • Odio a la perversidad 	Injusticia: el hombre siente avidez por más de lo que merece	<ul style="list-style-type: none"> ➤ Impiedad: obrar mal referente a los dioses, muertos, padres y patria. ➤ Altiñez: obrar mal en lo referente a compromisos contraídos ➤ Ultraje: proporcionarse placeres en perjuicio del otro ➤ Violar costumbres y 	<ul style="list-style-type: none"> ○ Argucia ○ Jactancia ○ Hipocresía ○ Falta de escrupulo

C O M O U N T O D O	Largueza	Mostrarse dispuesto a sufragar todo gasto con nobles fines	<ul style="list-style-type: none"> - Profusión de dinero dedicado a fines dignos de loa - Rebasar el gasto cuando el propósito lo requiera - Ayudar y mostrar generosidad - No lucrar - Disfrutar sin beneficio 	<ul style="list-style-type: none"> • Suavidad • Ductilidad de disposición • Amabilidad • Misericordia • Cariño • Hospitalidad 	Avaricia: el individuo tiende a beneficiarse en todo cuanto puede	<ul style="list-style-type: none"> ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ 	<p>leyes</p> <p>Desobediencia</p> <p>Mentir</p> <p>Ser perjuro</p> <p>Violar compromisos y promesas</p> <p>Lucro ilícito: el hombre procura lucrarse con la vista en la ganancia que en la afrenta</p> <p>Mezquindad: no gastar el dinero en lo que se debe</p> <p>Tacañería: gasto parco y disgustado</p> <p>Dar más valor al dinero que al prójimo</p> <p>Lejos de toda esplendidez</p>	<ul style="list-style-type: none"> ○ Atención a cosas insignificantes y nimiedades ○ Enfado ○ Vileza ○ Espíritu rastrero ○ Falta de mesura, nobleza y misantropía
	Magnanimidad	El hombre puede resignarse con la suerte o la desgracia, el honor o deshonor	<ul style="list-style-type: none"> - Resignarse noble y valerosamente a la fortuna y desgracia - No admirar el lujo, poder o victoria en las luchas - Poseer profundidad y grandeza de alma - Disposición de sencillez y nobleza - No se muestra pronto a la venganza 	<ul style="list-style-type: none"> • Nobleza • Sencillez • Veracidad 	Vileza: el hombre es incapaz de sobrellevar la fortuna y la desgracia con resignación	<ul style="list-style-type: none"> ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ ➤ 	<p>Incapacidad para sentir el honor y el deshonor, la fortuna y la desgracia</p> <p>Mostrar orgullo al alcanzar algo honroso</p> <p>Ensoberbecerse a los pequeños triunfos</p> <p>Incapaz de sufrir las pequeñas contrariedades</p> <p>Lamentarse de todo</p>	<ul style="list-style-type: none"> ○ Preocupación por pequeñeces ○ Murmuración ○ Desesperación ○ Espíritu rastrero

CAPÍTULO III
EL JUSTO MEDIO
EN *LA TREGUA*

El presente capítulo tiene como objetivo realizar un estudio inmanente de *La tregua* para poner sobre relieve su valor literario. Demostrar que la sencillez nada tiene que ver con la nulidad de la belleza. Por el contrario, Benedetti forma parte de la literatura latinoamericana y la universal. Sus obras poseen recursos inmanentes valiosos, que no son simples y vanos, dignos de un estudio literario. Por ello, es importante dejar en claro los conceptos: novela, novela latinoamericana y personaje. Y así aplicar la teoría del Justo Medio a *La tregua*.

3.1 Novela

El concepto de novela es conocido, pero ha ido sufriendo varias transformaciones a lo largo de los siglos; las temáticas, los motivos, la extensión se adaptan de acuerdo con el espacio geográfico, temporal, contextual e ideología. Estos factores determinan la forma que debe adquirir en cierto periodo histórico.

Para muchos teóricos, la novela es la epopeya en prosa, con la misma materia narrativa; aunque con ligeros cambios de enfoque y presentación.

Milán Kundera ha dicho de un modo rotundo que la novela moderna, elaborada por el espíritu europeo desde hace cuatro siglos, es, en su opinión, el grado mayor del pensamiento de nuestro tiempo; que sobrepasa el arte de contar, de construir una intriga y de dar vida a unos personajes; es para él la meditación del hombre problemático, proveniente del Renacimiento, sobre él mismo y sobre el mundo, así como sobre su existencia en el mundo (García Peinado, 1998: 37).

Se basa en la realidad para plasmar la visión del autor sobre un tema determinado. Esa realidad que se presenta en la novela no es verdadera, sino verosímil, creíble. Interviniendo en ella personajes que toman determinaciones, piensan, hablan, actúan; están contruidos a semejanza del hombre de cierta época, pero no son seres humanos, sólo son una representación. La novela da

una versión total de la vida. Por lo que, un elemento fundamental en la novela es la ficción.

Shoklovski y Echenbaum mencionan que la novela es sincrética, relata una historia, demora la acción, existen intrigas paralelas; el final es el momento de debilitamiento. Se presenta la situación problemática, la cual va desarrollándose y tomando fuerza gracias a las intrigas de los demás personajes. (Cfr. Todorov, 2002: 127-158). El protagonista (o héroe) debe tomar determinaciones que coadyuven a alcanzar su meta. Por ello, en el desenlace, el nudo pierde forma y la solución hace acto de presencia. Esa solución no necesariamente debe ser positiva, en ocasiones acarrea desgracias para los demás y para el propio protagonista.

La caracterización general de la novela consiste en ser una narración extensa en prosa, aunque también existe la novela corta –la cantidad de páginas para una u otra varía de teórico en teórico–. Forster considera que la extensión no deber ser inferior a doscientas páginas; Benedetti, que toda novela sobrepasa las ciento cincuenta; a Tomasevski no le interesa la extensión, sino el tratamiento y desarrollo de la trama. Los elementos esenciales de la novela son los personajes, las acciones, los espacios y el tiempo. Para Bajtín, los conceptos de tiempo y espacio se engloban en el cronotopo; crono: tiempo, topo: lugar (Cfr. Garrido, 2006: 336).

Por ejemplo, el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha emprende su travesía acompañado de su inseparable amigo, Sancho. Va de un lugar a otro en búsqueda de hazañas dignas de un caballero como lo es él. Se enfrenta a los molinos, lucha en la casa de prostitutas, es engañado, se burlan de su atemporalidad, auxilia a quien lo necesita. Todas las aventuras por las que atraviesa agravan su desvarío temporal, vive en una época que no le corresponde. Al regresar a casa, cae enfermo y, precisamente, se da cuenta de su verdadera condición, que la caballería ya no está vigente. Muere.

Los espacios son fundamentales para que se lleven a cabo los enfrentamientos, sin ellos, los motivos serían distintos y la novela tomaría otro

rumbo; los espacios abiertos dan pauta a que el hidalgo conozca a diversos personajes. Quienes, a su vez, propician esas hazañas. El desenlace no es del todo positivo. A su regreso, la enfermedad le permite entender que su actitud no era acorde con la época ni los valores. Esa fuente de conocimiento viene acompañada de la muerte.

En la novela, las acciones se retrasan, hay transposiciones temporales, los motivos se repiten; existen recurrentes cambios de focalización y de distancia entre el narrador y los personajes. Camina hacia su desenlace por “el desarrollo interno de las virtualidades que ha ido ofreciendo el discurso” (Bobes Naves, 1998: 41). Cada elemento presentado tiene una causa que a primera vista no es entendible; no obstante, conforme avanza la historia, todo se va conjuntando y el sentido se completa.

Respecto al tiempo, Bajtin menciona que el pasado es el tiempo de la epopeya, mientras que el presente es el de la novela. El pasado representa todo lo bueno, lo venerable; el presente, lo imperfecto, pasajero, inacabado. Dentro de la novela no se excluye, pero la temporalidad se mide desde el presente del narrador, quien accede al pasado por medio de la memoria. Sin embargo, éste se muestra hermético ante cualquier cambio. Por el contrario, el presente dota de libertad a los personajes. “La novela enseña que el tiempo presente no se repite y que el hombre está abocado a elegir sin remedio y debe tener, por eso, conocimiento y prudencia” (Bobes Naves, 1998: 201). En la novela, el personaje aprende, cambia, toma determinaciones, ejerce su libertad para decidir su destino.

Personajes, acciones, tiempo, espacio son relevantes; sin embargo, la figura del narrador no puede ser excluida, pues modula las unidades sintácticas para generar el sentido concreto del relato.

Al hablar del punto de vista, el narrador hace su aparición. Es él quien ordena los sucesos y los presenta al lector. El narrador es una figura “que el autor se inventa y que representa, en la mayoría de los casos, al propio autor en el interior de la narración, sólo durante el tiempo en que éste escribe su

relato, en que cuenta su historia” (García Peinado, 1998: 164-165). No es el autor, sino quien presenta los hechos ficcionales. Es la mediación de un universo que él conoce y que el lector desconoce, la voz que el lector escucha al leer la obra literaria; el dueño absoluto del tiempo y el espacio de su relato.

Según Norman Friedman existen dos maneras en que se escucha la voz narrativa: 1) objetivamente, hay una progresión dilatada, se detalla cada acción y elemento primordial de la novela, muestra, acerca; 2) subjetivo, progresión comprimida, selección abstracta de elementos y acciones, aleja, resume (Cfr. Friedman, 2001). Así, en el punto de vista objetivo se encuentra el narrador en tercera persona, y la primera persona en el subjetivo.

Respecto a los puntos de vista y a las voces narrativas, Bajtín propone que el narrador conversa con los personajes; figuran muchas voces, las cuales provocan que el protagonista entre en conflicto sobre su situación e ideología. Ese desorden relativiza las diferentes posturas ante los hechos, las ideas, las conductas.

El personaje de la novela no es heroico “tiene rasgos positivos y negativos, bajos y elevados, cómicos y serios; no debe estar completamente formado, sino que debe presentarse en proceso de formación, de cambios y de adaptación a la vida” (Bobes Naves, 1998: 9). A partir de las acciones, el personaje adquiere forma, se construye.

Por ello, todos los elementos juegan un papel importante en la construcción de la obra literaria. Todorov acierta al mencionar que todo texto literario es un sistema. Un elemento entra simultáneamente en relación con otros elementos que sólo pueden existir al interactuar entre ellos. De esa manera, forman un engranaje; si uno deja de funcionar, todo toma un rumbo distinto. (Cfr, Todorov, 2002: 89-102).

La novela puede ser considerada “como un proceso de conocimiento, pues puede dar una explicación de las personas, de sus conductas, de los motivos por los que actúan y de las consecuencias de sus acciones” (Bobes, 1998: 17). Mediante esos hechos, el personaje alcanza conocimientos acerca

de su entorno y sobre sí mismo; adquiere conciencia, lucha por sus deseos. En ocasiones, transforma su conducta. No obstante, la novela también se convierte en una especie de espejo del lector que, reconociendo sus vicios y ridiculeces, aspira a corregirse. Tanto lector como protagonista llegan a una catarsis –término que Aristóteles define como el momento liberador y que conduce a la transformación–, pues la vida y el arte van de la mano, la forma de la novela depende de las experiencias del escritor.

Es cierto que la novela implica más elementos, un estudio más a fondo; sin embargo, son los elementos indispensables para esta investigación. Por lo que el tema del personaje será abordado más adelante.

3.1.1 Novela latinoamericana del siglo XX. El Boom y Benedetti

Si bien los movimientos literarios van marcando pautas, los escritores adaptan ciertas características para así singularizar sus obras. La influencia de las corrientes europeas fue determinante para singularizar la narrativa latinoamericana. Los escritores adaptaron los modelos, los acondicionaron para que el lector pudiera comprender las manifestaciones artísticas propias del territorio. Surgieron diversas opciones. Una de ellas es la del Boom.

Este movimiento intentó introducir obras literarias en las que el cosmopolitismo figurara como eje central, el lenguaje no fuera una copia de la realidad. Los integrantes, “al pasar de la realidad observada, cada vez más enajenante y deshumanizadora, del mundo de hoy, a la realidad creada por la imaginación, aspira[n] a trascender el plano meramente estético” (Shaw, 1999: 240).

El tono predominante en la narrativa latinoamericana moderna es pesimista, el hombre vive rodeado por la soledad y la violencia, sin esperanza de redención. Por ello, la novela se polariza en dos extremos: en uno, el escritor dota a su obra de una estructura visible que funciona como una

consciente respuesta artística a la desintegración caótica de la realidad. En el otro, el novelista deliberadamente oculta el diseño –siempre existente– de sus novelas. El fragmentarismo y la ambigüedad reflejan la desintegración de la realidad.

Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa apostaron por el segundo polo; edificaron sus obras sin una estructura visible. Sus novelas juegan constantemente con el tiempo y los espacios. Rompen con la tradición literaria. El cosmopolitismo fue el primordial componente de sus escritos. Una clase media que pretende presentar el pesimismo, hombres atrapados y sin fuerzas para modificar su historia; constantemente se están interrogando sobre el destino. Se caracterizan por la renovación del lenguaje, un lenguaje construido, no pueden quedarse con el habla coloquial.

Las características del Boom pueden resumirse de la siguiente manera:

- 1) Abandono de la estructura lineal.
- 2) Tendencia a subvertir el tiempo.
- 3) Inclusión de espacios imaginarios, en lugar de los reales.
- 4) Presencia de múltiples narradores o ambiguos.
- 5) Mayor empleo de elementos simbólicos.

Existe una sublevación contra la vieja tradición realista, o lo que “T. E. Lyon llama el paso de lo mimético a lo simbólico, la aspiración a acceder a ‘un nivel de la realidad menos evidente, pero infinitamente más cierto’, y por otra parte, la idea opuesta, la idea borgiana de que no sabemos lo que es la realidad” (Shaw, 1999: 244). Enfatizan los aspectos ambiguos, irracionales y misteriosos de la realidad. Hay rebelión contra los tabúes morales, principalmente relacionados con la religión y la sexualidad.

Se proyectan hacia el exterior, sus obras —sobre todo Cortázar y Vargas Llosa— se sirven de espacios europeos para sus tramas. Desean ser leídos no sólo por sus contemporáneos latinoamericanos, sino también por los lectores de Europa. Quieren que suceda lo contrario, que Latinoamérica deje de mirar

hacia afuera, mire hacia dentro; y que las culturas extranjeras se den cuenta de la producción artística del nuevo continente.

Razón por la cual, el papel de los editores tomó realce. Ellos se encargaron de promocionar a los integrantes del Boom. Llegando así a:

identificar el total de la literatura hispanoamericana moderna con las obras de unos pocos autores [...] su absoluta participación en las técnicas publicitarias y de mercadeo [...] pasados la exaltación inicial con que son acogidos los “nuevos escritores”, y el beneplácito y reconocimiento que sus obras provocan entre los especialistas y el público en general, la absorción de las letras por parte de los mecanismos de la sociedad consumista genera una tendencia beligerante, tanto en España como en Hispanoamérica, hacia las figuras reconocibles del boom (Curiel, 2006, 261-262).

Los integrantes del Boom se dejaban guiar por el éxito obtenido con la venta de sus obras. Aunque Cortázar, en una entrevista que le realizaron, en relación con el Boom latinoamericano, comenta que él y sus compañeros pretendían que los latinoamericanos leyeran la producción literaria de su propio continente, y dejar de mirar hacia Europa; si bien es importante conocer la tradición literaria, es aún más relevante conocer la producción local para comprender la situación contextual. Además que nunca tuvieron la intención de poseer bienes materiales y monetarios por sus obras artísticas; cada uno atravesó por situaciones económicas complicadas (Cfr. Soler, 1977).

El Boom reacciona contra la poética de la narrativa indigenista y regionalista que se desarrolló en las primeras tres décadas del siglo XX, estableciendo un debate caracterizado por la contraposición de duplas antinómicas: novela de observación y novela conscientemente artística, lo universal frente a lo particular, el cosmopolitismo vs. americanismo, identidad nacional vs. condición del hombre contemporáneo, novela convencional vs. revolución del lenguaje; compromiso social del escritor y la ética de la creación como única responsabilidad artísticamente válida, la realidad y la fantasía.

Rechazan el “debe seguir siendo”, esa ruptura hace que introduzcan giros en las técnicas estilísticas; implantan nuevas estrategias narrativas para presentar la fragmentariedad y la soledad del hombre del siglo XX. El lenguaje renovado, una estructura compleja, símbolos y aspectos metafísicos responden a las características de dicho movimiento literario. Proponían que el lenguaje debía ser construido conscientemente y no a la ligera; el cosmopolitismo figuró como el eje central en las tramas. Para los del Boom el deber primordial era revolucionar la literatura.

La novela moderna se caracteriza por el énfasis en la escena; ya sea en el pensamiento del personaje, en sus palabras o en sus actos. Los naturalistas introducían largas descripciones sobre los espacios geográficos y los objetos que rodeaban a los personajes. Novela moderna es sinónimo de acción. El narrador da prioridad a las acciones que el protagonista lleva a cabo para lograr sus objetivos; la descripción de los espacios es secundaria.

Cortázar “sostiene que la mejor literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX es aquella que constituye un inventario de los problemas de los pueblos de la América Latina, aquella que plantea la búsqueda de soluciones” (Curiel, 2006: 272). Por medio de los símbolos deseaban lograr ese cometido, llegar a la consciencia del hombre. Mas cómo pretendían hacerlo si pocos eran los intelectuales en Latinoamérica. No todos los hombres tenían acceso a la educación, el hecho de saber leer era ya un mérito. Los símbolos son entendibles para aquellos que se han instruido.

Razón por la cual Benedetti optó por adquirir un lenguaje sencillo, cotidiano, cercano al lector. Sus obras tratan temas de índole social, humano y político. Por lo que, los integrantes del Boom concibieron a Benedetti como un escritor mediano, sin innovación; un best-seller. Prueba de ello es lo que Donald Shaw comenta sobre el Boom:

si bien reunió a cierto número de escritores que tenían un innegable aire de familia, dejó marginados a otros de tendencias diferentes. En primer lugar, el Boom fue un movimiento de autores masculinos, en el que no entraron escritoras tan conocidas como Rosario Castellanos o Beatriz Guido, que eran sus contemporáneas. En segundo lugar, el Boom

distraía la atención del público de otros escritores menos experimentalistas, como David Viñas, Mario Benedetti, Manuel Scorza o Manuel Cofiño, quienes continuaban la línea de la novela «social» (en sentido lato). En tercer lugar, como ya advertimos, no todos los escritores del Boom se mantuvieron fieles ni a su cosmopolitismo ni a sus tecnicismos (1999: 260).

Para Benedetti, los del Boom forman parte de una clase privilegiada que no representa para nada al lector común, cuentan con poco compromiso ante sus ideales. Un lenguaje atiborrado de símbolos, espacios extranjeros, términos en idiomas distintos al español, narradores ambiguos y una estructura compleja son los componentes que alejan a los lectores; la segunda parte del siglo XX está llena de muchos individuos sin oportunidad a una educación integral. Razón por la cual, los lectores optaron por la lectura de obras con menor cantidad de tecnicismos y con más cercanía a su situación contextual. De ahí que a Benedetti se le concibiera como un escritor de best-seller debido a su gran popularidad.

Este uruguayo decidió mantenerse cercano al hombre del siglo XX, no utilizar vocabulario complicado, un lenguaje construido, estructuras complejas; sino obras sencillas, entendibles, cercanas a sus conciudadanos, donde las anacronías son empleadas para traer a la memoria los recuerdos o hacer especulaciones sobre el futuro. Sin embargo, esa sencillez no es sinónimo de textos sin valor literario, cada obra contiene lo que los formalistas rusos llamaron literariedad.

3.2 Personaje

Para que pueda existir una novela hay que reunir diversos elementos – espacios, tiempo, narrador, acciones, diálogos, argumento, trama–; no obstante, los personajes son quienes permiten desarrollar un texto narrativo, puesto que la trama sólo puede ser construida por medio de las decisiones del

protagonista. Es la esencia del relato, sustancia que da forma y consistencia. Sin embargo, no hay una teoría que estudie todos los aspectos que lo conforman. Cada una, por su parte, sólo enfoca la mirada a un rasgo. De ahí que existan pocos estudios sobre el personaje. Siendo primordial, poca importancia recibe.

El presente apartado tiene como propósito examinar las distintas posturas; consecuentemente, se recapitularán las características más sobresalientes y ensamblará una más precisa.

Aristóteles, en su *Poética*, menciona que la tragedia va de la mano con la epopeya, ya que ambas hacen una imitación de hombres esforzados. Mas, la tragedia extiende las acciones: “la tragedia es imitación, no de personas, sino de una acción y de una vida, y la felicidad y la infelicidad están en acción [...] Y los personajes son tales o cuales según el carácter; pero, según, las acciones, felices o lo contrario. Así, pues, no actúan para imitar los caracteres, sino que revisten los caracteres a causa de las acciones” (1992: 147-148). Se toma la tragedia porque posee características similares a la novela, donde los personajes toman el mayor peso y los espacios son reflejos de la realidad.

El estagirita afirma que debe haber un personaje intermedio, siendo aquel que: “ni sobresale por la virtud y justicia ni cae en la desdicha por su bajeza y maldad, sino por algún yerro” (1992: 170). Ha de pasar de la desdicha a la dicha. Importante resulta aclarar que el yerro implica una ignorancia nociva para el que la sufre; por medio de las peripecias, llega al conocimiento, a la dicha o desdicha, según sus decisiones.

Hace la diferenciación entre personaje, actante y carácter. El carácter está integrado por las cualidades, las cuales “se reflejan en el curso de la acción y revelan el talante ético del personaje” (Garrido Domínguez, 2007: 79). El carácter es notable con las decisiones que va tomando a lo largo de la trama. Sus rasgos son bondad, conveniencia, semejanza y constancia. Mismos que pondrá en práctica de acuerdo a las circunstancias presentadas.

Todorov, por su parte, menciona que el personaje se encuentra en los siguientes niveles:

- 1) “El personaje es el sujeto de la proposición narrativa [...] se reduce a una pura función sintáctica, sin ningún contenido semántico” (Ducrot, Todorov, 1995: 260). Se identifica por el nombre propio.
- 2) Sentido popular: el personaje es un “conjunto de los atributos predicados del sujeto en el transcurso de un relato” ” (Ducrot, Todorov, 1995: 261).
- 3) Desde la perspectiva del lector, el personaje es la representación de una persona.

A su vez, distingue dos tipologías del personaje:

1. Tipología formal:

- a) Estáticos (permanecen inmutables a lo largo del relato) vs. Dinámicos (los que cambian, sufren transformación). Los estáticos representan el grado superior de una cualidad o un defecto.
- b) Según la importancia del personaje: principal, secundario.
- c) Grado de complejidad: densos (actitud para sorprender al lector) vs. Chatos (nunca sorprenden).
- d) La relación mantenida por las proposiciones con la intriga; según H. James: Ficelle (aparecen para asumir una función en el encadenamiento causal de las acciones) y los propios del relato psicológico (“los episodios tienen por fin principal precisar las propiedades de un personaje”) (Ducrot, Todorov, 1995: 262).

2. Tipología sustancial:

- a) Commedia dell’arte: los papeles y caracteres de los personajes están definitivamente fijados; sólo cambian las acciones de acuerdo a las circunstancias.
- b) Propp: agresor, donante, mandante, héroe, auxiliar de la princesa, auxiliar del padre de la princesa.

- c) E. Souriau: funciones dramáticas (fuerza temática orientadora, representante del bien deseado, del valor orientador; receptor de ese bien, por el cual se trabaja la fuerza temática); opositor, árbitro, atribuye el bien; auxilio, desdoblamiento de una fuerza precedente.
- d) Greimas: sujeto, objeto, emisor, destinatario, adversario; red actancial.

Todorov hace la distinción de acuerdo con las acciones que desarrolla a lo largo del relato y por el papel que desempeña. Así como también menciona la importancia del nombre; aspecto que designa el carácter “o bien pueden estar implicados en la casualidad sintagmática del relato (la acción es determinada por el significado del nombre)” (Ducrot, Todorov, 1995: 263-264).

Fernando Gómez Redondo (2006) hace notar que la caracterización del personaje puede convertirse en una función narrativa, siendo integrada por:

- Rasgos físicos
- Descripción valorativa: el personaje es mostrado, en cuanto su existencia, para aportar significaciones que la novela pretende analizar.
- Descripciones contextuales dimanadas de la realidad ambiental que rodea al personaje: “son datos valorativos que surgen del interior de los seres de ficción, al reaccionar ante las distintas situaciones narrativas por que va atravesando” (2006: 202). No es necesario hacer una descripción física del personaje, con sus actitudes se va definiendo.

El personaje es quien organiza el relato, quien permite que el lector convierta la historia en relato, una visión particular del mundo, es “un medio de analizarse a sí mismo en lo que ha leído” (2006: 208). Siendo así, el personaje es el hilo conductor del relato, elemento sin el cual no puede haber texto narrativo.

De manera similar, Philippe Hamon propone su teoría. Considera que el personaje es un signo vacío, “compuesto de signos lingüísticos” (1972), y conforme avanza va adquiriendo significado. El personaje es el soporte de las conservaciones y transformaciones de un relato. La etiqueta semántica va formándose progresivamente a lo largo de la trama; sus características generales están determinadas por el autor. “El personaje es siempre, pues, la colaboración de un «efecto de contexto» (subrayado de las relaciones semánticas intratextuales) y de una actividad de memorización y de reconstrucción operada por el lector” (2001: 131). El lector es un factor relevante; puesto que, de acuerdo con su lectura, el personaje será definido.

Se trata de un morfema doblemente articulado, migratorio, manifestado por un *significante discontinuo* (cierto número de marcas), el cual remite a un *significado discontinuo* (el sentido o valor del personaje). Es un conjunto de relaciones de semejanza, oposición, jerarquía y orden que establece con los demás personajes y elementos de la obra en un contexto próximo (personajes de la misma obra) o en un contexto lejano (personajes del mismo tipo). Constituyéndose a su vez por repetición (recurrencia de marcas, sustitutos, retratos, *leitmotiven*), acumulación, transformación y oposición. Su relación con los demás personajes irá modificándolo.

El personaje puede ser definido por:

- su modo de relación con la o las funciones que toma a su cargo;
- integración particular en las clases de tipo de personajes-tipo o actantes;
- en tanto que actante, por su modo de relación con los demás actantes en el seno de las secuencias-tipo y figuras bien definidas. Por ejemplo, el sujeto será definido por su relación con un objeto, en el seno de una secuencia de búsqueda o investigación;
- su relación con una serie de modalidades (querer, saber, poder) adquiridas o no, innatas y su orden de adquisición;
- su distribución en el seno del relato entero;

- el conjunto de calificaciones y papeles temáticos de los que es soporte (etiqueta semántica: rica o pobre, permanente o con transformaciones, etc.).

Distingue también tres tipos de personaje:

- 1) Referenciales: históricos, mitológicos, alegóricos, sociales. Contenidos fijados por la cultura. Codificados por la tradición, convención social y literaria.

[L]os personajes referenciales deben ser aprendidos y reconocidos; mas a través del reconocimiento se accede a un nuevo reconocimiento, pues esos personajes “llenos” generalmente sufren importantes transformaciones por la presión del nuevo contexto narrativo en el que están inscritos [...] las formas acumulativas de significación van matizando, incluso modificando esa actitud. En los personajes referenciales, cuyos nombres están inicialmente “vacíos”, el proceso acumulativo por medio del cual se van llenando también, y con mucho, de naturaleza narrativa: el nombre se colma de historia y no meramente de atributos de personalidad (Pimentel, 1998: 65-66).

- 2) Shifters: rasgos que dan cuenta de la presencia del autor en el texto.
- 3) Anáforas: “los personajes tejen en el enunciado una red de *llamadas y evocaciones* [...] signos mnemotécnicos del lector; personajes de predicadores, personajes dotados de memoria, personajes que siembran o interpretan indicios” (1972). Mnemotécnica que ayuda a recordar, cuya función es organizadora y cohesiva.

Así, el grado de complejidad de un personaje dependerá del número de ejes semánticos (roles temáticos) y por los diversos roles actanciales que lo conforman. Los personajes secundarios –Foster los reconoce como planos–, por ejemplo, sólo cumplen un solo papel temático y uno actancial, lo que impide su transformación. Por ello, la caracterización del personaje se concreta por medio de la identidad física, hábitos, conducta y los vínculos que establece con otros personajes.

Bobes Naves concibe que el personaje de la novela no es heroico, “tiene rasgos positivos y negativos, bajos y elevados, cómicos y serios; no debe estar completamente formado, sino que debe presentarse en proceso de formación, de cambios y de adaptación a la vida” (1998: 9). Converge con los anteriores teóricos, para que la novela pueda tener una significación mayor, el personaje debe tener cambios progresivos; va llenándose de sentido. De esta manera logra ser verosímil ante el lector.

Sin embargo, Oscar Tacca reconoce que sólo hay tres tipos de personaje: 1. protagonista, 2. personaje secundario, y 3. testigos de los hechos (testigo-narrador, personaje testigo). Mismos que participan en todo texto narrativo. Mas el autor es quien decide el orden de aparición de cada uno. El personaje cuenta hechos pasados, pero contemplándolos con una relativa ajenidad que impone el tiempo. “El personaje se convierte en un observador de sus azares” (1985: 138). Quien no siempre es el encargado de presentarlos, pero sí de vivirlos.

Para el tratamiento del personaje hay dos tipos de enfoque, los cuales son:

- I. Como TEMA: sustancia, interés central del mundo que se explora.
- II. Como MEDIO: técnica, instrumento fundamental para la visión o exploración de ese mundo.

Entonces, el crítico decidirá si el personaje fungirá como medio o como fin de su propuesta. A diferencia de los estudiosos anteriores, Tacca se enfoca únicamente en el papel que desempeña y la manera de abordar el estudio crítico.

En cambio, Morgan Foster plantea que existen dos tipos de personajes: planos y redondos. Los planos “se llamaban «humores» en el siglo XVII; unas veces los llamaban estereotipos, y otras, caricaturas” (2001: 35). Están constituidos en torno a una idea o cualidad. Pueden describirse en una frase, la

cual expresan y realizan muy a menudo; no tienen placeres, se les reconoce fácilmente. Permanecen inalterables porque las circunstancias no los cambian.

Una novela, por medianamente compleja que sea, suele exigir personajes, tanto planos como redondos; sólo de esa manera, la trama podrá asemejarse a la realidad. Si un personaje plano no está bien construido, aunque sea serio o trágico, resulta aburrido para el lector. Un personaje plano también requiere complejidad, pero en menor grado que un redondo.

Precisamente, los redondos son lo opuesto. Están creados por diversas ideas y cualidades, “son capaces de desempeñar papeles trágicos durante cierto tiempo, suscitando en nosotros emociones que no sean humor o complacencia” (Morgan, 2001: 38). Son capaces de sorprender de manera convincente, traen consigo lo imprevisible de la vida.

Miguel A. García Peinado, en *Hacia una teoría general de la novela*, hace una descripción sobre la evolución del héroe: barroco, burgués, romántico y fragmentario. Inicia con el héroe barroco, el cual realiza un viaje interior, psicológico y social, posee libertad. El mejor ejemplo de ello es *Lazarillo de Tormes*, quien por sus orígenes no augura nada bueno; es el primer anti-héroe novelesco. “[S]u viaje no tiene por objeto salvar a ninguna dama u otro ser desvalido, es, más bien, un «viaje interior» «psicológico y social»” (1998: 105). La aventura y la búsqueda son para provecho de sí mismo.

El héroe burgués o *philosophe sans le savoir* debe cuestionarse los esquemas mentales que le han sido inculcados en la infancia, se desarrolla progresivamente y sin pausa; se enfrenta a problemas psico-sociales. Mientras que, el héroe romántico es un artista, creador, héroe sin armas; se encuentra sumido en una profunda soledad, la cual ignora con su eterna rebeldía, sufre al estar en un mundo de mediocres. “[L]a bastardía es una de sus características más importantes, están marcados ya desde su nacimiento y si obran del modo que lo hacen es precisamente por esos traumas no superados” (124).

Por último, el héroe fragmentario es el más complejo de definir, pues la novela procede de la realidad que el escritor percibe, rechazando:

convertir a su héroe en un «sujeto absoluto» uno tras otro; el héroe debe estar «engastado» en la novela [...] el novelista denuncia la omnisciencia del autor que cuenta la historia tal como él la ve, y no como es vista por uno de sus héroes.

[...]

A través de la tela de araña de la conciencia del héroe el lector va conociendo un carácter, o más bien «la expansión de una conciencia». Así, al final de sus novelas el héroe queda definido, «localizado», explicado, pero su destino está aún por decidir (129).

Está construido con base en el contexto que rodea al autor, las problemáticas que le preocupan. A través de la conciencia del héroe, el lector va conociendo un carácter, una conciencia. Al final quedará definido, explicado, pero su destino “está aún por decidir, pues una experiencia no queda nunca satisfecha por entero o explicada del todo” (129-130).

Barthes cree que hay prevalencia del personaje sobre la acción. Pues un personaje puede definirse como un complejo de propiedades narrativas o semas regulados por códigos específicos. Es producto de una combinación más o menos estable y más o menos compleja de rasgos. Los cuales se unifican por la aplicación del nombre propio. Representa “un conglomerado de semas en torno a un nombre propio” (Sánchez, 1998: 97). Nombre que se va llenando de significado con las acciones y adjetivos narrativos que permiten su caracterización.

Signo complejo compuesto por dos facetas: paradigmática (atributos diferenciadores) y sintagmática (cadena de acontecimientos). Propiciando dos tipos de relaciones: horizontes (aspecto físico y rasgos psicológicos) y verticales (definición del personaje). Éstas hacen alusión a la identidad, comportamiento y sus relaciones con otros personajes.

Chatman retoma a Barthes. Considera que lo que caracteriza a un rasgo es su estabilidad o duración. Y define al rasgo como un adjetivo narrativo que refleja la cualidad de un personaje; es más duradero que una situación anímica. Al personaje lo percibe como un “conjunto de atributos que adquieren

unidad en virtud de la aplicación del nombre propio, un nombre común o cualquier deíctico individualizador” (Garrido, 2007: 84-85).

Se trata de un signo complejo, cuyos atributos se presentan en dos dimensiones: paradigmática (SER) y sintagmática (HACER). La primera permite caracterizar al personaje (apariencia física, psicológica). La segunda surge “entre signos de diferente clase que coinciden en la definición de un personaje” (Garrido, 2007:85) (vínculos que establece con otros personajes en virtud de su conducta). Considera necesario que, al momento de investigar, el crítico se apoye de otras ciencias; pues el lenguaje está permeado de ellas. Sólo así quedará mejor descrito el personaje.

Antonio Garrido (2007) expone que el personaje es una expresión de la condición humana: come, duerme, habla, se encoleriza. Se define por sus actos, se revela como carácter en la medida en que, como protagonista, tiene que adoptar decisiones y, consecuentemente, “se inscribe en el ámbito de la virtud o en el vicio. Así pues, el carácter pone de relieve la dimensión ética del personaje” (p. 69). También defiende una particular visión de mundo, la cual se traduce en acciones y palabras.

Para él, existen dos tipos generales de caracterización: estáticos y dinámicos. Los primeros tienden a representar personajes planos, personajes-cliché. Cuanto a los dinámicos, permanecen en disputa consigo mismo. La caracterización del personaje permite describir su constitución, cuyos fines pueden ser: “concretar el agente de la acción, equiparlo con los elementos necesarios para que pueda desempeñar sus cometidos [...] en el marco de un universo de ficción y, desde luego, facilitar su reconocimiento por parte del receptor” (p. 82). Una u otra vía depende del lector y crítico.

Sumado a ello, menciona brevemente las siguientes propuestas:

- Tomasevski define al personaje como un complejo de motivos, destinado a conectar los diversos motivos de la trama narrativa.
- Greimas distingue entre actantes, actores y roles o papeles (sujeto, objeto de deseo, ayudante, ponente, destinador, destinatario). El actor

es una unidad léxica del discurso, se constituye por tres semas básicos: entidad figurativa, animación e individualización. Mientras que, el personaje es un conjunto de semas.

Fernando Sánchez Alonso aclara que el personaje es diferente a la persona. “La persona existe; el personaje, en cambio, pretende existir, pero sólo es un conjunto de palabras ordenadas de un modo determinado, palabras que dibujan un ser fingidamente real” (1998: 84). Únicamente existe dentro de la novela. Además de que es una proyección de su creador; algunas ocasiones contienen datos autobiográficos. Comenta que para Giovanni Panini, un buen personaje es aquel que perdura durante mucho tiempo, pese al término de la lectura, en la mente del lector.

Por lo tanto, se puede concluir que, el personaje es un signo vacío que va adquiriendo significado conforme avanza la lectura; pues las peripecias lo dotan de experiencia, conocimientos. Se identifica por un nombre propio, cuyas acciones, rasgos físicos, psicológicos, lo singularizan. Sus atributos son adquiridos de manera paulatina, guiándolo hacia la virtud o el vicio. Sin su presencia, la novela no logra ser dinámica; pues, al establecer relaciones con otros personajes, puede desarrollarse la trama. Él es el hilo conductor; deja ver su SER (aparencia física, psicológica) y HACER. Acciones que lo guiarán hacia su victoria o destrucción. Representa una persona y un contexto social al que pertenece el autor. Algunas ocasiones, está impregnado de datos biográficos de su creador. Pasa de la desdicha a la dicha.

Se pueden distinguir dos tipos de personaje:

- 1) Personaje Complejo: tiene una ideología no determinada; puesto que, por medio de la experiencia y conocimientos adquiridos, logra conformar su propia visión del mundo. Sufre transformaciones, no mantiene las mismas acciones e ideología al final, transmuta.
- 2) Mientras que, el personaje Simple muestra una cualidad o un defecto, en su máximo esplendor. No cambia su ideología, la mantiene de principio a fin intacta. Representa un estereotipo.

Las anteriores aseveraciones servirán para definir la condición de Santomé.

3.3 La tregua

La tregua, novela que, a modo de diario, presenta el fluir psíquico de Martín Santomé, hombre de cuarenta y nueve años a punto de jubilarse, sus problemas con los hijos, el aburrimiento, el ocio en que se encuentra hundido, la pasividad, monotonía y rutinaria vida. Su contexto lo obliga a comportarse de esa manera, las oportunidades sociales no figuran; tantos años lleva trabajando, manteniendo el mismo puesto, sin oportunidades de mejorar. Muestra su lado pasivo y lleno de vicios. Ya Aristóteles, en su teoría del Justo Medio, menciona que un hombre necesita hacer un cúmulo de experiencias para poder comprender y actuar equilibradamente, emplear todos los recursos (buenos o malos) a su favor. Sin embargo, Santomé –por los hechos de su pasado– se da por vencido, no reacciona, conoce su estado, mas no hace nada por transformarlo. Es un personaje simple –permanece inalterable–. Sobrevive, come, respira pero su espíritu está inerte.

No obstante, sin proponérselo, se transforma, actúa, toma determinaciones. La llegada de Laura Avellaneda desata que Santomé dé un giro, se convierta en un personaje complejo. Los vicios figuran en su vida, pero también las virtudes; ejerce el Justo Medio, equilibra su existencia, vive, disfruta de los pequeños momentos, deja de contabilizar el tiempo, lo vive. Al principio, la jubilación representa la oportunidad de liberarse del trabajo burocrático, practicar aquellas actividades que pospuso durante la juventud, dedicar tiempo al jardín, en fin; sin embargo, con la llegada del amor, todo cambia, el tiempo es empleado para sentirse feliz, pleno, vivo, realizar lo verdaderamente importante para él, deja a un lado (hasta cierto punto) el qué dirán. Ama a Laura, quiere compartir cada momento de su existir, vivir, vivir. Cambia su perspectiva de vida, su actuar.

Razón por la cual, la novela puede diseccionarse en dos partes: en la primera etapa muestra empeño por el conteo de los días que faltan para su jubilación, la rutina, aburrimiento, pasividad, falta de determinaciones. Y una segunda donde —con la llegada de Laura Avellaneda— inconscientemente aprehende el Justo Medio para moderar su vida. Deja a un lado el conteo, enfoca su atención a ser feliz con Laura, equilibra sus acciones. En primera instancia, pone en práctica acciones tóxicas que lo afectan a él y quienes lo rodean. Mas la *eudaimonia* constituye un factor primordial para la adquisición de una vida en equilibrio. Las virtudes y los vicios se complementan, dotándolo de un espacio de experiencias y un horizonte de expectativas más amplios; un individuo con mayores posibilidades para salir adelante ante cualquier problemática.

Al dividirla, es posible observar con más atención la transformación del protagonista. De ser un personaje simple, adquiere más dinamismo, toma más determinaciones, posee una actitud crítica ante los conflictos que se le presentan; sufre una metamorfosis, adquiere la condición de personaje complejo —muestra múltiples facetas, no es estereotipo; las virtudes y los defectos son visibles—. Quedando el corte de la siguiente manera:

1. Lunes 11 febrero al sábado 2 de marzo. Plantea los motivos para escribir esas notas; por medio de la analepsis, informa al lector acerca de los hijos, la jubilación, el fallecimiento de la esposa, su trabajo rutinario. De hecho, esa rutina, la condición plana de Santomé, se ve reflejada en la narración; inicia con un tono lento, mecánico y hasta aburrido. El diario funciona como su reflejo, una vida hundida en los vicios.
2. Martes 12 de marzo al viernes 28 de febrero. Posee más elementos dinámicos que interesan o intrigan al lector. Martín recibe la encomienda de adiestrar a los nuevos empleados (dos hombres y una mujer), circunstancia que no lo alegra del todo, piensa que las mujeres no tienen capacidad intelectual para las cuestiones contables. Su lado machista sale a flote. Lo que no se imagina es que, esa misma mujer que

desprecia, le mostrará su equivocación, y no sólo por ser inteligente, sino porque lo dota de vitalidad y equilibrio. Adopción del Justo Medio.

Y no es extraño, pues de la novela emana una cosmovisión individual y subjetivada en la que se cuestionan los valores éticos y religiosos, produciendo así una desestabilización. Hay un individuo problemático que constantemente debe tomar determinaciones ante las exigencias que plantean las discrepancias entre ideal y real, entre postulados personales y un mundo externo. Muestra los antivalores de una vida gris y plana.

Según Spang (2009) la narrativa se divide en dos: narrativa mayor y menor. Esta última presenta un sólo aspecto, un fragmento de la realidad. La trama asciende rápidamente hacia un punto máximo, a menudo inesperado, y desemboca en un desenlace sin divagaciones. Sólo hay acontecimiento. El narrador va directamente al grano. No hay grandes descripciones de espacio. Cuanto al lenguaje, es sobrio y cotidiano. Precisamente, este es el tipo de narración a la que pertenece *La tregua*. Santomé introduce un medio burocrático que lo atormenta, su vida vacía, el desequilibrio en que vive y la relación con Laura; deja muchos aspectos contextuales fuera de su narración. Llega el momento en que cierra su universo: Avellaneda es lo único relevante.

En el capítulo anterior se habló de la teoría platónica y aristotélica sobre el Justo Medio. Un hombre, para alcanzar la felicidad, la plenitud, se ve en la necesidad de poner en práctica las virtudes, encontrar un equilibrio entre los vicios y las virtudes; puesto que, un individuo no puede estar exento de nada, requiere de ambos. El equilibrio es la única manera de acceder a una vida plena y feliz. Condición ajena a Santomé, pues se encuentra sumido en los vicios como a continuación serán expuestos.

El inicio del diario determina una constante preocupación por el tiempo: “Sólo me faltan seis meses y veintiocho días para estar en condiciones de jubilarme. Debe hacer por lo menos cinco años que llevo este cómputo” (9). La cuantificación del tiempo no permite un goce real, la preocupación le niega la oportunidad de obtener una buena calidad de vida. Líneas más abajo continúa

con las suposiciones sobre su vida con tanto tiempo libre. Se cuestiona, construye en el aire una vida despreocupada, donde podrá lograr lo que de joven no hizo.

Sin embargo, no puede dejar a un lado su hastío por el trabajo, requiere pensar que está próximo su retiro para cumplir adecuadamente con su labor. Entre deja ver su lado mecánico, rutinario, su pasividad ante la realidad; aunque los sueños son un medio para acceder a un plano distinto:

Es como si me dividiera en dos entes dispares, contradictorios, independientes, uno que sabe de memoria su trabajo, que domina al máximo sus variantes y recovecos, que está seguro siempre de dónde pisa, y otro soñador y febril, frustradamente apasionado, un tipo triste que, sin embargo, tuvo, tiene y tendrá vocación de alegría (10).

Pese a sus intentos, él mismo asevera que no es alegre, las condiciones en que se ha visto rodeado, no propician una manera saludable de vivir. Una realidad con pocas señales de vida. Hombre rutinario, mecánico, pasivo, no sale de su círculo de confort, se dedica a las labores oficinescas “lo insoportable no es la rutina” (11). Tan acostumbrado está a ese estado que no requiere muchos factores para sentirse bien, le basta con tener ordenados los informes que le son encomendados.

Lo anterior es expuesto el primer día de escritura. En el segundo, menciona otro aspecto, el familiar, habla de sus hijos; los cuales son –dice– distintos a él:

todos tienen más energías que yo, parecen siempre más decididos, no están acostumbrados a dudar. Esteban es el más huraño [...] Jaime es quizá mi preferido, aunque casi nunca pueda entenderme con él. Me parece sensible [...] inteligente, pero no me parece fundamentalmente honesto [...] hay una barrera entre él y yo. A veces creo que me odia, a veces que me admira. Blanca tiene por lo menos algo de común conmigo: también es una triste con vocación de alegre (11-12).

Hasta ahora se sabe la heterogeneidad de los hijos. A partir de ellos se conoce más al protagonista. Por medio de las analogías, en algunos sentidos, hace alarde de su escases. Le hace falta la fuerza física, el ánimo de realizar y entablar metas, la sensibilidad –días más adelante se nota el machismo–; la comunicación con los hijos es pésima, con quien tiene un poco más de relación es con Blanca, pues los invade una profunda tristeza. No pueden salir de esa situación, es su vocación, su condición, su naturaleza.

Sin embargo, Blanca es mostrada como una chica que trata de mantener unida a la familia; es el equilibrio entre los tres varones que la rodean: “[s]us relaciones con los hermanos están a veces al borde de la histeria, pero se sabe dominar y, además, sabe dominarlos a ellos” (12). El padre la pinta como un ser templado, no se deja arrastrar por la ira. Sus lados: afectivo y apetitivo están presentes. Puede adherírsele las virtudes: templanza, mansedumbre y prudencia. Procura la unión y la “felicidad” de la familia; la ira no la invade, frena el pensamiento. Se mueve dentro del Justo Medio del que habla Aristóteles.

Podría inferirse que ha aprehendido ese modo de vida del padre, finalmente quedó viudo muy joven y se encargó de la educación de los hijos; no obstante, Santomé cae en los vicios. En algunas ocasiones da la impresión de una muerte espiritual, no tiene objetivos ni metas. Sobrevive en el medio burocrático, todo lo que le preocupa es el trabajo, cumplir y nada más. Pareciera que es un hombre de ochenta años, el cual no tiene oportunidad de hacer algo más. La jubilación figura como la terminación de su existir:

Cuando me jubile creo que no escribiré más este diario, porque entonces me pasarán sin duda muchas menos cosas que ahora [...] Cuando me jubile, tal vez lo mejor sea abandonarme al ocio, a una especie de modorra compensatoria, a fin de que los nervios, los músculos, la energía, se relajen de a poco y se acostumbren a bien morir. Pero no. Hay momentos en que tengo y mantengo la lujosa esperanza de que el ocio sea algo pleno, rico, la última oportunidad de encontrarme a mí mismo (15).

Da por hecho que no tendrá nada, todo termina, culmina. Su vida oficinesca lo es todo, todo lo que posee, ni siquiera los hijos entran en la lista de prioridades. Vive en un universo tan pequeño que no logra comprender el contexto. Pretende abandonarse, ahora sí morir completamente. Huir de aquello que ha propiciado esa circunstancia. Construye un objetivo, un propósito, pero negativo. La estulticia –su lado racional, en forma negativa– tiene cabida en él. Mantiene una idea errónea de vivir. Se deja arrastrar por sus debilidades. Juzga mal esa pasividad; en lugar de actuar, luchar por un mejor presente, se deja arrastrar, va hundiéndose poco a poco.

Otra característica de la estulticia es la falta de memoria. Santomé al reencontrarse con un compañero de la adolescencia, Mario Vignale, asevera: “no soy famoso por mi memoria [...] No me acuerdo, juro que no me acuerdo” (16). Pareciera que los hechos pasados no tienen peso en el presente, ha borrado los cimientos de su existir. La *anamnesis* no se ha llevado a cabo, esas experiencias que lo dotaron de conocimientos, aprendizajes, poseen nula relevancia. Su muerte espiritual no permite penetrar en el Martín Santomé lleno de vida. Motivo principal de su modo de sobrevivencia. Si tan sólo recordara sus vivencias, podría tener más factores a su favor. Vivir, vivir.

Al tratar de recordar a la esposa muerta, muy pocas son las imágenes que puede rescatar. Vignale es el detonante del intento por reconstruir a Isabel, aunque escasos son los elementos para lograrlo:

Ya no se trata de conseguir su imagen a través de las anécdotas familiares, de las fotografías, de algún rasgo de Esteban o de Blanca [...] sino recordarlos directamente, verlos con todo detalle frente a mí tal como veo ahora mi cara en el espejo. Y no lo consigo. Sé que tenía ojos verdes, pero no puedo sentirme frente a su mirada (17).

Debido a la estulticia, Santomé no puede traer al presente la imagen de la mujer con quien compartió su vida durante algunos años. Ha olvidado los rasgos que la singularizaron; curiosamente, Esteban es el único que guarda la imagen materna. Resulta comprensible, la relación de Santomé e Isabel no fue tan buena. Compartían escasos momentos, durante la intimidad la luz se

mantenía apagada; por eso, los detalles no fueron aprehendidos. No hay forma de acordarse. El tiempo sigue siendo un factor relevante en la vida de Santomé, no tenía tiempo para compartir y convivir con Isabel: “mirábamos demasiado los números, las sumas, las restas, y no teníamos tiempo para mirarnos a nosotros” (19).

Nunca tiene tiempo para nada. Ni la esposa, ni los hijos, el trabajo absorbe toda su atención y tiempo. Justo ahora que está inmerso en el ocio, se da cuenta de los errores y carencias en su vida familiar y marital. Pero la pasividad lo sigue domando, no actúa para contrarrestarlo. La comunicación con los hijos es pésima. Pocas veces cenar juntos, mas cada uno se reserva sus inquietudes, preocupaciones; la confianza brilla por su ausencia.

Hoy cenamos juntos. Probablemente haría unos dos meses que no estábamos todos presentes en una cena familiar [...] Me puse a registrar cuáles eran las escasas interrupciones del consagrado silencio [...] Jaime se puso a leer el diario. Me parece ofensivo que la gente lea cuando come con su familia. Se lo dije, Jaime dejó el diario, pero fue lo mismo que lo hubiera seguido leyendo, ya que siguió hoscó, alunado (18).

Físicamente presentes, mentalmente ausentes. Cada uno está sumido en sus asuntos. No hay comunicación ni confianza suficiente para exponer sus preocupaciones a los demás. El desequilibrio está latente. La imagen de la familia feliz y unida no existe. La estulticia quebranta toda posibilidad favorable de edificación. Estulticia, defecto no sólo por parte de Santomé, sino de los hijos también; agregando a ello la incontinencia, saben que su actitud es negativa, pero no hacen nada por cambiar.

Aristóteles comenta que para alcanzar un estado pleno, equilibrado, el hombre debe hacer un cúmulo de experiencias, las cuales propician un aprendizaje más completo, distinguir lo benéfico para sí mismo y quienes lo rodean. El eudonismo crea un buen entorno de convivencia. Santomé no está dentro de esa condición, no se da la oportunidad, bloquea su mente con una cuantificación, pierde momentos que quizá lo lleven a ese estado pleno:

“tendría que sentirme orgulloso de haber quedado viudo con tres hijos y haber salido adelante. Pero no me siento orgulloso, sino cansado. El orgullo es para cuando se tienen veinte o treinta años. Salir adelante con mis hijos era una obligación” (12).

El pasado lo atosiga y adquiere una actitud mediocre y cobarde, no se atreve a concretar sus pensamientos por miedo al qué dirán. Hasta este momento, Martín Santomé se muestra como un sujeto pasivo, muerto en vida, no cuenta con nada para acceder a una transformación; únicamente piensa en el ocio, especula sobre un futuro que no sabe si llegará. Los vicios lo dominan, las virtudes no están presentes en su diario vivir. No se permite disfrutar de la vida, sobrevive encerrado en la rutina.

No sólo es estulto, sino también injusto –miente en las situaciones que no tiene control–, asegura a Vignale que recuerda su amistad, cuando no es cierto. Dice mentiras para salir antes de la oficina: “[t]uve que [...] avisar en Personal que debía pasar por el Banco Republicano para arreglar aquel asunto del giro. Mentira. Lo que no soportaba más era la pared frente a mí escritorio” (13). Emplea las mentiras como un medio de olvido, salir por un momento del tedio, la rutina. Requiere despejar su mente, salir de ese mundo burocrático.

La incontinencia es el vicio de la continencia, produce una abstinencia de llevar a cabo acciones nobles y bondadosas, negligencia. Elección errónea aun sabiendo que lo es. Sabe que su situación no es favorable, ni la más indicada; sin embargo, sigue alimentando ese estado, sus acciones no son encaminadas hacia un cambio. Se mantiene, preserva la muerte espiritual que lo acongoja. El desequilibrio es notorio, los vicios no permiten la felicidad, la plenitud. Incluso Blanca, su propia hija, le recrimina esa pasividad, su falta de coraje, las nulas metas, que nunca haya cambiado su situación. Al quedar al cuidado de los hijos, al quedar viudo, adoptó esa actitud pasiva; no se permitió acceder a nuevas experiencias, olvida su ciclo vital. Circunstancia que la hija reprueba, se niega a ser su reflejo:

Tengo la horrible sensación de que pasa el tiempo y no hago nada, y nada acontece, y nada me conmueve [...] Miro a Esteban y miro a Jaime

y estoy segura de que ellos también se sienten desgraciados. A veces (no te enojés, papá) también te miro a vos y pienso que no quisiera llegar a los cincuenta años y tener tu temple, tu equilibrio, sencillamente porque los encuentro chatos, gastados [...] Creo que vos te resignaste a ser opaco, y eso me parece horrible (21-22).

Pareciera, o se creería, que los hijos son el reflejo de los padres, pero no siempre sucede así. Blanca, al ser el equilibrio entre el padre y los hermanos, tiene más herramientas a su favor. Está dando pautas para que Santomé busque, que cambie su vida; no obstante, él simplemente ha perdido todo interés, su edad (principalmente, según su parecer) es una barrera para no completar las pocas actividades posibles después de la jubilación. La temprana muerte de la esposa, el cuidado de los hijos, la rutina de la oficina, la mala situación contextual, tener poco tiempo para él; en fin, muchos factores en contra produjeron un Martín Santomé desolado. La incontinencia lo domina.

Miércoles 27 de febrero es relevante para el cambio de Santomé. Día en el que deja ver su lado injusto, y hasta misógino. Juzga a las personas sin antes darse la oportunidad de conocerlos. Expone sus ideas sobre las mujeres, sus prejuicios colocan una barrera ante los demás; por ello, no logra construir nuevas amistades, relaciones favorables, su espacio sigue figurando sombrío, aburrido. Tres nuevos empleados han ingresado a la oficina, dos hombres y una mujer, quienes están bajo su mando; es jefe, en sus manos tiene las riendas de un área importante y, por lo tanto, menciona:

Por primera vez, una mujer. Siempre les tuve desconfianza para los números. Además, otro inconveniente: durante los días del periodo menstrual y hasta sus vísperas, si normalmente son despiertas, se vuelven un poco tontas; si normalmente son un poco tontas, se vuelven imbéciles del todo. Estos «nuevos» que entraron no parecen malos [...] La chica no parece tener tantas ganas, pero al menos comprende lo que uno le explica (20).

No permite que le demuestren sus habilidades antes de construir ideas sobre ellos. Cuida el ambiente en que mejor se desenvuelve, por eso emite

esos juicios, desconfía ante un mal desempeño de los empleados. Aunque les aprueba que tengan un momento de recreación; debería aprender de ellos, pues buscan un espacio para despejar sus mentes y no caer en la misma situación que su jefe; cumplen con sus responsabilidades sin descuidar su lado espiritual:

Es cierto que Méndez lee novelas [...] que Muñoz aprovecha sus salidas a Ganancias Elevadas para estafarle a la empresa veinte minutos de ocio frente a una cerveza [...] Robledo cuando va al cuarto de baño (exactamente, a las diez y cuarto) lleva escondido bajo el guardapolvo el suplemento [...] Pero también es cierto que el trabajo está siempre al día [...] todos se afanan y trabajan con verdadero sentido de equipo [...] yo puedo confiar plenamente en que las cosas se están haciendo bien (22-23).

Se dan tiempo para disfrutar de pequeños detalles que logran recordarles su lado humano. El trabajo es importante, sí; pero no lo esencial. Santomé ha dejado gran parte de su existencia en la oficina, no conoce a los hijos, no hay planes concretos que lo revivan. Un día puede resumirse de la siguiente manera: desayuna, aborda el ómnibus, llega al trabajo, cumple con sus obligaciones, sale a comer, regresa a la oficina, aborda el ómnibus, vuelve a casa. Siempre lo mismo, nada novedoso. La rutina es el ingrediente principal de su mecánica existencia.

El aburrimiento sigue abarcando la mayor parte de su vida, nada interesante sucede, todo está determinado; el trabajo es lo que coadyuva a morir completamente, las exigencias activan su mente. Sin embargo, el pasado sigue presente, no logra desatarse de los recuerdos y emprender nuevas determinaciones que mejoren su condición pasiva. La imagen de la esposa, matrimonio, falta de memoria, nula comunicación con los hijos, cuadernos contables, jubilación, aburrimiento, ocio, próxima libertad, edad, la opinión de los demás, son los temas constantes.

Incontinente, constantemente reflexiona sobre su estado, pero no hace nada por cambiarlo, se deja arrastrar por las circunstancias. Se acobarda ante las alternativas de transformación, pesa más el criterio de terceros que lo

verdaderamente importante para él: “La guitarra, tal vez. Creo que me gustaría. Pero debe ser algo desolador empezar a estudiar solfeo a los cuarenta y nueve años. ¿Escribir? Quizá no lo hiciera mal [...] Imagino una notita bibliográfica sobre «los atendibles valores de ese novel autor que roza la cincuentena»” (9). La cobardía lo ata, cuarteando las pequeñas posibilidades de cambio.

Hasta este momento –primera parte de la novela– Santomé está hundido en los vicios, no se siente pleno ni feliz; ha desperdiciado las oportunidades de cambio. Si bien ha atravesado por desgracias, su obligación radica en valerse de ellas, emplearlas a su favor, no pasar por alto las emociones y sentimientos para salir adelante de cualquier inconveniente. Mas se convirtió en un hombre sin metas, pasivo, rutinario, mecánico, incontinente, cobarde sin esperanza de transformación.

Santomé practica los vicios, se aísla de los demás, no se permite acceder a una nueva condición de vida, el pasado sigue vigente, de ante mano sabe su estado y lo conserva; es válido conservar esos recuerdos siempre y cuando produzcan aprendizaje. Sin embargo, Martín sólo se atormenta pensando en lo que no hizo, en el hubiera, es pasivo, rutinario, por miedo al qué dirán, no ejecuta acciones que posiblemente puedan dotarlo de felicidad, plenitud. La edad, desde su perspectiva, no ayuda a erradicar el aburrimiento de su tediosa, magra y parca vida.

A partir del martes 12 de marzo (segunda parte de la novela), inconscientemente, inicia a tener una actitud distinta. Se da cuenta que la nueva empleada, Laura Avellaneda, cumple bien sus actividades laborales, mejor de lo que él pensaba:

Es bueno tener una empleada que sea inteligente. Hoy, para probar a Avellaneda, le expliqué de un tirón todo lo referente a Contralor [...] Cuando concluí, dijo: «Mire, señor, creo que entendí bastante, pero tengo dudas sobre algunos puntos.» Dudas sobre algunos puntos... Méndez, que se ocupaba de eso antes que ella, necesitó nada menos que cuatro años para disiparlas... [...] Tiene lindas piernas. Todavía no trabaja automáticamente, así que se fatiga (25)

La actitud misógina y prejuiciosa que mostró a su llegada empieza a disiparse. Admite que tiene la capacidad de realizar las actividades contables. Cambia sus ideas y pensamientos, con pequeños detalles inicia a transformarse. Es notorio que la observa minuciosamente, hace el comentario sobre sus piernas, ya no es una empleada cualquiera; su presencia realiza un inesperado giro en la vida de Santomé. Éste se muestra más humano.

Mas su familia continúa con los problemas, Jaime y Esteban pelean; al mismo tiempo que las circunstancias en la oficina mejoran, en el hogar siguen los roces entre los hijos. Notoria resulta la falta de respeto de Esteban hacia Martín, al preguntar los motivos de la discusión: “«Nada que te importe.»” (26). Para Platón, situarse en la carencia produce la insatisfacción; ya que descuida un aspecto por cubrir otro, nunca está satisfecho. Santomé, al estar tan enfocado en su trabajo, ha descuidado a los hijos en el lado emocional, no construyó una buena comunicación y ahora sufre las consecuencias.

Requiere de un trabajo mayor: reconocer el problema, buscar los medios necesarios para eliminar el excedente y encaminarse hacia una mejora. Pero también se niega a tomar las riendas de su vida, bloquea la mente con prejuicios, pocas veces actúa:

De pronto me di la vuelta y lo tomé del brazo. «Más respeto para tu padre, ¿entendés?, más respeto.» Era una idiotez decirlo ahora cuando ya había pasado el momento [...] él [Esteban] no estaba asustado. Simplemente, sacudió el brazo hasta soltarse [...] se fue dando un portazo [...] «Dejalo», contestó [Jaime], «a esta altura ninguno de nosotros tiene remedio» (26-27).

¿Será que los hijos también están adoptando el modo de vida del padre? Jaime se queda conforme ante la actitud agresiva del hermano, no hace nada al respecto. Confirma el estado sin dar esperanzas para un cambio, desde su perspectiva, no hay remedio. Adopta la pasividad, no le afectan las circunstancias de su entorno. Jaime es prudente, manso, pero también incontinente. Se mueve en ambos extremos, practica virtudes y, a su vez, alimenta (como su progenitor) la incontinencia. No obstante, parece tener una

ideología más acertada. Esteban, por su parte, es más agresivo. Aquella noche de la cena familiar, no muestra ningún interés por la plática, salvo los mínimos comentarios sobre el aumento de la renta y los recuerdos sobre su madre (imágenes parciales).

Es cierto que no mantiene una buena relación con los hijos, pero eso no implica una nula preocupación hacia ellos; al contrario, está pendiente: espera que lleguen, procura que mantengan un estilo saludable de vida. No los descuida del todo, se encuentra atento ante las circunstancias problemáticas que puedan afectarlos. Pese a sus vicios, el papel paterno no lo abandona. Finalmente, quedar viudo muy joven lo obligó a adquirir mayores responsabilidades, olvidarse inclusive de sí mismo.

Santomé mantiene latente la idea del aburrimiento, la realidad que afronta es desoladora, pese a que tiene un trabajo en el que intenta olvidar los problemas familiares. Precisamente, con base en esos pequeños detalles, Martín reflexiona la nulidad de acciones que se presentarán una vez jubilado. No acontece nada, no posee recuerdos reconfortantes, todo gira en torno a fragmentariedades y soledad. El ocio y la pasividad imperan en su cotidianidad, los días no poseen una importancia específica, son iguales. Pero definitivamente, el domingo es el peor de todos: “Si alguna vez me suicido, será en domingo. Es el día más desalentador, el más insulso [...] A veces pienso qué haré cuando toda mi vida sea domingo” (28).

Tan parca resulta su vida que no tiene alternativas para disfrutar de su tiempo libre. Se ha enfocado en el trabajo, olvidando las actividades recreativas, descuidando su lado humano; la muerte de Isabel generó un desplazamiento del Martín-hombre por el Martín-padre-burócrata. Ahora, a sus casi cincuenta años, no tiene nada, todo es aburrimiento, ocio. Los vicios se han apoderado de su existir, bloqueando una posible transformación.

Tiempo y aburrimiento son conceptos que se repiten debido a esa preocupación: “¿qué haré cuando toda mi vida sea domingo?” La pasividad, la rutina, la monotonía emergen a cada instante; sus actividades son igualmente

mecánicas, actúa como si aún estuviera en la oficina ejerciendo una actividad contable: “fui al Centro. Esta vez me metí en un café; conseguí una mesa junto a la ventana. En un lapso de una hora y cuarto, pasaron exactamente treinta y cinco mujeres de interés [...] De dos, me gustó la cara; de cuatro, el pelo, de seis, el busto; de ocho, las piernas; de quince, el trasero” (29). Incluso estando fuera sigue en su papel burócrata. No puede despejarse ni un instante de esa actividad, contabiliza el tiempo y todo cuanto le es posible.

El aburrimiento no desaparece, sigue latente en todo momento. Las actividades contables también impregnan su existencia de fastidio, se aburre fácilmente ante los problemas numéricos; mismos que le brindan la oportunidad para conocer más de cerca a la nueva joven empleada:

Trabajé toda la tarde con Avellaneda. Búsqueda de diferencias. Lo más aburrido que existe [...] La pobre todavía no agarró bien la onda. En un trabajo de estricto automatismo, como éste, ella se cansa [...] mientras ella me cantaba los números y yo tildaba la cinta de sumar, me ejercité en irle contando los lunares que tienen en su antebrazo izquierdo. Se dividen en dos categorías: cinco lunares chicos y tres lunares grandes, de los cuales uno abultadito (30-31).

Parece que empieza a darse un espacio para contemplar más allá de su realidad inmediata. Al principio comentaba aspectos muy personales, pocos detalles externos eran importantes; sin embargo, muestra interés por Avellaneda, observa de manera meticulosa a la muchacha. La seriedad y formalidad toman nuevos matices (más débiles), pues le recomienda quemarse los lunares, a lo que ella responde con un gracias e inicia la búsqueda de lunares en el brazo de Santomé. Éste al darse cuenta, piensa: “Pobre Avellaneda. No sabe que soy la corrección en persona y que jamás de los jamases me tiraría un lance con una de mis empleadas” (31).

Se jacta de ser perfecto, peca de injusto, siente estar por encima de la empleada por conocer a la perfección el trabajo –después de tantos años de práctica, es razonable–, cómo resolver los problemas oficinescos y por, según él, no tener defectos. Bueno, su autoestima detona un estado confortable, sin

problemas. El trabajo transforma su condición, es como si fuera un Santomé distinto en cada faceta: frente a los hijos, el solitario en casa, el burócrata, el hombre. La fragmentariedad que Latinoamérica está padeciendo a finales del siglo XX se ve reflejada en Santomé y algunos personajes más.

La visita a la casa de Vignale le brinda la sensación de encontrarse en medio del caos, describe a los hijos y a la esposa de la siguiente forma:

Se mueven constantemente, constantemente hacen ruido, constantemente discuten a los gritos [...] El método de la madre, por ejemplo, podría definirse así: tolerar toda postura e insolencia del niño que moleste a otros, incluidas las visitas, pero castigar todo gesto o palabra del niño que la moleste a ella personalmente (32).

El desequilibrio está presente, esos niños no están siendo educados de la mejor manera. La madre solamente toma en cuenta aquellos aspectos que transgredan su integridad; sin embargo, permite todo acto desagradable contra cualquier otra persona. Las virtudes no son puestas en práctica, la estulticia impera en el hogar. No hay paz, ni una buena comunicación en esa familia. De cierta forma, Martín está percibiendo una escena de sus propios hijos: gritan, discuten, ejercen su voluntad, no lo respetan. Su reflejo le molesta.

Por ello, Santomé requiere de distintas personalidades para sobrevivir, su contexto le exige adaptarse a cuanto situación sea posible. Con los hijos se muestra un tanto enérgico; estando solo es pasivo, conformista; en la oficina tiende a comportarse como un jefe permisivo e irónico. Mientras que, el Santomé-hombre pone en práctica los vicios (incontinencia, injusticia, cobardía), sus prejuicios impiden una mejor toma de decisiones y, por ende, una vida confortable.

Una prueba más de esa realidad fragmentada es el suceso del viernes 22 de marzo. Tras encontrarse con una mujer atractiva en el ómnibus y las señales de ella, Martín la sigue, obteniendo así un encuentro sexual. Únicamente menciona que, al principio, lo mira con desagrado pues Martín roza su brazo accidentalmente con el de la fémina. Cuadras más adelante,

ambos descienden en la misma parada, caminan juntos, hasta que le comenta a él: “«Si me va a hablar, decídase»” (36). Evidentemente, para Santomé es una situación nueva. Con Isabel no vivió experiencias tan extremas. Esta mujer tiene una actitud innovadora, lo sorprende:

Debo confesar que es la primera vez que conquisto una mujer tan sólo con el codo y, también, la primera vez que, una vez en la amueblada, una mujer se desviste tan rápido y a plena luz [...] Hacía tanto por poner en evidencia su completa desnudez [...] En el momento que consideré oportuno, me suplicó que le dijera palabrotas. No es mi especialidad, pero creo que la dejé satisfecha (36).

Claro, con Isabel los encuentros sexuales eran con la luz apagada: “Hacíamos el amor a oscuras” (19). No tuvo la oportunidad de conocer su desnudez, hasta ahora no ha dado más detalles, sólo ese. No obstante, puede intuirse que mantuvo un papel pasivo. Ha descubierto una faceta distinta del género femenino, se aventura. Santomé olvida la pasividad, adquiere conocimientos nuevos, acrecienta su cúmulo de experiencias.

El tema de la mujeres causa conflicto en él, no sabe qué actitud tomar al estar cerca de Avellaneda, mas comienza a reconocer sus cualidades, poco a poco se transforma la opinión sobre ella. Hay más atención en los pequeños detalles, situación que al principio no figuraba. La escritura del sábado 6 de abril versa en una especie de *deja vu*, pues sueña a su empleada y al llegar a la oficina la encuentra tal cual:

vi que estaba Avellaneda [...] Ella tenía puesto un vestidito lindo, sin adornos ni cinturón, directamente de la carne. [...] me acerqué y le dije: «Qué rico olor a campo.» [...] inmediatamente me dediqué a poseerla, sin que me diese alguna de su parte.

Esta mañana, cuando apareció Avellaneda con un vestidito liso, sin adornos ni cinturón, no pude aguantarme y le dije: «Qué rico olor a campo.» Me miró con auténtico pánico, exactamente como se mira a un loco o a un borracho [...] Una prueba más de que es posible ser más convincente en los sueños que en la realidad (47-48).

Sorprendentemente Martín actúa, toma riesgos, abandona parcialmente la pasividad, aunque al ver la reacción de Avellaneda trata de disimular. Quizá su reciente encuentro sexual le inyectó seguridad, termina con la cobardía; la prudencia hace acto de presencia. Finalmente regresa al estado inicial, no consigue una reacción favorable por parte de Laura. Se rinde fácilmente, vuelve la incontinencia; en los sueños logra concretar sus objetivos, en el contexto real no. Hay obstáculos que no puede superar. Los vicios lo dominan. Continúa con una mala opinión de sí mismo, existe una decepción pues durante su juventud tenía un buen concepto de sí, creía que podía lograr grandes proyectos. Sin embargo, al no poder concretarlos, la cobardía se apodera de él.

Avellaneda provoca nuevas emociones, deja de sentirse muerto, ocupa su mente en entender qué es lo que lo atrae de ella. Realiza un análisis de su vida, en cómo ha cambiado su letra, pareciera que hay un paralelismo entre su caligrafía y su vida:

En 1929 tenía una caligrafía despatarrada: las «t» minúsculas no se inclinaban hacia el mismo lado que las «d» [...] como si no hubiera soplado para todas el mismo viento. En 1939, las mitades inferiores de las «f», las «g» y las «j» parecieran una especie de flecos indecisos, sin carácter ni voluntad. En 1945 empezó la era de las mayúsculas, mi regusto en adornarlas con amplias curvas, espectaculares e inútiles. [...] Ahora mi letra se ha vuelto sintética, pareja, disciplinada, neta. Lo que sólo prueba que soy un simulador, ya que yo mismo me he vuelto complicado, desparejo, caótico, impuro (57).

Si bien, la letra ha sufrido transformaciones, la vida de Santomé también se ha visto en la necesidad de ejercer nuevas normas. Con el matrimonio todo cambió, adoptó una actitud más seria, sus preocupaciones giraban en torno al trabajo, Isabel fungía como una mera conexión íntima; la muerte de la esposa propició una muerte parcial, se dedicó a los hijos, pero, especialmente, al trabajo. Este último figuró como un refugio para olvidar los problemas, la soledad. Al momento de reflexionar sobre esos cambios, Martín inicia a revivir sentimentalmente. Laura ha llegado a inyectar una dosis de vida, los vicios han

disminuido; la incontinencia, injusticia y cobardía eran sus principales defectos. No se permitía mirar más allá, lo inmediato imperaba.

Ahora el estado anímico de Avellaneda le afecta directamente, la observa y no deja de asimilar cómo se encuentra día a día. Le interesa, le atrae; sin embargo, su cobardía bloquea toda posibilidad de correr riesgos, vive pasivamente. Aunque hay momentos lúcidos en que evalúa –abandona la incontinencia, la continencia impera– aquellos actos del pasado, la actitud e ideología practicada durante la juventud, etapa de matrimonio y madurez. Logra percatarse de las malas decisiones tomadas, las consecuencias producidas, pero sobre todo, su presente. Ese presente que empieza a transformarse, a mirar hacia otros horizontes, tomar verdaderos riesgos. Adquiere una virtud más, la continencia; actúa de acuerdo con la razón.

Después de evaluar la situación, el martes 7 de mayo planea la manera de abordarla; la atracción que siente hacia ella genera ansiedad. Dos posibilidades; primero, sabe que corre un gran riesgo, ella es joven y, quizá no lo acepte; la diferencia de edad y el trato laboral pueden ser los factores en contra. Segundo, logra visualizar a una muchacha con agallas para explorar nuevas emociones. No obstante, el ex novio le causó sufrimiento y su estado de ánimo no es el mejor, sumado a que Santomé no es precisamente un excelente partido, su inestabilidad, vicios, prejuicios, monotonía, cansancio y aburrimiento bloquean toda oportunidad de transformación.

El asunto de Avellaneda ha proporcionado de vitalidad a Martín. Los primeros días de escritura eran en torno a la jubilación, la vida monótona, cómo se transformó su vida al fallecer Isabel, la rutina, el tedio, su preocupación del tiempo. Cada asunto generaba una especie de ansiedad, tensión, tristeza, amargura, desolación, una pronta muerte. Al concluir su vida laboral el tiempo para él sería insoportable, los domingos más aburridos, cuanta posibilidad se aparecía para invertirlo, la desechaba de inmediato con alguna excusa. Ahora es distinto, escribe sus preocupaciones, sus dudas, ¿cuál es la mejor forma para lograr que ella lo acepte?, los pros y contras de la relación; pero, sobre todo, la nueva forma de aprovechar el tiempo libre.

La jubilación ya no simboliza la muerte; por el contrario, el renacer a una nueva realidad. Idea estrategias para que la joven lo acepte y no parezcan halagos paternales. Finalmente, la diferencia de edad genera esa angustia. Sin embargo, el día tan esperado llega. El 17 de mayo Avellaneda se aparece en el restaurante donde todas las tardes Santomé come. Notoriamente, provoca una gran sorpresa en él. Tanto que éste tira la cuchara del café y la silla, es víctima de los nervios. Lo que está a punto de decir no es tan sencillo, se arma de valor y confiesa sus sentimientos: “Mire, Avellaneda, es muy posible que lo que le voy a decir le parezca una locura. Si es así, me lo dice nomás. Pero no quiero andar con rodeos: creo que estoy enamorado de usted” (78).

Ha mostrado dos virtudes: prudencia y valor. Los vicios los deja a lado para conseguir su felicidad. Varios días buscó la manera de lograrlo, pero la estulticia, cobardía y destemplanza impedían un cambio en su vida. Las palabras proferidas causaron un buen efecto, pues Avellaneda confiesa tener conocimiento de ello y su correspondencia. Suceso que marca un halo de esperanza en Santomé, esperanza de una mejor realidad, una transformación, vivir, no sobrevivir.

Notablemente, Santomé ha recuperado la esencia de la vida; elementos como fastidio, rutina, tedio, trabajo excesivo, falta de compromiso, aburrimiento, están en peligro de extinción. Ahora existen factores externos que permiten una visión distinta, la jubilación es el punto detonante para disfrutar los placeres, de Avellaneda. No sólo ha recuperado la vitalidad, sino que es capaz de construir proyectos a corto plazo; los vicios han quedado atrás, inclina sus acciones hacia el equilibrio, adopta un estilo de vida saludable. La relación con los hijos, especialmente con Blanca, mejora.

Si bien, Santomé dotó a sus hijos de todo necesario para vivir, se olvidó de permearlos de amor, atención, comunicación; ni él, ni ellos sienten un lazo afectivo, no tienen recuerdos de la infancia junto a un padre amoroso. La imagen paterna carece de fundamentos, siempre estuvo en el trabajo y desperdió la niñez para tener una buena relación y comunicación. En el segundo capítulo, en la propuesta de Platón, se comentó sobre la importancia

del equilibrio. Puesto que las carencias y los excesos no permiten una vida saludable, los conocimientos no son alcanzados, la felicidad no puede obtenerse. Santomé desea dotarlos de todo lo material posible, olvida que también necesitan la atención paterna. Al cubrir un aspecto, deja pendiente el otro.

Otra virtud demostrada es la templanza. Al pensar en las condiciones en que se encuentran ambos, Martín pone las cartas sobre la mesa, su edad no le permite establecer una relación totalmente seria con Avellaneda; sin embargo, le ofrece “un acuerdo, una especie de convenio” (84), una tregua. Desea ser feliz a lado de Laura, ha buscado la manera más precisa de decirlo, que no parezca ser el único beneficiado, sino tener un equilibrio entre su vida y la nueva relación amorosa, dejarse sorprender por la vida y las circunstancias. Al aceptar Avellaneda, Santomé refleja una actitud distinta ante la vida. Resulta tan notorio que Blanca le hace el siguiente comentario: “«Estás animado, más contento.»” (85).

El cambio de actitud es más que notorio, el trabajo –pese a que sigue siendo monótono, aburrido, rutinario– representa la oportunidad idónea para estar con Laura. Sin embargo, ambos muestran disimulo al estar en la oficina; no desean que los compañeros se enteren de su relación. La transformación de Santomé es visible, las notas del domingo 9 de junio dejan ver su nueva perspectiva:

las actitudes extremistas provocan entusiasmo [...] las actitudes equilibradas son por lo general incómodas, a veces desagradables y casi nunca parecen heroicas [...] se precisa bastante valor [...] para mantenerse en equilibrio [...] El equilibrio es aburrido, además. Y el aburrimiento es, hoy en día, una gran desventaja que por lo general la gente no perdona.

[...] La equidistancia que ahora busco tiene que ver [...] con Avellaneda. No quiero perjudicarla ni quiero perjudicarme (primera equidistancia); no quiero que nuestro vínculo arrastre consigo la absurda situación de un noviazgo tirando a matrimonio, ni tampoco que adquiera el matiz de un *programa* vulgar y silvestre (segunda equidistancia); no quiero que el futuro me condene a ser un viejo despreciado por una mujer en la plenitud de sus sentidos, ni tampoco que, por temor a ese futuro, quede yo al margen de un presente como éste, tan atractivo e incanjeable

(tercera equidistancia); no quiero (cuarta y última equidistancia) que vayamos rodando de amueblada en amueblada, ni tampoco que fundemos un Hogar con mayúscula (95-96).

Evidentemente, tiene consciencia de los requisitos necesarios para estar en equilibrio; valor. Valor que no había tenido anteriormente, arrastrándolo hacia un vida parca, gris, sin objetivos claros, incapaz de establecer un irrompible vínculo con los hijos. Pero ahora Avellaneda es el equilibrio que Santomé no había podido lograr. Si bien, sigue la normativa social, desea ser feliz a lado de la joven. Realiza esos planteamientos para evaluar las circunstancias posibles, encontrar la mejor solución a todo ello y accesar al estado de bienestar.

Cada equidistancia muestra ambos lados de la balanza, tomando en cuenta a Avellaneda, ya no está centrado únicamente en él. Pretende que todo gire alrededor de la pareja y no del sujeto. Aplica el Justo Medio a la relación y para sí mismo. Practica todas las virtudes que Aristóteles juzga necesarias para alcanzar la felicidad: Prudencia (actúa de manera correcta, apropiada a los modales sociales establecidos, esperando el momento oportuno para declararle sus sentimientos), Mansedumbre (persiste hasta lograr ser aceptado), Valor (corre el riesgo de ser rechazado), Templanza (refrena los vicios), Continencia (emplea la razón antes de cometer más errores).

Hay un rayo de luz en la vida de Santomé; las virtudes permiten crear un presente más favorable. Laura representa los elementos antes carentes, logra equilibrar su estado anímico y laboral. Percibe un presente, pero sobre todo, un futuro más feliz, pleno. El tiempo libre lo dedica a la amada, formula objetivos claros, se libera del pasado; aunque no puede actuar libremente, la mirada social bloquea sus instintos. Precisamente, las virtudes son ejecutadas; el Justo Medio está presente en la existencia de Martín, busca las mejores opciones, Avellaneda le trae felicidad, felicidad antes no conocida.

Mas las carencias no han desaparecido totalmente –Platón lo menciona, se necesita de ambos extremos para obtener la felicidad–, conserva una idea

errónea sobre su edad. Es comprensible que desconfíe, pero es insensato pensar en el fracaso sin antes intentarlo: “a los cincuenta años ya no puede aspirarse a éxitos rotundos” (100). La incontinencia regresa (mejor dicho se mantiene), avanza un paso y retrocede dos. Esa actitud no ayuda mucho, el pensamiento equilibrado le ha permitido tener buenos momentos a lado de Avellaneda; sin embargo, en ciertas circunstancias pesa más el lado negativo. Sabe perfectamente que los cambios generan recuerdos favorables y que, al tomar las riendas de su vida, probablemente gane más de lo imaginado.

El matrimonio con Isabel no generó ganancias afectivas, él mismo asevera que el único aspecto favorable era el sexual, nunca existió una conexión espiritual. Podían mantenerse alejados y los cambios eran mínimos. Ahora, con Avellaneda, logra tomar verdaderas determinaciones para alcanzar el equilibrio, conocimiento, felicidad:

Creo que es la primera vez que arreglo un ambiente a mi gusto. Cuando me casé, mi familia nos regaló el dormitorio, y la familia de Isabel aportó el comedor [...] venía mi suegra y dictaminaba: «A ustedes les hace falta un cuadrado en el living.» Ni que decirlo dos veces. A la mañana siguiente aparecía una naturaleza muerta, con salchichones, queso duro, un melón, pan casero (103-104).

Realiza los cambios y acciones pertinentes para ser feliz, sentirse vivo. Anteriormente, quienes rodeaban su entorno determinaban y dirigían el matrimonio, Martín e Isabel no tenían ni voz, ni voto. ¡Error! No lograron ser felices gracias a ello. En cambio, con Avellaneda decide lo que conviene a la relación: renta el departamento, lo decora, compra productos necesarios para su estancia, DECIDE el rumbo de su existencia. Inicia a conocer los verdaderos placeres de la vida. Disfruta cada momento a lado de Laura, propicia un ambiente armonioso, entabla una comunicación adecuada con ella, trata de conocerla más allá de las apariencias, indaga.

La transformación es visible, el estado de sobrevivencia desaparece. Obtiene la felicidad, alcanza un conocimiento antes no imaginado. La aseveración de la madre de Avellaneda encaja a la perfección: “la felicidad, la

verdadera felicidad, es un estado mucho menos angélico y hasta bastante menos agradable de lo que uno tiende siempre a soñar” (107). Finalmente, el hombre construye una idea sobre el futuro y el amor, pero no siempre se concreta como lo deseado. Después de tanto tiempo, Santomé recibe lo no pensado. Puesto que, la vida burocrática, monótona, magra y aburrida no permitía mirar más lejos. De ahí que su presente le parezca increíble, maravilloso. Se encuentra en un territorio desconocido, pero muy agradable.

A la par de que escribe sobre sus mágicos encuentros, le resulta inevitable recordar la mala relación con los hijos varones. Es entendible que Jaime, Blanca y Esteban no tengan una imagen materna en la memoria, pero del padre no es justificable. Por el contrario, debe tener en cuenta las razones porqué huyen ante la iniciativa de Santomé por entablar una charla, nunca estuvo con ellos, nada (salvo la consanguineidad) los une: “Nunca sé de qué hablar con Esteban. Cualquiera sea el tema que toquemos, es fatal que terminemos discutiendo” (108-109). O las notas del 14 de junio “Debe hacer como un mes que no mantengo con Jaime o con Esteban una conversación que supere los cinco minutos” (97).

Ninguna de las dos partes cuenta con los elementos necesarios para crear un ambiente armonioso, no se conocen, han vivido juntos, pero no pueden llamarse familia. De cierta forma, ellos son el reflejo del padre. Ya que, cuando joven, Martín fue incapaz de brindarles atención, amor y tiempo; siempre estaba trabajando, no se permitió disfrutar pequeños momentos con sus hijos, los desplazó por el trabajo, tomó más relevancia el darles todo lo material que lo afectivo. No tuvieron un verdadero padre. La madre falleció y con ella la imagen paterna.

Difícilmente la felicidad es completa, además de que se estaría abusando de las virtudes, produciéndose así un exceso. Que la balanza de Santomé esté, por un lado, llena de problemas con los hijos y, por el otro, la plena felicidad, genera un equilibrio. Irónicamente se pensaría que no hay cambio relevante; mas al tener contacto con penas, alegrías, fracasos, aciertos, Martín logra aprehender emociones y conocimientos concretos. Construye una

vida a partir de sus verdaderas necesidades, habilidades, oportunidades; aprovecha los elementos que posee para ser feliz. Día a día crece la plenitud:

Domingo 30 de junio

Todo un día para nosotros, desde el desayuno en adelante. [...] Lo del viernes fue una cosa única, pero torrencial. Pasó todo tan rápido, tan natural, tan felizmente, que no puede tomar ni una sola anotación mental. [...] Y yo quiero reflexionar, medir lo más aproximadamente posible esta cosa extraña que me está pasando, reconocer mis propias señales, compensar mi falta de juventud con mi exceso de confianza. (112-113)

Los domingos han sufrido cambios notorios, al principio del diario eran días de estar en casa, aburrirse, dormir toda la tarde, los hijos salían con los amigos, no paraban; mucho tiempo libre para pensar en el futuro ocio, aburrimiento, producto de la jubilación. No había motivos razonables para pretender tener más tiempo libre. Ahora todo pinta de mejor color, Laura ha venido a inyectar energía, ambiciones, metas, vida. La felicidad lo invade, completa los huecos que durante su juventud, etapa que se supone debió disfrutar con total plenitud, no pudo lograrlo –no hizo nada–. Santomé, la oficina y los días son otros, distintos, más equilibrados.

Como una especie de binocular, Laura explica a Martín el panorama social que todos siguen y que no se atreven a desafiar. Inclusive, él es un hombre muy tradicionalista; mira todo desde la perspectiva establecida, bloquea cuanta oportunidad hay hacia la mejora. Laura describe esa sociedad uruguaya machista; Santomé, reflejo de esa sociedad:

Para ustedes hacer el amor es una especie de trámite normal, de obligación casi higiénica, raras veces un asunto de conciencia. [...] Ustedes mismos inventaron eso de que el sexo lo es todo en la mujer [...] piensan en la mujer como una gozadora vocacional, impenitente. El sexo es todo en la mujer, con sus afeites, con su arte de engañar, con su barniz de cultura, con sus lágrimas listas, con todo su equipo de seducciones para atrapar al hombre y convertirlo en el proveedor de su vida sexual, de su exigencia sexual, de su rito sexual (113-114).

Da un panorama del Uruguay de la segunda parte del siglo XX, del hombre machista con ideas prejuiciosas sobre el sexo femenino y sus obligaciones. Expone las razones por las que Santomé vivió equivocado, las cuales son incapaces de proporcionar un estado confortable. Hay que recordar el día en que tuvo un casual encuentro sexual, no fue relevante; por el contrario, como declara Avellaneda, únicamente cubrió el rito sexual. Con Isabel era lo único en que coincidían. En cambio, Laura implica más que sexo; han entablado una relación completa: conversan, disfrutan la presencia del otro, se divierten, comparten metas, son felices.

Él mismo lo asevera, ella representa la única y verdadera unión amorosa en su vida. Ninguna mujer pudo dotarlo de felicidad: “confieso que Avellaneda es mi primer afecto verdadero” (117). Isabel fue la madre de sus hijos, compañera, pero nunca pudo hacerlo sentir tan feliz como ahora; el aspecto sexual los unía más que cualquier otra cosa, las separaciones no lo afectaban. Las reminiscencias mencionadas no contienen la misma emoción, existe cierta distancia, no hace comentarios sobre un gran amor. Sin embargo, ahora no hay día que no mencione, por ejemplo: “Nunca había sido tan plenamente feliz” (122). O más aún, hace una comparación entre las dos mujeres:

Para quererla a Isabel bastaba con sentirse atraído por su cuerpo. Para quererla a Avellaneda es necesario querer el desnudo más la actitud [...] Tener a Isabel entre los brazos significaba abrazar un cuerpo sensible a todas las reacciones físicas y capaz también de todos los estímulos lícitos. Tener en mis brazos la concreta delgadez de Avellaneda, significa abrazar además su sonrisa, su mirada, su modo de decir, el repertorio de su ternura, su reticencia a entregarse por completo y las disculpas por su reticencia. (127).

Toca el punto sobre el físico, en la esposa era el único atractivo; quien producía sensaciones relacionadas con la libido, lo carnal; si no fuera por su apariencia, Santomé no habría forjado un hogar, una familia. De manera opuesta a Laura, la cual posee más cualidades y puntos a su favor. Ciertamente es que al principio no la concebía como una mujer atractiva, mas ahora reconoce cada aspecto, cada rasgo. No es gratuito su comportamiento hacia ella.

Encuentra en ella una buena compañera, el complemento, la pieza que le faltaba, una mujer en toda la extensión de la palabra.

Para Santomé, Isabel representa una imagen parcialmente importante; puesto que, el único vínculo entre ellos son los hijos, no existe una unión afectiva. Él mismo lo comenta, si no fuera por el sexo y la repentina muerte, el matrimonio no habría durado mucho tiempo. Ella se encuentra en, según Santomé, en el lado superficial, físico. Mientras que Avellaneda figura como la mujer, el lado humano, capaz de despertar los sentimientos en Martín. Durante su estado de casado y viudez (antes de Avellaneda) se comportaba indiferente ante las circunstancias de la vida, los hijos, esposa, sociedad y trabajo. Pero, al entablar una relación con la joven, todo cambia, se transforma en un hombre continente, medita los pros y los contras de las decisiones a tomar.

Otra comparación que realiza es la siguiente:

Pobre Isabel. Ahora me doy cuenta de que hablaba muy poco de ella. A veces no encontraba de qué hablar, en realidad, no había entre nosotros muchos temas comunes, aparte de los hijos, los acreedores, el sexo. Pero de este último tema no era imprescindible hablar. [...] Ahora, con Avellaneda, el sexo es (para mí, al menos) un ingrediente menos importante, menos vital; mucho más importantes, más vitales, son nuestras conversaciones, nuestras afinidades. [...] si ahora apareciese Isabel, la misma Isabel de 1935 [...] es más seguro que yo diría: «Qué lástima» y me iría a buscar a Avellaneda (149-150).

Nuevamente, Avellaneda sale victoriosa. Representa la felicidad, Justo Medio, complementación, estabilidad, transformación. Tienen varios puntos en común, han construido una relación sólida, existe la confianza necesaria para hablar temas de diversa naturaleza. En cambio, Isabel fue la esposa, madre de sus hijos, pero nunca la compañera; los temas que trataban eran relacionados al hogar. Nada más los unía. Al confrontarlas se da cuenta que Avellaneda es primordial para su existir, la mujer que quiere. Isabel queda en segundo término, poca o nula importancia tiene en la vida de Martín. Tanto que, si estuviera viva, la abandonaría y elegiría a Avellaneda.

Aunque la cobardía no logra desaparecer. El tema del tiempo es su mayor preocupación, teme ser engañado, que Avellaneda encuentre un hombre más joven y le sea infiel. Aníbal –su único amigo y con quien habla abiertamente de su amada– pone las cartas sobre la mesa, trata entender la situación, así que comenta: “«¿Y por qué no te casás? [...] ¿Es al ridículo que temés o a otra cosa? [...] Me pediste que fuera franco, ¿no? Quiero decir que a mí me parece muy claro todo el problema: lo que pasa es que tenés miedo a que dentro de diez años ella te ponga cuernos.»” (119-120).

Evidentemente ese es el problema, la brecha generacional ocasiona la inseguridad y cobardía. Haber vivido en las carencias durante mucho tiempo bloquea la oportunidad de terminar con una actitud mediocre, parca. Mucho ha avanzado al eliminar un poco sus prejuicios, mirar hacia el futuro con objetivos, perseverar hasta conquistar a la mujer que quiere, cambiar su actitud ante la vida, practicar las virtudes del Justo Medio. En pocos meses ha dado pasos relevantes en su existir. La llegada de Avellaneda dota de color su grisácea vida burocrática. La felicidad lo invade. Por primera vez es feliz, pleno: “De pronto tuve conciencia de que ese momento, de que esa rebanada de cotidianidad, era el grado máximo de bienestar, era la Dicha. Nunca había sido tan feliz” (121-122).

Resulta contradictorio. Por un lado, escribe, manifiesta la preocupación por la diferencia de edades, infiere cómo puede ser el futuro; es pesimista; por el otro, afirma vivir el mejor momento de su vida, conocer sentimientos y emociones antes no experimentados. Se equilibran los platillos de la balanza, el Justo Medio hace acto de presencia. Para alcanzarlo, el hombre debe conocer los vicios y las carencias, la felicidad y el sufrimiento. Exactamente eso ocurre, es continente, templado, prudente, pero también cobarde y un tanto prejuicioso.

Pese a sus intentos por vivir plenamente, Santomé no logra alejarse de la cobardía. Es cierto que el valor ha ido tomando posesión de él, pero no es sencillo transformar –de un momento a otro– su actitud. Mucho ha coadyuvado el estar cerca de Avellaneda; sin embargo, el temor a ser engañado persiste.

Acepta que Aníbal tiene la razón: “puede ser que Aníbal tenga razón, que yo le esté sacando el cuerpo al matrimonio, más por miedo al ridículo que por defender el futuro de Avellaneda. [...] hay una cosa cierta y es que la quiero [...] no quiero que sufra” (128).

Hay dos polos: 1) la posibilidad de ser víctima de infidelidad, la diferencia de edad genera especulaciones, inseguridad; 2) amor, Martín por fin ha encontrado una mujer que logra complementarlo, no se trata solamente de una cuestión amorosa, sino más bien humana. Ya que él cuenta con más sensibilidad, más virtudes; el lado superficial descendió. El equilibrio, Justo Medio, va ganando terreno. Por ello, siente miedo de perder a la única mujer con quien ha logrado ser feliz. No es nada sencillo tenerlo todo y después perderlo. Su cobardía obstruye una buena toma de decisiones.

Los prejuicios también siguen haciendo acto de presencia, no acepta las preferencias sexuales de Santini (un empleado a su cargo). No es de extrañarse, se encuentra inmerso en una sociedad conservadora, cuyos modelos excluyen esas ideas. Su educación y costumbres no encajan con las ideas revolucionarias de los jóvenes. Mas la vida se encargará de darle una lección de vida. Dicta el refrán: “No escupas al cielo que te cae en la cara”. Precisamente, cuando todo pintaba mejor, confirma sus especulaciones, su hijo predilecto, Jaime, también se inclina hacia la homosexualidad: “Mi hijo es un marica. Un marica. Uno como el repugnante de Santini [...] Hubiera preferido que me saliera ladrón, morfinómano, imbécil” (142).

Aquello que repugna, lo tiene en casa, con su hijo, su hijo predilecto. Pese a que las virtudes están en su actuar, la noticia sobrepasa los límites. Su formación machista evita que la continencia aparezca. El hijo predilecto ha terminado por mostrarle su poco conocimiento y convivencia con sus retoños; los descuidó. Si bien ya tenía sospecha debido a las compañías que llevaba a casa y los comentarios de Esteban, Blanca y Diego, Santomé tenía la esperanza de que no fuera cierto.

Evidentemente, Benedetti retoma un resonante tema para la época en que el patriarcado estaba muy arraigado –aún sigue prevaleciendo, pero ahora menos escandaloso–; lo natural y lógico era hombre-mujer, no hombre-hombre ni mujer-mujer. Realiza una fuerte crítica a la sociedad burocrática con roles definidos y las manifestaciones juveniles que desestabilizaban el orden y las costumbres. Resuena bastante el qué dirán.

Esa circunstancia provoca que Santomé desee hablarla con alguien, como una especie de desahogo; por ello, Avellaneda es la indicada para ello. La confianza entre ambos es tal que pueden platicar sobre todo. Así que las notas del día jueves 18 de junio son referentes a Jaime:

Tenía dos cosas que decirle a Avellaneda, pero sólo [...] le hablé de Jaime. No me dijo que yo fuera totalmente inocente [...] Pero yo pienso, además, que cuando un tipo viene podrido, no hay educación que lo cure, no hay atención que lo enderece. Claro que yo pude hacer más por él, es tan cierto, tan cierto, que no puedo sentirme inocente. Además, ¿qué es lo que quiero, qué es lo que preferiría? ¿Qué él no fuera marica o simplemente sentirme yo libre de culpa? (131).

Inevitable le resulta sentirse culpable, si tan sólo hubiese pasado más tiempo con sus hijos, tal vez la realidad figuraría distinta. Eso opina él. Aquí puede observarse claramente el argumento de Platón, acerca de que cuando un hombre descuida lo primordial no logra acceder al confort, las preocupaciones y la culpa imperan. Santomé cae en los vicios nuevamente, emite sus prejuicios machistas, siente dolor, decepción, responsabilidad ante el hecho. Mas Laura trata de tranquilizarlo. Como buena compañera, intenta ayudarlo, transmitir su apoyo, lográndolo parcialmente. Aunque Santomé prosigue con sus prejuicios, incontinencia e injusticia: “se vino a matar él, a anularse él. Ya que el hombre de familia le había fallado, se dedicó a negar al hombre que había en sí mismo” (141).

Como padre falló, no puedo, o no quiso, llenar a sus hijos de buenos momentos, recuerdos de un buen padre. Al morir la madre, quedaron completamente solos, huérfanos. Los progenitores dejaron vacías las etapas

primordiales de los tres hijos. El trabajo lo absorbió y ahora se da cuenta de ello, fue un padre ausente. No le quedan muchos recursos para enmendar sus errores. La nula comunicación bloquea toda posibilidad de acercarse a él y apoyarlo. Deja que la distancia haga su trabajo. Lo sigue abandonando.

La actitud indiferente continúa con los hijos varones, porque con Blanca fortalece más aún los lazos afectivos. Jaime (al irse de la casa) le deja una carta donde explica su situación y comenta que sabe sobre su relación con Laura. Así que se ve en la necesidad de platicarle a la hija sobre su amada. Notoria es la preferencia por Blanca. Con los hijos varones pone distancia, su incontinencia bloquea una sana relación. Finalmente nunca han podido convivir, las circunstancias y el mismo Santomé propiciaron el alejamiento.

Así como Martín (después de la pésima noticia), la vida se equilibra proporcionándole una oportunidad magnífica de trabajo. Tras muchos años de estar a cargo de la contabilidad, recibe la propuesta de ser subgerente: “Me llamó el gerente [...] «Le ofrecen nada menos que la subgerencia» [...] «Claro que con una condición» [...] «La condición es que usted no se jubile hasta dentro de dos años»” (142-143). Por una mala, una buena noticia para equilibrar la balanza. Obvio, a Santomé no le causa felicidad por dos razones: 1) nunca ambicionó ascender de puesto, no construyó metas; 2) al aceptar, no puede disfrutar su tiempo libre a lado de Avellaneda. La jubilación no representa más ocio, sino amar y ser amado. No accede a la plenitud, felicidad.

Tal vez si le hubiesen ofrecido el puesto antes de conocerla, habría aceptado; aunque, hay que recordar, desde el principio menciona su obstinada necesidad por tener tiempo de recreación –aunque no sepa en qué emplearlo– y liberarse de ese ambiente burocrático. Por lo tanto, en ambas situaciones, no aceptaría. Su anhelo por descansar es más fuerte que su ambición por tener un mejor salario. Mas Santomé le comenta a Avellaneda sobre la propuesta, le interesa conocer su punto de vista y como buena compañera le aconseja: “Me dice que lo piense bien, que la subgerencia es un puesto cómodo, agradable, respetado, bien pagado” (143).

Al conocer a Avellaneda, Santomé adopta una actitud más apegada al Justo Medio (las virtudes se manifiestan en sus acciones y pensamiento). Eso conlleva a pensar que ella también posee una ideología equilibrada. Desde que establecieron una relación, notoria resulta la importancia de ambos, no hay un sometimiento de ninguno. Por ello, al recibir tal noticia, Avellaneda opta por animarlo, apoyarlo hacia una toma de decisiones consciente. Martín no cambia de opinión y declina, su sueldo –y próxima jubilación– es suficiente para vivir bien. No precisa nada más.

Con lo anterior, además de que Laura desee saber más sobre la esposa, conlleva a Santomé a las siguientes conclusiones:

- 1) “Avellaneda [...] hace que uno se descubra cosas, que se conozca mejor” (156), debido a la buena comunicación que mantienen, Santomé se ha dado cuenta de detalles que tuvo durante la juventud, aspectos que no los había descubierto por su falta de consciencia. Al encontrar a Avellaneda entra en un estado de bienestar, plenitud, puede hablar de todo: “Yo hablo con ella como si hablara conmigo mismo; en realidad, mejor aún que si hablara conmigo mismo” (174). Con Isabel no tenía esa confianza, no había nada salvo el sexo. Entonces, al combinar confianza y comunicación se obtiene un Martín más continente.
- 2) Con Avellaneda ha encontrado la felicidad, el equilibrio. Los mínimos tintes de tristeza no logran empañar sus sentimientos y estado pleno. Puesto que, al estar juntos nada es más importante: “Estábamos tristes [...] Pero era una tristeza dulce, casi paz. Ella me estaba mirando y de pronto movió los labios para decir [...] «Te quiero»” (151). Hace referencia a un estado distinto, una tristeza de un hombre vivo, que siente; al principio denota sobrevivencia, no disfrutaba nada de la vida; ahora esos sentimientos dan cuenta de un hombre pleno, continente, magnánimo.
- 3) La anterior da pie a la tercera conclusión. Al, Avellaneda, emitir esas palabras, Santomé confirma que no es él único comprometido con la relación. El viernes 23 de agosto –como no asiste a la oficina por su

permiso pre jubilatorio– decide sorprenderla, la espera a un cuadra del trabajo, pero el sorprendido es él. La ve caminando a lado de Robledo (otro empleado), sonriendo: “junto a un hombre joven, uno de su generación [...] lejos de mí” (159). Suceso que detona la incontinencia, duda sobre la relación, de Avellaneda. La brecha generacional problematiza todo. No obstante ella, días antes, comenta: “Lo más importante es que estemos unidos” (134). No le interesa el matrimonio, trámites, legalidades, sino vivir el presente. Y sobre todo: “«Ahora lo sé. No te quiero por tu cara, ni por tus años, ni por tus buenas intenciones. Te quiero porque estás hecho de buena madera.»” (152). Después de tantos años, se siente querido. Avellaneda lo quiere.

Su felicidad se complementa con el encuentro de las dos mujeres que más quiere: Laura y Blanca, quienes entablan una charla pacífica y amistosa sobre Santomé. La hija, al enterarse de la existencia de Avellaneda, acepta conocerla. Así que Martín prepara un encuentro. Sin lugar a dudas, Laura es la más sorprendida; al estilo de Santomé, emite prejuicios. Piensa que va a reclamarle, mas Blanca le expone su interés por conocerla, trata de tranquilizarla y establecer una conversación. ¿El tema? Santomé. Ni siquiera él pensó en el éxito de tan arriesgada decisión. El valor supera a la incontinencia.

Ambas le expresan el gusto de haberse conocido. Se completa aún más su felicidad. Y como no todo puede mantenerse oculto, a Esteban también le comenta sobre Avellaneda. Nuevamente piensa que será juzgado; no obstante, el hijo expresa respeto hacia la decisión del padre, desea verlo bien, que sea protegido y protector. Pues nota cambios en él, lo ve mejor; comenta al respecto: “te he visto revivir. Así que no te juzgo, no puedo juzgarte; más aún, me gustaría mucho que hubieras acertado y te acercaras lo más posible a la buena suerte” (166).

Pese a los errores cometidos, los hijos no conservan rencor contra el padre; por el contrario, quieren verlo feliz. Después de todo, la madre murió muy joven y se vio en la necesidad de olvidarse del sentido afectivo. Ahora que ha encontrado a Avellaneda, Santomé vive; anteriormente sobrevivía, no

mostraba rasgos de felicidad, metas, ambiciones, se dejaba llevar por las circunstancias que iban apareciendo. Tanta es la felicidad de Martín que Esteban, sin saber de ella, se da cuenta y apoya la decisión del progenitor.

No hay obstáculos que impidan su unión. Claro, le preocupa el qué dirán. Sin embargo, la charla con Aníbal le permite comprender que los miedos bloquean la completa felicidad. La cobardía y la incontinencia se apoderan de él. Cuenta con el apoyo de los hijos, de Aníbal; con la próxima jubilación tendrá más tiempo de disfrutar cada placer reprimido años atrás. Lo único que falta es la determinación, que Santomé tome valor y le pida que vivan juntos. Dándose cuenta, asevera: “Estoy en una edad en que el tiempo parece y es irrecuperable” (168). Más consciente, Martín decide tomar las riendas de su vida, disfrutar el tiempo que le queda, dejar a un lado la incontinencia y la cobardía para acceder a la felicidad. Ha acumulado la experiencia necesaria para equilibrar su situación.

Mas la repentina desaparición de Avellaneda modifica todo. Santomé ya había decidido proponerle matrimonio, le comentó a Blanca y fue la más feliz con la noticia. Desde el 17 de septiembre pierde comunicación con ella; lo último que supo es que estaba resfriada. Es hasta el 23 de septiembre en que anota: “Dios mío. Dios mío. Dios mío. Dios mío. Dios mío. Dios mío. Dios mío.” (185). El suspenso queda y más porque interrumpe su escritura, retomándola el 17 de enero. Mismo que da cuenta del estado de ambos: Avellaneda murió el 23, día en que evoca al ser divino; el tío llama a la oficina para avisar sobre el acontecimiento. Obviamente, Martín no recibe con agrado tal aseveración, insultándolo. La irascibilidad toma partido, la mujer que quiere ha fallecido, se le ha escapado de las manos. Elemento indispensable que ahora ya no existe.

Precisamente, que el tío emplee el término fallecer en lugar de morir, provoca que Martín reaccione así. Isabel falleció, pero Avellaneda murió. La diferencia entre ambas palabras, según Santomé, es la siguiente: “*Falleció* significa un trámite [...] «Murió. Avellaneda murió», porque *murió* es la palabra, *murió* es el derrumbe de la vida, *murió* viene de adentro, trae la verdadera respiración del dolor, *murió* es la desesperación, la nada frígida y total, el

abismo sencillo, el abismo” (186-187). El dolor que causa es mayor a lo ocurrido con la esposa, los sentimientos hacia ambas no pueden compararse. Avellaneda trajo vitalidad, misma que, con su partida, se ha esfumado. Los planes sobre el empleo del tiempo, después de la jubilación, no podrán concretarse.

Por medio de la reminiscencia, se percata de los errores cometidos al principio de la relación. Observa claramente su transformación, relee el diario, se cuestiona, se reclama, subraya los errores, los aprendizajes, se da cuenta (por fin) que de Avellaneda le atraía todo: “Ella me atraía como un todo, como una suma insustituible de atractivos” (191). Durante la relación, cuestionaba qué era lo que hacía atractiva a Avellaneda; se preguntaba, pero no había respuesta para ello, sino hasta ahora. Ahora que está muerta y accede al diario, éste representa una especie de conciencia, dador de conocimiento.

La desconfianza bloqueó la esperanza de acceder a una completa transformación: “¿de qué me sirvió esa desconfianza? ¿Acaso aproveché para vivir más intensa, más afanosa, más perentoriamente?” (192). Los excesos –como lo mencionan los filósofos– desfasan el mejoramiento de esa rutina, aburrimiento y pasividad. Si bien logró tener más felicidad, conocimientos, visión a futuro, anhelos de vivir; no pudo desarraigarse totalmente de la cobardía. Intentó actuar demasiado tarde. La vida le concedió una tregua para comprender su realidad, su entorno, comprenderse a sí mismo. Algunos puntos confrontados son:

- La muerte no llega de acuerdo a la edad, tanto jóvenes como viejos mueren.
- Las mujeres no son un simple objeto sexual, son sujetos capaces de brindar felicidad, plenitud.
- El qué dirán no dota de felicidad.
- Al no contar con objetivos claros, nunca supo qué dirección tomar y, por ende, cayó en la rutina, cotidianidad.
- Cubrir sólo un aspecto provoca descuidar otros más.
- No existe mejor camino hacia la felicidad que el Justo Medio.

Tenía que quedarse solo nuevamente para comprender todo ello. Con la misma soledad, pero un estado distinto, con conocimientos que llegaron tarde a la vida de Santomé. Con esto puede afirmarse el pensamiento de Erich Fromm, quien piensa que el hombre, conforme va conociendo y dominando la naturaleza, va perdiendo conocimiento sobre sí mismo, su consciencia disminuye, se muestra individualista:

Ha llegado a ser el amo de la naturaleza y al mismo tiempo se ha transformado en el esclavo de la máquina que construyó con su propia mano. A pesar de todos sus conocimientos acerca de la naturaleza, permanece ignorante en cuanto a los problemas más importantes y fundamentales de la existencia humana: lo que el hombre es, cómo debe vivir, y cómo liberar las tremendas energías que existen dentro de él y usarlas productivamente. (2010: 16)

Pese a los conocimientos que posee, Santomé se convirtió en una máquina, realizaba la contabilidad de forma tan mecánica que se olvidó de vivir, disfrutar los pequeños momentos, dejó a un lado a los hijos; todo su existir se resumía en el trabajo. Fue hasta la llegada de Avellaneda cuando volvió a pensar en ser feliz, en vivir. Creó especulaciones positivas para su futuro, los objetivos regresaron la vitalidad que, en algún momento, desapareció. Se enfocó en los problemas fundamentales de la existencia humana que comenta Fromm. El trabajo se vuelve un pretexto, es el vínculo entre él y Avellaneda; sin embargo, ya no es su prioridad. La jubilación ahora es la oportunidad para pasar más tiempo con su amada; el aburrimiento, pasividad y rutina –como antes pensaba– son erradicados. Todo el panorama se ve desde un mejor ángulo.

No obstante, la muerte de Avellaneda llega a derribar los proyectos. Al encontrar a la mujer indicada, se da cuenta que “[l]os bienes verdaderos del hombre son los espirituales; éstos consisten en la virtud de su alma, y precisamente en la virtud está la felicidad” (Reale, 1992: 101). Los conocimientos llegan tarde a su existencia.

3.4 Caracterización del personaje

El apartado anterior da cuenta del protagonista, Santomé. Sin embargo, para conocer mejor al personaje, es necesario hacer una revisión sobre la estructura. Se trata de una novela a modo de diario. “Novela en 1ª persona. Discurso, punto de vista restringido a un único personaje: el protagonista (al cual deben limitarse los monólogos interiores, todos los tiempos verbales excepto el aoristo)” (García Peinado, 1998: 249).

Ese monólogo permite que el lector:

- a. Tenga acceso directo a la conciencia del personaje.
- b. Visualice la caracterización a través del autoanálisis.

Claro, el diario inicia con la aseveración del conteo para iniciar la jubilación; las declaraciones son conjugadas en 1ª persona: “Sólo me faltan seis meses y veintiocho días para estar en condiciones de jubilarme” (9). Aún no se conoce la identidad del emisor; no obstante, da cuenta de tratarse de un hombre cercano a los cincuenta años, interesado por su pronta jubilación y las actividades que posiblemente pueda desarrollar al alcanzarla. Están las primeras pautas para iniciar la caracterización del personaje.

Aspectos que se complementan a la perfección con un narrador autodiegético, quien narra su experiencia y situación por medio del fluir de la conciencia. “Su función lo lleva a ser el signo de una conciencia que organiza el relato” (García Peinado, 1998: 251). En el monólogo autobiográfico no hay narratarios explícitos; sin embargo da la impresión de que se dirige a alguien, que establece comunicación con un interlocutor silencioso (Cfr. Garrido Domínguez, 1996: 282).

Se había levantado, así, en vuelta en la frazada, y estaba junto a la ventana, mirando llover. Me acerqué, yo también miré cómo llovía, no dijimos nada por un rato. De pronto tuve conciencia de ese momento, de esa rebanada de cotidianidad, era el grado máximo de bienestar, era la Dicha. Nunca había sido tan plenamente feliz como en ese momento, pero tenía la hiriente sensación de que nunca más volvería serlo, por lo menos en ese grado, con esa intensidad. (121-122).

Realiza las anotaciones para dar cuenta de sus actividades y pensamientos; estrategia narrativa que envuelve al lector, lo hace cómplice. Le confiesa sus emociones; comparte sus secretos. Aspecto muy característico del diario. Si bien los primeros diarios están ligados a la experiencia viajera, fueron convirtiéndose en un “instrumento para registrar cambios rápidos o una acumulación de experiencias impactantes para el observador” (Beltrán, s.f.: 10).

Evidentemente que *La tregua* cumple con ello; Santomé registra el inicio del conteo para la jubilación, su vida rutinaria, las posibles actividades a desarrollar, la relación con los hijos, el matrimonio durante la juventud, nuevos empleados en la oficina, ideología machista, primeros indicios de atracción hacia Avellaneda, estrategia para declarar su interés, inicio de la relación, días plenos, problemática con los hijos, homosexualidad del hijo preferido, proyectos a corto plazo, inquietudes, vicios, virtudes, posible propuesta de matrimonio, muerte de Avellaneda. Relata de manera íntima e intensa “los efectos de una pasión” (Beltrán, s.f.: 11). Tiene un perfil de introspección.

Las funciones del diario son:

- Mimética: ilusión de lo real.
- Temática: aislamiento y autorreflexión. “¿Estaré reseco? Sentimentalmente, digo.” (57).
- Temporal: inmediatez, suspense y atemporalidad.

Martín Santomé, al escribir el diario, no solamente registra sus impresiones, actividades, sino también reflexiona sobre las posibles consecuencias de adoptar tal o cual determinación, el por qué de su situación, pros y contras que implica la relación amorosa. Desde un presente, hace los necesarios saltos al pasado para tomar mejores decisiones, exteriorizar sus emociones; puesto que no tiene, además de Avellaneda y Aníbal, con quien hablar abiertamente.

Otro elemento indispensable en una novela es el espacio. Martín presenta los siguientes:

- Su casa: cerrado, parco, implica soledad, represión, es impuesto (la suegra decidió la decoración).
- Oficina: cerrado, rutinario, monótono, tedioso, represión (no puede manifestar su amor, no desea que sus compañeros se enteren).
- Casa de Vignale: cerrado, “casa asfixiante, oscura, recargada” (11), ruidosa, una especie de jauría, donde cada integrante hace lo que le place.
- Café: cerrado, tranquilo, sitio en que inicia la relación.
- Ciudad (calles): abierto, normas sociales que reprimen su manifestación amorosa hacia Avellaneda (diferencia de edades).
- Departamento: cerrado, produce plenitud, libertad, felicidad, elegido por él: “es la primera vez que arreglo un ambiente a mi gusto. Cuando me casé, mi familia nos regaló el dormitorio, y la familia de Isabel aportó el comedor [...] venía mi suegra y dictaminaba” (103).
- Casa de los padres de Avellaneda: cerrado, le causa melancolía.

Es momento de hablar sobre la caracterización del protagonista, Martín Santomé. Hay que recordar los elementos necesarios para ello: ser, hacer, cualidades, vicios, virtudes, nombre propio, condición contextual y establecimiento de relaciones con otros personajes.

Santomé es un hombre de cuarenta y nueve años, un poco calvo y con manchas en la piel. Viudo, con tres hijos, burócrata, no tiene objetivos; vida rutinaria, aburrida, sedentaria y tediosa; existencia parca, machista. Constante preocupación por el tiempo. Actitud mecánica, pasiva. Hombre triste, muerto espiritualmente, mediocre. Cuya jubilación es sinónimo de muerte, fin de su existencia. Tiene mala memoria. Los vicios dominan su actuar: estulto, cobarde, injusto, incontinente, prejuicioso. Considera a la mujer como un objeto sexual.

No obstante, con la llegada de Avellaneda, inicia a mostrarse menos prejuicioso, toma determinaciones, corre riesgos, busca la mejor manera para demostrarle su amor a Laura; aunque fácilmente se da por vencido, es cobarde. Las virtudes toman partido. Al ser aceptado por la joven, cambia su visión de vida. Ahora, la jubilación es la oportunidad para estar con ella, ser feliz, pleno. Mas vive angustiado debido a la diferencia de edades. Se muestra prudente y templado, opta por la mejor decisión para beneficio de ambos. Estructura proyectos a corto plazo.

La mala comunicación con los hijos persiste, pero trata de acercarse más a ellos. Dándose cuenta que, durante su juventud, dio mayor prioridad al trabajo. Es más reflexivo. El Justo Medio es adoptado. Inicia a ser feliz. Muestra mayor sensibilidad. Sin embargo, no puede dejar a un lado la cobardía. Infiere que, por la brecha generacional entre él y Avellaneda, ella podría serle infiel. Pese a eso, decide proponerle matrimonio, demasiado tarde; Laura muere. Salta de la desdicha a la dicha, y de ésta, a la desdicha.

Para llegar al conocimiento, Santomé establece –directa o indirectamente– relación con los demás personajes. El orden de aparición propicia ese cambio de visión de vida, siendo el siguiente:

- Esteban: Lo contacta con un abogado, quien tramita su jubilación. Alienta al padre respecto al tema de Avellaneda.
- Jaime: Es el primero en saber sobre su relación con Laura; propiciando que Santomé haga participe a Blanca. Sus preferencias hacen que su padre se desestabilice.
- Blanca: Equilibra la relación entre sus hermanos y padre. Apoya la relación y festeja el probable matrimonio.
- Isabel: En el momento de la escritura del diario, ya no se encuentra viva. Sirve como apoyo en la reflexión sobre hechos pasados.
- Borracho 1: Menciona la situación de Santomé, su estado, sus problemas.

- Mario Vignale: Trae consigo aspectos del pasado que Santomé no recordaba. Le muestra las problemáticas que existen en el matrimonio y las consecuencias de una infidelidad.
- Empleados nuevos (Alfredo Santini y Rafael Sierra): Santini es quien más conocimientos aporta, pues le platica sobre la hermana que lo acosa.
- Méndez y Muñoz: Empleados que muestran a Martín que, pese a tener pendientes, el trabajo no debe acaparar toda la atención y tiempo.
- Suárez: Subgerente que obtiene el puesto sólo por tener relaciones con la hija del dueño de la oficina.
- Lidia Valverde: Mujer que no le importa el qué dirán, hace de su vida lo que le place.
- Mujer del autobús: Propicia el valor en Santomé.
- Robledo: Martín siente celos al verlo reír a lado de Avellaneda.
- Aníbal: Única persona con quien puede hablar abiertamente sobre su relación, lo hace dudar. Circunstancia que produce la determinación del matrimonio.
- Inspector: Su llegada lo hace reflexionar, lo hace sentir viejo.
- Martínez: Posible subgerente. Santomé elogia su trabajo, deja el egocentrismo a un lado.
- Diego: Refleja un exceso de preocupación.
- Escayola: Amigo de la juventud, junto con Vignale le recuerdan su pasado.
- Borracho 2: Da cuenta de la situación social de Uruguay.
- Biancamaro: Mesero del café. Le muestra la tolerancia y candidez.
- Otra mujer en el autobús: Al estar equivocada, Santomé nuevamente adopta una actitud misógina.
- Menéndez: La broma que le juegan sobre el billete de lotería hace que Martín conozca la maldad de sus compañeros.
- Tío y padres de Avellaneda: Notifican la muerte de Avellaneda.

Se puede concluir que, Martín Santomé es un hombre con nulas metas, desperdió su juventud, el trabajo acaparó su existencia. Contrajo matrimonio, pero no logró ser feliz; los unía únicamente el aspecto sexual. A la muerte de ella, tuvo que hacerse cargo de sus tres hijos. Aunque cubrió todo lo económico, nunca les dio amor, ni tiempo. Los vicios regían su actuar. Poco a poco, con la llegada de Avellaneda y aparición de los demás personajes, Martín accede a un estado distinto; reconoce sus errores, muestra mayor interés en su vida, busca la manera de mantener su felicidad. Evalúa la situación para no sólo ser beneficiado él, sino Avellaneda también. Adopta las virtudes, el Justo Medio. Transforma su existencia. No obstante, la repentina muerte de la amada obstruye los planes.

Por ello, Santomé es un personaje complejo. Sus acciones transmutan su ideología. Inicia con vicios, pero después los equilibra con virtudes. Al principio es pasivo; Avellaneda propicia que se vuelva más activo. De la tristeza, pasa a la felicidad. Los espacios presentados también influyen en su actuar, pues determinan si debe o no expresar libremente su amor e ideas. Trata de tomar con más calma las circunstancias que se van presentando. Cada personaje expone una problemática que, sin imaginárselo, dota de conocimientos a Martín.

CONCLUSIONES

Por lo tanto, los integrantes del Boom se equivocaron, Benedetti no se quedó atrás con las innovaciones; puesto que adoptó una estructura poco usual en Latinoamérica. El diario exige una cadena continua de acciones, donde el narrador autodiegético acapara toda la atención del lector. Además planteaban que debía incluirse un lenguaje complejo. Sin embargo, Benedetti, tomando en cuenta los problemas sociales y económicos de su continente, decide escribir su obra sin complejidades, sino con un lenguaje directo, donde el lector real pudiera comprender su contexto. La sencillez no está peleada con el arte.

La década de los años cincuenta, particularmente Uruguay, sufrió de problemas económicos, produciéndose así pocas oportunidades de educación. Sumado a que la mirada estaba puesta en Europa, Benedetti y la Generación del 45 optaron por denunciar, mediante el ensayo y periodismo, los males que les aquejaban. El ámbito de la literatura también se vio restringido; el movimiento del Boom imponía qué era arte, evidentemente, excluían el grupo de Benedetti.

Cincuenta y seis años después, *La tregua* sigue siendo vigente. Los estudios críticos apuntan acertadamente hacia nuevas interpretaciones; dejan a un lado la evidente desigualdad de edad en el amor. Como toda obra artística, pueden realizarse distintas interpretaciones sobre ella, sin que ésta llegue a agotarse. No sólo la relación amorosa, sino elementos inmanentes; por ejemplo, el personaje, elemento primordial que no había sido estudiado, hasta ahora.

La teoría del Justo Medio que plantea Sócrates, refuta Platón y Aristóteles desarrolla, coadyuva en la comprensión de Santomé. El segundo menciona que se alcanza el conocimiento por medio de la *anamnesis*, remembranza. Proceso que, a través del recuerdo, el individuo trae al presente los conocimientos adquiridos en el pasado. Así que no pueden pasar desapercibidos vicios ni excesos. Requiere de ambos para tener una visión más amplia, no descuidar un aspecto por otro; todos tienen la misma importancia. De lo contrario, se corre el riesgo de no alcanzar la felicidad.

El estagirita explica que un hombre debe adoptar un buen demonio, mismo que lo guiará hacia la prosperidad y felicidad. En otras palabras, por medio de la experiencia logra conocer los vicios y las carencias: herramientas que lo dotarán de conocimiento; podrá discernir lo correcto (virtuoso) de lo incorrecto (vicioso). A cada virtud le confiere un vicio, las define y ejemplifica.

Aplicando dicha teoría, Martín figura como un sujeto que, hasta sus cuarenta y nueve años, sólo ha puesto en práctica los vicios. Al quedar viudo se olvidó de vivir, enfocó su existencia hacia el trabajo, dotó a los hijos de todo lo material, pero se olvidó de dedicarles tiempo. Produciéndose una pésima relación familiar. Los vicios que lo dominan son: estulticia, cobardía, injusticia, incontinencia. Imperan la misoginia y los prejuicios.

No obstante, con la llegada de Laura Avellaneda, transmuta. De una muerte espiritual, adquiere un estado pleno, adquiere felicidad. Ahora pone en práctica más virtudes: valor, prudencia, templanza, mansedumbre, continencia. No hay que olvidar que el Justo Medio exige un equilibrio; así que, algunos vicios persisten: injusticia, cobardía, incontinencia. Con la joven, tiene la oportunidad de un renacimiento, empezar a vivir, pero su cobardía lo limita. Platicar de ello con su amigo Aníbal le es de gran ayuda. Decide proponerle matrimonio. Muy tarde es, recibe la noticia de que su amada ha muerto.

La teoría filosófica muestra los cambios; aunque, para demostrar –como mencionaban contrariamente los del Boom– que no se trata de un *best-seller*, es necesario contrastar esos datos con las distintas teorías literarias del personaje (Aristóteles, Phillippe Hamon, Bobes Naves, Edward Morgan Foster, Seymour Chatman, Oscar Tacca, Antonio Garrido Domínguez, Fernando Sánchez, Fernando Gómez Redondo). Tarea nada sencilla, pues cada corriente tiene una propuesta; la cual sólo toma en cuenta ciertos aspectos, dando como resultado una visualización parcial. Razón por la que fue necesario realizar un compendio de ellas. Finalmente, y para hacer un estudio más completo, puede proponerse que: el personaje es un signo vacío, pero paulatinamente va adquiriendo significado, las peripecias y relaciones con los demás personajes lo dotan de conocimientos, experiencia. Se identifica por un

nombre; sus acciones, rasgos físicos, psicológicos y decisiones, lo singularizan hasta guiarlo a la virtud o el vicio, según sea el caso. Muestra así su SER y HACER. Con su presencia, la novela se vuelve dinámica. Es el hilo conductor. Representa una persona y el contexto social al que pertenece el autor. En ocasiones, está impregnado de datos biográficos de éste.

Pueden distinguirse dos tipos de personaje:

- 1) Personaje Complejo: tiene una ideología no determinada; puesto que, por medio de la experiencia y conocimientos adquiridos, logra conformar su propia visión del mundo. Sufre transformaciones, no mantiene las mismas acciones e ideología hasta al final.
- 2) Mientras que el personaje Simple muestra una cualidad o un defecto en su máximo esplendor. No cambia su ideología, la mantiene intacta de principio a fin. Representa un estereotipo.

Así, Santomé es un personaje complejo. Realiza un cambio en su visión de mundo, la presencia de Avellaneda complementa su existencia; por primera vez, accede a un terreno desconocido, el del amor. Con su esposa el único aspecto en que convergían era el sexual, charlaban poco, podían separarse varios días y no causaba ningún efecto en Martín. Al morir la esposa, el trabajo lo es todo.

Santomé inicia como un ser dentro de una profunda soledad; al conocer a Avellaneda, conoce la felicidad. Y, cuando piensa que ha adquirido todo, muere la joven. Regresa a esa tristeza, pero ahora con mayores experiencias y conocimientos. No se trata del mismo Santomé, sufrió previamente una transformación, adoptó las virtudes, equilibrio, bienestar, el Justo Medio.

La presencia de los demás personajes permite que el protagonista obtenga más datos, conocimientos, guíe su vida hacia un nuevo horizonte, se dé cuenta de sus errores. Al estar narrada, la novela, a modo de diario, es más sencillo conocer todo ello (flujo de conciencia, su visión de mundo, lo más íntimo, sus secretos, experiencia y conocimientos aprehendidos); el lector se convierte en cómplice del personaje, ya que el narrador, de manera implícita,

se dirige a un receptor, le cuenta los sucesos de cada día; le confía sus secretos.

Los del Boom se equivocaron al aseverar la nulidad artística en la escritura de Benedetti. Por el contrario, esa sencillez logra transmitir de manera eficaz su contexto. Construye un personaje complejo. Una trama con problemáticas universales, donde un halo de esperanza hace acto de presencia, pese a todo lo negativo. Retoma una técnica poco usual entre sus contemporáneos. Hace una fuerte crítica a la pasiva sociedad burocrática.

El Justo Medio coadyuva en la visualización de los vicios y virtudes del personaje. Da cuenta de su condición humana y, a su vez, pone en evidencia su transformación. De un estado pasivo (lleno de vicios) pasa a un activo (los vicios y virtudes se ponen en práctica, el equilibrio es hallado). Cambia su situación anímica, laboral y familiar. Logra percibir su realidad de manera más positiva.

Mario Benedetti se ganó su lugar dentro de la literatura latinoamericana. Heredó una importante obra literaria a Latinoamérica. Pero sobre todo que no hay porqué mirar hacia fuera; nuestro continente requiere ser escuchado. Sólo de esa manera se logrará progresar.

Bibliografía

- Abbagnano, N. (1980). *Diccionario de Filosofía*. 2ª ed. 1ª reimp. México: FCE.
- _____. (1994). *Historia de la Filosofía*. Vol. I. 4ª ed. Trad. Juanestelrich y J. Pérez Ballestar. España: Hora.
- Aristóteles. (1931). *Obras completas V*. Madrid: Nueva Biblioteca Filosófica.
- _____. (1992). *Poética*. 2ª reimp. Trad. Valentín García Yebra. Madrid: Gredos.
- _____. (2008). *Ética a Nicómaco*. 2ª ed. Trad. Julio Pallí Bonet. Barcelona: Gredos.
- Bajtín, M. (1997). *Hacia una filosofía del acto ético: de los borradores y otros escritos*. Trad. Tatiana Bubnova. Barcelona: Anthropos.
- Benedetti, M. (2013). *La tregua*. 18ª reimp. México: Punto de lectura.
- Bobes Naves, M. (1998). *La novela*. Madrid: Síntesis.
- Curiel, A. (2006). *Novela española y boom hispanoamericano. Hacia la construcción de una deontología crítica*. México: UNAM.
- Ducrot, O. y T., Todorov. (1995). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. 17ª ed. México: Siglo XXI.
- Ferrater, J. (1971). *Diccionario de Filosofía*. Tomo II. L-Z. Buenos Aires: Sudamericana.
- _____. (1984). *Diccionario de Filosofía 2. E-J*. 5ª ed. Barcelona: Alianza.
- _____. (2004). *Diccionario de Filosofía*. Tomo III. 3ª reimp. Barcelona: Ariel.
- Friedman, E. (2001). "El punto de vista" en *Teoría de la novela: antología de textos del siglo XX*. Enric Sullà (editor). Barcelona: Crítica.
- Fromm, E. (2010). *Ética y psicoanálisis*. 25ª reimp. Trad. Heriberto F. Morck. México: FCE.
- García Peinado, M. (1998). *Hacia una teoría general de la novela*. Madrid: Arco/Libros.

- Garrido Domínguez, A. (1996). *El texto narrativo*. Madrid: Síntesis.
- Garrido, M. A. (2006). *Nueva introducción a la teoría de la literatura*. 3ª imp. España: Síntesis.
- Gómez Redondo, F. (2006). *El lenguaje literario. Teoría y práctica*. 5ª ed. España: Autoaprendizaje.
- Guthrie, W. (2005). *Los filósofos griegos: de Tales a Aristóteles*. 2ª ed. 5ª reimp. México: FCE.
- Hamon, P.. (2001). “La construcción del personaje” en *Teoría de la novela: antología de textos del siglo XX*. Enric Sullà (editor). Barcelona: Crítica.
- Heller, A. (1998). *Aristóteles y el mundo antiguo*. 2ª ed. Barcelona: Península.
- Morgan Foster, E. (2001). “Personajes planos y personajes redondos” en *Teoría de la novela: antología de textos del siglo XX*. Enric Sullà (editor). Barcelona: Crítica.
- Nogareda, E. (2007). “Apuntes bio-literarios” en *La tregua*, Mario Benedetti. 21ª ed. Madrid: Cátedra.
- Platón. (1997). *Diálogos*. 3ªreimp. Trad. Emilio Lledo. Madrid: Gredos.
- _____. (2007). *Paideia: Protágoras, de La República y de Las leyes*. Ed. Carlos Miralles. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Pimentel, L. A. (1998). *Relato en perspectiva*. México: Siglo XXI.
- Reale, G. (1992). *Introducción a Aristóteles*. 2º ed. Barcelona: Herder.
- Shaw, D. (1999). *Nueva narrativa hispanoamericana. Boom. Posboom. Posmodernismo*. España: Cátedra.
- Sobrino, M. (1994). *Platón y Aristóteles educadores*. Toluca, Méx.: UAEMéx.
- Spang, K. (2009). “Géneros literarios” en *El lenguaje literario. Vocabulario crítico*. M. Ángel Garrido (dir.). España: Síntesis.
- Tacca, O. (1985). *Las voces de la novela*. 3ª ed. Madrid: Gredos.
- Todorov, T. (2002). *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. 10ª ed. México: Siglo XXI.

Mesografía

- Balmes, J. (s.f). “Aristóteles. Historia de la Filosofía”. *Torre de Babel*. [en línea] Consultado el 25 de septiembre de 2015 desde <http://www.e-torredebabel.com/Balmes-Historia-Filosofia/Aristoteles-H-F-B.htm>
- Beltrán Almería, L. (s.f.). *Novela y diario*. Universidad de Zaragoza. [en línea] Consultado el 15 de noviembre de 2016 desde: <http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/30/68/02beltran.pdf>
- Benedetti, M. (s.f.). *Textos preferidos y complementarios de autor y lector*. Anthropos. [en línea] Consultado el 08 de agosto de 2015 desde https://books.google.com.mx/books?id=zvURm-uP-bYC&printsec=frontcover&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Blanco, E. (oct. 2002). “Los fragmentos del 45 uruguayo”. *Associação Brasileira de Hispanistas. Universidad Católica del Uruguay*. [en línea]. Consultado el 05 de diciembre de 2015 desde http://www.proceedings.scielo.br/scielo.php?pid=MSC000000001200200300018&script=sci_arttext
- Castro, J. (2002). “Más allá del texto: la novelística de Mario Benedetti”. *Lexis. Pontificia Universidad Católica del Perú*. [en línea] Consultado el 26 de octubre de 2015 desde <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/lexis/article/download/4905/4901>
- Chacón, P. y F., Covarrubias. (2012). “El sustrato platónico de las teorías pedagógicas”. *Tiempo de educar*. [en línea] Consultado el 06 de septiembre de 2015 desde: www.redalyc.org/articulo.oa?id=311248080067
- Echegoyen, J. (Julio, 2002). “Historia de la Filosofía. Volumen 2: Filosofía Medieval y Moderna”. *Torre de babel*. [en línea] Consultado el 06 de septiembre de 2015 desde www.e-torredebabel.com/Historia-de-la-filosofia/Filosofiamedievalymoderna/Kant/Kant-SumoBien.htm
- García-Mauriño, J. M. (Noviembre, 2005). “Tres conceptos fundamentales de la Ética de Aristóteles”. *La caverna de Platón*. [en

- línea] Consultado el 15 de septiembre de 2015 desde www.lacavernadeplaton.com/articulosbis/eticaaristo0506.htm
- Mataix, R. (s.f.). “Mario Benedetti. Apunte biográfico”. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. [en línea]. Consultado el 26 de noviembre de 2015 desde http://www.cervantesvirtual.com/bib/bib_autor/mariobenedetti/pcuartoniv elc25d.html?conten=autor
 - Gribodo, A. (2009). “Mario Benedetti: gracias por la tregua”. *Alejandro. Literatura para ver*. [en línea] Consultado el 28 de octubre de 2015 desde <http://agustingribodo.blogspot.mx/2009/05/mario-benedetti-gracias-por-la-tregua.html>
 - Hamon, P. (1972). *Para un estatuto semiológico del personaje*. Littérature, 6, París, Larousse. Trad. Danuta Mozejko de Costa. [en línea] Consultado el 20 de diciembre de 2015 desde <http://es.scribd.com/doc/182155413/Philippe-Hamon-Personaje#scribd>
 - Muñoz, I. (03/03/2010). “Aristóteles: la ética de la felicidad”. *ConFilosofía. El blog de los aprendices de Filosofía*. [en línea]. Consultado el 15 de septiembre de 2015 desde <https://confilosofia.wordpress.com/tag/termino-medio/>
 - Quintana, L. (2005). *La tregua de Mario Benedetti*. Ciencia Ergo Sum. [en línea]. Consultado el 8 de marzo de 2015 desde <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10412211>
 - Ruffinelli, J. (s.f.). “Benedetti y mi generación”. Universidad de Stanford. *Literatura.us*. [en línea] Consultado el 26 de octubre de 2015 desde <http://www.literatura.us/benedetti/jorger.html>
 - Sánchez Alonso, F. (1998). *Teoría del personaje narrativo (Aplicación a El amor en los tiempos del cólera)*. Universidad Complutense de Madrid. [en línea] Consultado el 23 de septiembre del 2016 desde: <https://revistas.ucm.es/index.php/DIDA/article/viewFile/DIDA9898110079 A/19784>

- Soler, J. (1977). "Entrevista a Julio Cortázar. El boom latinoamericano". *YouTube*. [en línea] Consultada el 15 de marzo de 2016 desde <https://www.youtube.com/watch?v=4nY9eX-BDvs>
- Varela, B. (s.f.). "La estrategia narrativa de Benedetti en La tregua". *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Universidad de Santiago de Compostela*. [en línea] Consultado el 26 de octubre de 2015 desde http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/mario-benedetti-inventario-complice--0/html/ff1470c0-82b1-11df-acc7-002185ce6064_108.htm